

AMÉRICA SOCIALISTA

REVISTA POLÍTICA DE LA CORRIENTE MARXISTA INTERNACIONAL Nº20 AGOSTO 2019



**LONG LIVE THE THIRD
COMMUNIST INTERNATIONAL!
EVVIVA IL TERZA
INTERNAZIONALE COMUNISTA!**

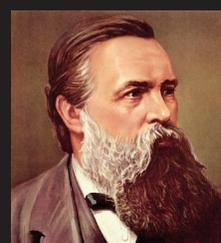
**VIVE LA TROISIÈME
INTERNATIONALE COMMUNISTE!
ES LEBE DIE DRITTE
KOMMUNISTISCHE INTERNATIONALE!**



P4
EMILIANO ZAPATA:
A 100 años de su asesinato



P10
CUBA:
Referendum constitucional
Julio Antonio Mella
Trotsky en La Habana



P55
ALAN WOODS:
La filosofía revolucionaria
del marxismo

Se cumplen esta año 100 de la fundación de la Tercera Internacional (Comunista) en marzo de 1919 en Moscú. Dedicamos una parte importante de este número 20 de la revista y la portada a este importante centenario.

La Internacional Comunista nacía en un momento de revolución mundial, al final de la primera guerra mundial, que había demostrado la bancarrota de la Segunda Internacional, y con toda la autoridad de la revolución rusa de 1917, que hizo posible la creación de una nueva internacional. En sus primeros cuatro congresos, la nueva organización pasó por diferentes etapas y agudos debates. Lejos del monolitismo estalinista que se iba a imponer más tarde, esos primeros cinco años de la Comintern en vida de Lenin estuvieron recorridos por polémicas y discusiones necesarias en las que los dirigentes de la revolución rusa, sobretodo Lenin y Trotsky, argumentaban políticamente y templaban teóricamente las fuerzas de la joven internacional.

Por una parte, la polémica era contra los oportunistas, aquellos dirigentes de las viejas organizaciones de la Segunda Internacional que habían sido catapultados a la nueva organización por el empuje de las bases de sus partidos, entusiasmadas con la gesta del Octubre ruso, pero que traían todos los viejos vicios del reformismo parlamentarista. Por otro lado, los dirigentes de la Internacional combatían también los excesos ultra-izquierdistas de aquellos que pensaban que apenas se trataba de proclamar un nuevo partido y las masas acudirían.

Como resumen histórico de los debates en los tres primeros congresos publicamos un texto de Mátyás Rákosi que en aquel momento trabajaba en el ejecutivo de la Internacional. También publicamos completo **el texto de Trotsky “Una Escuela de Estrategia Revolucionaria”**, la transcripción de un discurso suyo de 1921 en el que presenta un informe de la situación económica y política internacional y resume los principales debates a los que se enfrenta la Internacional al finalizar su Tercer Congreso mundial. Cerramos este bloque con el texto de **Ted Grant “Ascenso y caída de la Internacional Comunista”**, es-

Presentación

crita para hacer balance en el momento en que Stalin, como gesto a las potencias imperialistas, decide disolver la Internacional en 1943.

Recomendamos a todos los compañeros la lectura atenta de las tesis, resoluciones y debates de los cinco primeros años de la Internacional Comunista, pues en ellas se contiene un tesoro de táctica y estrategia revolucionaria que es hoy más relevante que nunca.

Hemos incluido también en este número de la revista un bloque sobre **Cuba**, que abrimos con el artículo de Jorge Martín sobre la situación actual en la isla. La llegada de Trump al poder en EEUU ha traído un fortalecimiento de las agresiones imperialistas contra la revolución cubana y un empeoramiento de la situación económica. Es en ese contexto que hay que entender el reciente debate sobre la reforma constitucional que se enmarca en la búsqueda de salidas para el impás en que se encuentra la revolución. De ahí la importancia que tiene el que se haya celebrado por primera vez en la Habana un histórico **seminario internacional sobre las ideas de León Trotsky** en el que estuvo presente el Centro de Estudios Carlos Marx. En ese seminario, Carlos Márquez presentó una ponencia sobre **Julio Antonio Mella y el trotskismo**, que reseña la relación del fundador y mártir del primer Partido Comunista Cubano con la figura y las ideas de Trotsky, una historia muy poco conocida.

También de Carlos Márquez es el artículo con el que marcamos el **centenario del asesinato de Emiliano Zapata**.

Cerramos este número de la revista con un extenso trabajo de **Alan Woods sobre la filosofía revolucionaria del marxismo**. El texto es una introducción general a la dialéctica materialista escrita como prólogo a la edición que la editorial estadounidense Wellred Books (de los compañeros de Socialist Revolution) ha hecho de una compilación de textos básicos sobre el tema. De manera precisa y muy necesaria, Alan Woods rechaza el marasmo posmoderno de la filosofía burguesa moderna, para reclamar la validez del método dialéctico y explicar sus orígenes históricos.

4 La Comuna de Morelos y el programa revolucionario del Zapatismo
Carlos Ricardo Márquez

10 Cuba: Trump, reforma constitucional y situación económica
Jorge Martín

14 Histórico seminario en La Habana discute las ideas de León Trotsky
Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

17 Julio Antonio Mella y el trotskismo
Carlos Ricardo Márquez

22 La III Internacional Comunista
Mátyás Rákosi

30 Una escuela de estrategia revolucionaria
León Trotsky

49 Ascenso y caída de la Internacional Comunista
Ted Grant

55 La filosofía revolucionaria del marxismo
Alan Woods

Puedes contactar con la CMI en las Américas y en el Estado Español en estas direcciones:



INTERNACIONAL

www.marxist.com/es
Correo: contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback
366 Danforth Ave., Suite 201
Toronto, ON M4K 1N8
Correo: fightback@marxist.ca
www.marxist.ca
Tel.: (416) 461-0304

La Riposte

La Riposte socialiste
Boîte Postale CP 2, SUCC. H
Montréal, Québec
H3G 2K5
Correo: lariposte@marxiste.qc.ca
www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Socialist Revolution
www.socialistrevolution.org
Wellred
PO Box 1575
New York, NY 10013

MÉXICO

La Izquierda Socialista
www.marxismo.mx
Correo: contacto@marxismo.mx

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil
www.bloquepopularjuvenil.org
Correo: redaccionmilitantebpj@gmail.com
Tel: +503 22218004 +503 7300-5356

HONDURAS

izquierdamarxista.wordpress.com
correo: izquierdamarxista.hn@gmail.com

COLOMBIA

Correo: colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases
Tel.: 0424-1200737 / 0416-60844
www.luchadeclases.org.ve
Correo: cmi.venezuela@gmail.com

BOLIVIA

Lucha de Clases
www.luchadeclases.org.bo
correo: info@luchadeclases.org.bo
cel: (+591) 72439678

BRASIL

Esquerda Marxista
www.marxismo.org.br
Correo: esquerda@marxista.com.br
Fone Brasil: +55 11 3104-0111

ARGENTINA

Corriente Socialista Militante
www.argentinamilitante.org
Correo:
elmilitante.argentina@gmail.com
Tel.: +54 9 3416 565104

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclases.org
Correo: contacto@luchadeclases.org
Tel.: 646 630 889

La Comuna de Morelos y el programa revolucionario del Zapatismo

Carlos Ricardo Márquez

El gran revolucionario Emiliano Zapata fue asesinado hace 100 años de manera cobarde por la contrarrevolución constitucionalista. En la historia que narraremos él es una figura central, aun cuando su nombre no aparece demasiado. A 100 años de su asesinato es importante reflexionar sobre las ideas del zapatismo, su gobierno campesino revolucionario en Morelos y las causas de la derrota de los ejércitos dirigidos por el Atila del sur y el Centauro del norte.

DICIEMBRE DE 1914: LA CÚSPIDE DE LA REVOLUCIÓN La foto más famosa de la revolución mexicana (quizás de toda la historia del país) es aquella donde Francisco Villa está sentado en la silla presidencial al lado de Emiliano Zapata. Es muy significativa porque refleja el momento cúlpe de la revolución mexicana; donde gente común, campesinos, se sentaron en el centro del poder que habían ocupado las clases enemigas de los explotados. Ese 6 de diciembre de 1914, habían entrado triunfalmente a la capital de la república las tropas de estos dos dirigentes revolucionarios para instaurar el gobierno de la Convención Revolucionaria. En ese momento Villa era el más grande jefe militar de la revolución, mientras que el zapatismo era quien había enarbolado el programa más firme a favor de las masas campesinas. El viejo régimen y su Estado habían sido barridos por la revolución. En el panorama político también se encontraba el bando constitucionalista, encabezado por Venustiano Carranza que representaba a la naciente burguesía. Ellos, en retirada y divididos, le habían declarado la guerra a la Convención, ya para entonces teniendo en mayoría a villistas y zapatistas.

La revolución estaba en la antesala de las batallas más crudas en las que los sectores más representativos de las masas trabajadoras serían derrotados. En medio de las más sangrientas batallas, veríamos en el zapatismo y el villismo la búsqueda de un programa revolucionario nacional a favor de obreros y campesinos y también la gloriosa experiencia del gobierno regional campesino zapatista, conocido comúnmente como la Comuna de Morelos.

LAS FUERZAS EN DISPUTA Y LA CONVENCION Recapitemos un poco. El asesinato de Francisco I. Madero, tras el golpe de Estado de Victoriano Huerta, sería el detonante de una lucha

armada de enorme alcance que recorrió el norte y sur del país que barrería completamente con todo lo que quedaba del viejo Estado porfirista. Eso generó un vacío del poder a nivel nacional que de alguna forma debía ser llenado. Las únicas fuerzas armadas eran las de los ejércitos revolucionarios, los tres predominantes fueron: el constitucionalista subordinado a Venustiano Carranza, la División del Norte de Pancho Villa y el Ejército Libertador del Sur dirigido por Emiliano Zapata.

“El constitucionalismo carrancista dominaba Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Sonora, Sinaloa y partes del centro y occidente del país; el villismo era amo y señor de Chihuahua y Durango; el zapatismo, por su parte, controlaba Morelos, Guerrero y los municipios colindantes del Estado de México y Puebla, así como partes de Tlaxcala y el sur del Distrito Federal. En esas regiones cada una de las fracciones tenía el control del territorio y de la población, ejercían el gobierno y la administración pública, tenían su propio ejército, dirigían la economía o tenían en su poder las principales actividades productivas y comerciales, administraban la justicia e incluso, acuñaban su propia moneda. Tenían pues el monopolio de la violencia, y el dominio del territorio, de la población, del gobierno, de la justicia y de la economía”.¹

En la lucha contra Huerta las divergencias de clase se expresaron como diferencias militares y en conflictos entre caudillos. Venustiano Carranza no quería llevar adelante reformas sociales a favor de las masas sino sólo cambios políticos en el país. Enfureció cuando Lucio Blanco, después de tomar la ciudad de Matamoros, hizo el primer reparto agrario de la revolución. A los villistas les odiaba y temía. Pancho Villa, cuando fue gobernador de Chihuahua, extendió un decreto para confiscar los bienes de los oligarcas locales (la familia Terrasas) para que se vieran beneficiados los pobres. Carranza no quería expropiar a su propia clase, quería potenciarla y Villa le estorbaba en sus objetivos.

La División del Norte mostró hasta entonces ser el ejército revolucionario más capacitado, dejándolo claro en la toma de la ciudad de Torreón. Carranza extendió una serie de órdenes, militarmente absurdas, para obstaculizar que Villa tomara la ciudad de Zacatecas (algo que al final no pudo evitar) y luego para facilitar que fuera Álvaro Obregón, y no Villa, quien entrara primero en la capital. Eso

enfureció a Pancho Villa, la situación era tan tensa que un importante sector de los constitucionalistas temía que, ya caído Huerta, se desatara una guerra contra la División del Norte y trataron de evitarla. Esta ala pacificadora empujó a la realización de una convención revolucionaria. Ya reunidos dijeron que no estaría completa la Convención sin la presencia de los zapatistas y una comisión encabezada por Felipe Ángeles fue en su búsqueda.

Los zapatistas también desconfiaban de Carranza y se oponían a su imposición como primer jefe. Así que pusieron dos condiciones para integrarse a la Convención: primero el desconocimiento de Carranza como primer jefe y en segundo término que la convención aceptara el Plan de Ayala. La primera condición fue aceptada diciendo que ninguno de los tres caudillos principales podría ser el dirigente del nuevo gobierno. Eso alimentaba las aspiraciones de algunos dirigentes constitucionalistas. La segunda condición fue aceptada, aunque como un programa mínimo que tendría que desarrollarse. El Plan de Ayala reflejaba las condiciones de los campesinos del sur; aunque no expresaba del todo la problemática del campesino norteño, ellos se identificaban con el reparto agrario; pero no se decía nada de los problemas de la clase obrera y otros problemas nacionales.

En términos reales, la Convención significó la unidad de los dos ejércitos más representativos del campesinado pobre, la unión de los auténticos revolucionarios del norte con los del sur, la unidad de los villistas y zapatistas.

La Convención debatió quien sería el nuevo presidente. Suele decirse que la debilidad de la revolución mexicana es que el campesino no aspiraba a tomar el poder, debido a su carácter de clase, además que no tenía un programa revolucionario claro con el cual dirigir a la nación. Lo que sí es verdad es que los villistas renunciaron a tener un candidato propio a la presidencia y con ello renunciaron también a poner a algún elemento que llevara adelante de manera consecuyente sus demandas. Los zapatistas, sin tener aún derecho a voto en la Convención, tampoco hicieron ninguna propuesta concreta y se limitaron a vetar al principal candidato de los constitucionalistas: Antonio I. Villareal. Con eso, tanto zapatistas como villistas, cedieron el mando a sus oponentes. Fue así que Eulalio Gutiérrez, el gobernador de San Luis Potosí, fue electo con el voto de los constitucionalistas como el primer ministro, lo cual costaría caro a la revolución campesina.

Eso simplificó la lucha a dos bandos en disputa: aquellos que expresaban la aspiración de una revolución social profunda, lo cual sólo era posible trastocando la propiedad privada de terratenientes y burgueses y tomando el poder los obreros en alianza con los campesinos, y el otro bando que sólo quería cambios políticos, sin llegar a reformas sociales serias (aunque poco tiempo después se verían obligados a incluirlas en su programa), lo que en última instancia expresaba esa fuerza era el ascenso de una naciente burguesía que se quería poner a la cabeza de la nación. Esa contradicción no se resolvería con un debate amistoso, sino con una lucha revolucionaria.

La aceptación del plan de Ayala y el no reconocimiento de Carranza como principal jefe, hizo que éste desconociera a la Convención y le declarara la guerra, pues había llegado a puntos que él no podía tolerar. Aquí no podría haber centro, el ala pacificadora se partió, regresando en

su mayoría con su jefe Carranza, incluyendo a Álvaro Obregón.

LA ALIANZA VILLISTA-ZAPATISTA La lucha de clases tiene su propia lógica. La Convención Revolucionaria, con todas sus contradicciones, se convirtió en el instrumento del poder naciente de los ejércitos más representativos del campesinado, que se combinaba con el reparto agrario a los campesinos pobres que estaba llevando a cabo el zapatismo en su gobierno. Emergía un poder de los campesinos revolucionarios que aún no lograba consolidarse. Por otro lado el enemigo constitucionalista, donde se asomaba a su vez una naciente burguesía, se reagrupaba y les declaraba la guerra. Había en realidad una dualidad de poderes y uno de los dos bandos al final triunfaría a costa del otro. De esta lucha general dependía el triunfo o derrota de las clases trabajadoras y de la comuna de Morelos.

La alianza villista-zapatista inició en la reunión de la Convención de Aguascalientes. Antes de tomar la Ciudad de México juntos, decidieron reunirse en Xochimilco, territorio zapatista, sus dos principales líderes. En la reunión de Villa y Zapata identifican como el problema principal el reparto agrario (sin mencionar explícitamente, por ejemplo, las demandas de los obreros). Expresan su rechazo a Carranza y su desconfianza a los políticos (entiéndase en gran medida los constitucionalistas) y la negativa de ambos a asumir el poder, al menos en lo individual. Había un sentimiento de clase a favor de los pobres que los identificaba y unía. No se debe sacar una mala lectura de esta conversación, pues no significa que ellos no lucharan por el poder para sus organizaciones o que no quisieran la aplicación de sus programas e ideas, ni que se limitaran a ir a defender sus territorios. Villa y Zapata tienen una reunión privada en donde solo está presente Manuel Palafox.

“Roque González Garza recuerda que Villa le contó que se había llegado a un pacto de cuatro puntos: 1) Alianza formal militar entre la división del Norte y el Ejército Revolucionario del Sur. 2) Adopción del Plan de Ayala por los norteños excluyendo los ataques a Madero que el plan contenía. 3) Villa proporcionaría armas y municiones a los zapatistas. 4) Promoción de un civil a la presidencia de la república”.²

Por su correspondencia se sabe que establecen un plan militar que buscaba cercar en Veracruz a Carranza, plaza que los imperialistas gringos mantenían en su control y amablemente cedieron al jefe constitucionalista.

Después de esa reunión, deciden entrar juntos a la capital villistas y zapatistas, lo cual va fortaleciendo su alianza. Ellos fueron consecuentes con los acuerdos de la Convención y simplemente instalaron a Eulalio Gutiérrez como presidente, aun cuando quienes votaron por él ya se habían escindido. No dieron una lucha por poner a un personaje de sus grupos que fuera más afín; finalmente Eulalio no sería un factor de unidad sino de división, pues boicotearía a los mismos villistas y zapatistas que lo apoyaron.

LA COMUNA DE MORELOS El zapatismo había mostrado debilidad militar comparada con los ejércitos del norte, pues mientras ellos lograron extenderse a los estados vecinos en un largo tiempo, no fueron capaces de tomar la capital por ellos mismos. Sin embargo su batalla en el centro contribu-

yó en la debilidad del gobierno de Huerta y su extensión en el centro sur del país le posicionaría como uno de los tres ejércitos más importantes del país. Pero más importante que el avance militar en sí mismo, fue la revolución social radical que aplicaban los zapatistas mientras conquistaban el terreno. Incluso los villistas en Chihuahua no repartieron la tierra a los campesinos, mientras que los zapatistas sí.

Desde 1911, la lucha de los zapatistas había regresado las tierras a los campesinos; con la caída de Huerta en 1914 esto se generalizó a todo Morelos. Los zapatistas expropiaron sin indemnización la tierra y la repartieron a los campesinos, al igual que la poca industria que eran los ingenios azucareros y las destiladoras de alcohol.

La Comuna de Morelos pudo desarrollarse porque por primera vez a los zapatistas se les dejó tranquilos, ya habían tenido que luchar durante los gobiernos de Porfirio Díaz, el interinato de Francisco León de la Barra, en el de Madero, Victoriano Huerta y teniendo roces con los constitucionalistas. Las batallas decisivas se libraban en el norte, y de eso dependía el triunfo zapatista; pero por el momento tenían un tiempo para llevar adelante su política revolucionaria.

Los pueblos indígenas guardaban celosamente los títulos de propiedad, extendidos durante la corona española, que les acreditaban como los legítimos dueños de la tierra. Pero la geografía ya había cambiado, nuevos pueblos se habían formado y a veces los propios títulos daban fracciones de tierras comunes a más de un pueblo. También había pueblos que no eran dueños de ninguno de esos títulos, pero no por ello quedaban exentos del reparto agrario, también se les distribuían tierras expropiadas. La forma de resolver los límites territoriales era a través de asambleas democráticas, sino había acuerdo entre los pueblos se podría tener como mediador al mismo Emiliano Zapata.

El programa zapatista conocido como el Plan de Ayala fue superado en la práctica, pues en este sólo se planteaba la expropiación del 30% de la tierra de los hacendados y a los enemigos de la revolución. Lo que hizo el zapatismo fue acabar con la gran propiedad en la industria y la tierra y con ello con el elemento de dominio terrateniente en el campo que era el latifundio.

Dentro del zapatismo lucharon juntos indígenas y mestizos, la identificación de clase era más poderosa que la de raza y fue la razón por la que también buscaron su alianza villistas y zapatistas. El poder político de la Comuna se sustentaba en gran medida en las propias comunidades con métodos de toma de decisiones como las asambleas. El zapatismo había sido capaz también de atraer a una capa de intelectuales, provenientes en su mayoría de la pequeña burguesía, que basándose en el sentir de las comunidades y expresando sus demandas, redactaban manifiestos y pronunciamientos. Ellos también jugarían un papel destacado en la Convención Revolucionaria en sus distintas etapas y en el propio gobierno revolucionario.

El ministro de agricultura de la Convención, el zapatista Manuel Palafox, ayudado con un grupo de estudiantes de agronomía (dentro de los que se encontraba el futuro gobernador socialista de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto), se dio a la ardua tarea de llevar adelante la reforma agraria con medidas revolucionarias. Existe una descripción muy gráfica de un agente estadounidense, que decía que

Palafox repartía la tierra “independientemente de si pertenecían a norteamericanos o a chinos”. Agregando que: “Es intratable y sus rabiosas ideas socialistas no ayudarán a resolver los problemas de manera beneficiosa para su país”.³

Mientras la revolución avanzaba, la Comuna de Morelos trajo enormes beneficios; la productividad aumentó y la gente mejoró sus niveles de vida. Se declararon leyes que daban libertades políticas a los pueblos, dándoles mayores libertades de organización y decisión. Los gobernadores trabajaban bajo el control y subordinados al poder del pueblo, que tenía el poder de destituirlos.

El zapatismo puso el dedo en la llaga al cuestionar la gran propiedad privada; no solo en la tierra sino en la industria. Existe una diferencia entre el campesino y el obrero; al primero le puedes repartir los medios de producción (la tierra) individualmente y puede producir de esa misma manera: existían casos de propiedad comunal agraria, que son un paso más avanzado, aunque en términos generales no se dejaba de tener una visión un tanto individual y localista entre el campesino promedio; al obrero, en cambio, no puedes repartirle un pedazo de fábrica cuando la producción por naturaleza es colectiva, si se acaba con la propiedad privada de la industria la producción debe ser social.

Si bien los zapatistas tenían en sus manos lo poco de la industria local, en particular los ingenios azucareros, varios de estos estaban en mal estado siendo afectados por la propia guerra revolucionaria. Los que se pusieron a andar tuvieron la limitante de contar con poca materia prima a disposición. Como Adolfo Gilly señala: “esta especie de socialismo empírico apoyado por Zapata, tenía sus tropiezos con las costumbres e inclinaciones de pequeño propietario de la base campesina. Dueños nuevamente de sus tierras, los campesinos tendían a volver a los cultivos de sustento: frijoles, garbanzos, maíz, hortalizas o la cría de pollos, todos productos fáciles de vender en los mercados locales”.⁴

La caña de azúcar fue un producto impuesto por los conquistadores y explotadores y los campesinos lo rechazaban. Zapata mismo intentó persuadirlos, explicando con paciencia. Sin embargo el gobierno campesino nunca pudo aprovechar su capacidad industrial lo que limitaba su actuar militar, pues esa era una fuente de financiamiento importante para el desarrollo de la guerra que aún se libraba. Algo similar pasó con la fábrica papelera que tenían bajo su control y que podía ser un buen instrumento político usado para la propaganda, algo que los zapatistas visualizaron. Les propusieron a los hermanos Flores Magón editar su periódico *Regeneración* en tierras morelenses, algo que ellos inexplicablemente no aceptaron.

LA GUERRA CIVIL El futuro de la comuna, estaba determinado por el triunfo de la División del Norte en la guerra contra los constitucionalistas. El plan militar establecido por Zapata y Villa no logró concretarse, aunque los zapatistas cumplieron con su parte tomando Puebla y dificultando el avance de Obregón. Villa tuvo que cambiar de estrategia ante el peligro de perder sus fuentes de aprovisionamientos en el norte. Un factor en la ecuación que iría en contra del villismo fue que la lucha de las masas campesinas entró en reflujo en ese periodo.

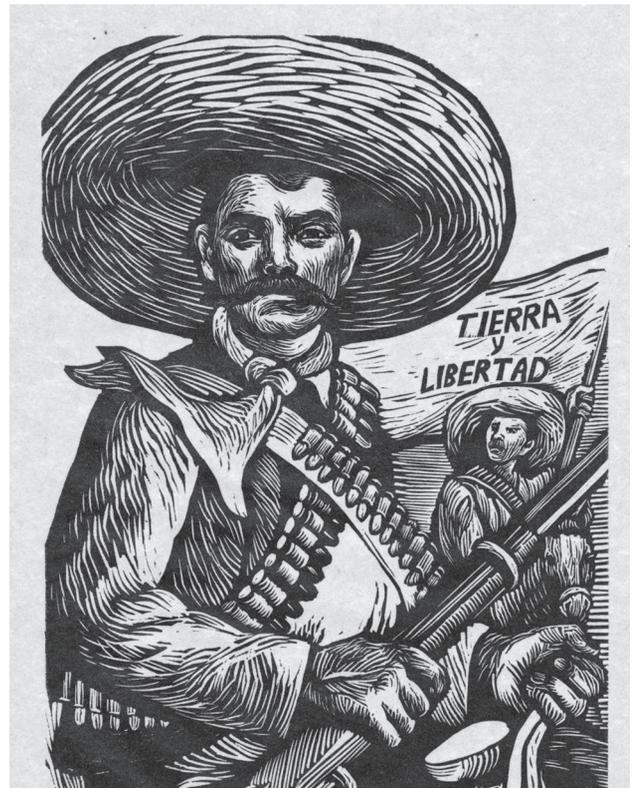
No es espacio para hablar a detalle de la guerra civil de 1915 que determinaría el destino de la revolución; Pedro Salmerón ha explicado que la correlación de fuerzas entre el ala convencionista y constitucionalista era más pareja de lo que se suele decir y que el constitucionalismo tenía las mejores zonas con reservas económicas, la afirmación de este historiador de que las guerras se ganan con “dinero, dinero y dinero” nos parece una simplificación absurda cuando se trata de una guerra revolucionaria. Es verdad que las zonas de aprovisionamiento carrancista fueron mejores, lo que les ayudó a su triunfo; pero Díaz y Huerta fueron derrotados porque representaban un régimen desgastado y no pudieron ante el impulso de las masas. Si fuera el elemento militar el predominante ninguna guerra revolucionaria de los oprimidos hubiera ganado en la historia. El programa y la alianza con la clase obrera, era determinante para el triunfo.

El constitucionalismo estaba lejos de ser una fuerza del pasado, lo que veíamos eran fuerzas vivas y poderosas en disputa que reflejaban en uno u otro sentido un cambio revolucionario. La guerra campesina, con batallas épicas, con los enfrentamientos entre Obregón y Villa fueron determinantes, sobre todo en Celaya. Era posible que Villa y la División del Norte hubieran ganado.

Con fuerzas tan parejas en disputa, la unidad de los villistas y zapatistas era fundamental. Si uno lee la correspondencia entre Villa y Zapata, se puede ver que buscaron mantener una alianza política hasta el final. Pero la unidad fue efímera en el terreno práctico, en parte por la naturaleza y tradiciones diferentes de estos dos ejércitos y por las diferencias políticas en la convención. En el momento que el villismo más necesitaba de apoyo no llegaron a auxiliar los zapatistas, lo cual hubiera podido ser un peso a favor del campesinado pobre en la balanza.

LA ALIANZA CON LOS OBREROS Cuando se dio la revolución rusa, Lenin sabía que no se podría vencer sin una alianza de obreros y campesinos. En México, el no conseguir esa alianza los convencionistas y si lograrlo los constitucionalistas (al menos evitando que estos fueran atraídos por el bando opuesto) fue otro elemento para la derrota de los primeros. El gobierno de la Convención durante su ocupación de la Ciudad de México buscó respetar a la población, los excesos y abusos fueron menores. Buscaron aumentar el salario de los obreros y realizaron mítines con los agremiados de la Casa del Obrero Mundial tratando de atraerlos. Los líderes de esta agrupación anarcosindicalistas jugaron un papel lamentable al rechazar esta alianza debido a sus prejuicios contra la participación política.

La Convención asumió como suyo el Plan de Ayala, al menos formalmente, que, aunque no abarcaba el conjunto del problema campesino, era un imán para las masas que buscaban justicia social. El constitucionalismo sabía bien que la guerra no se ganaría solo militarmente y el 14 de diciembre de 1914 se hacen reformas al Plan de Guadalupe en las que Carranza se ve obligado a incluir reformas sociales a favor de los campesinos y obreros donde se pronuncia por: “leyes agrarias que favorezcan la formación de la pequeña propiedad, disolviendo los latifundios y restituyendo a los pueblos las tierras de que fueron injustamente privados” y por “hacer las expropiaciones por causa de utilidad pública,



que sean necesarias para el reparto de tierras, fundación de pueblos y demás servicios públicos”.⁵ Pone como candado que su aplicación está subordinado a la autorización del primer jefe de la nación, ósea del mismo Carranza. Habla también de mejoras a la clase proletaria en su conjunto. El 6 de enero de 1915, en ese mismo sentido, Venustiano Carranza decreta una ley agraria donde habla de la restitución de las tierras, aguas y montes a los pueblos y rancherías.

Carranza se vio obligado a actuar de esa forma, contra su voluntad, bajo la presión del gobierno constitucionalista y del Plan de Ayala. Necesitaba evitar que los obreros y campesinos fueran atraídos por los convencionistas pues los zapatistas tenían un programa más radical y lo estaban llevando a la práctica. El verdadero punto de inflexión fue que el constitucionalismo logra hacer una alianza, firmada el 17 de febrero de 1915, con la Casa del Obrero Mundial, algo que Obregón con audacia, olfato y demagogia venía trabajando meses atrás. Ese pacto, si bien no fue sólido, pondría una cuña que separaría al movimiento obrero organizado del movimiento campesino más revolucionario.

EL PROGRAMA DE LA CONVENCION VILLISTA-ZAPATISTA Eulalio Gutiérrez fue destituido el 16 de enero de 1915 como presidente, al descubrirse su doble juego, interceptando correspondencia donde coqueteaba con los constitucionalistas. Fue así que asumió la presidencia el villista Roque González Garza.

El movimiento campesino buscó dar solución, más allá de la reforma agraria, a los problemas de los obreros y el establecimiento de un programa nacional. La convención ya era villista y zapatista y fue más radical que su primera versión. La lucha definitiva se libraba en el campo de batalla y los mejores hombres del villismo se fueron al combate, quedando en la convención su ala moderada con los que entrarían en disputa los convencionistas zapatistas.

Un acalorado debate se da precisamente sobre la cuestión obrera. El delegado villista, Federico Cervantes, se

opuso al derecho a los obreros a organizarse, declarando: “El socialismo predica el establecimiento del mismo nivel, como si fuera un rasero bajo la mano del Estado... los socialistas predicar que la sociedad debe ser rehecha a fuerza de decretos y aprovechan como una ocasión refulgente la de las revoluciones triunfantes... le atribuyen a las leyes un poder fenomenal, se imaginan que las costumbres de un pueblo se modifican por la producción inconsiderada de leyes y no quieren convencerse de que a un pueblo se le eleva cuando se le educa... pretenden que el capitalismo es el origen de todos los males... que el Estado sea quien administre y que su administración sea tan pura y tan igualitaria que los productos se repartan igualmente entre todos los ciudadanos”.

Luis Méndez respondió: “Por capital entendemos la tierra... el subsuelo... las máquinas... los medios de transporte y los instrumentos de trabajo... todo eso es obra de los trabajadores... no queremos destruir a los capitalistas pero sí al capitalismo, pero si esas personas se oponen tendrán que ser fatalmente arrollados... vivimos en un siglo que mira al socialismo... y llegaremos a él... El ideal sindicalista no es tan sólo hacer resistencia por medio de huelgas, no es tan sólo elevar el salario ni siquiera indefinidamente. Es mucho más que todo eso: es la abolición del salario, o bien, la apropiación de la maquinaria; no tuerca a tuerca ni tornillo a tornillo, ni pedazo a pedazo los rieles de los ferrocarriles, sino en masa, la industria, los medios de comunicación, para que estén en poder de los que trabajan”.⁶

Otro delegado Villista, Quevedo, dijo que no se podía retomar las ideas del socialismo más avanzado que era el de Marx porque estaba fuera de moda y de nuestro medio actual y que aunque tenía millones de adeptos en ningún país se habían aplicado.

El acuerdo fue: “Artículo 6. Precaver de la miseria y del futuro agotamiento a los trabajadores por medio de oportunas reformas sociales y económicas, como son: una educación moralizadora, leyes sobre accidentes del trabajo y pensiones de retiro, reglamentación de las horas de labor, disposiciones que garanticen la higiene y seguridad en los talleres, fábricas y minas, y en general, por medio de una legislación que haga menos cruel la explotación del proletariado”.

“Artículo 7. Reconocer personalidad jurídica a las uniones y sociedades de obreros para que los empresarios, capitalistas y patrones tengan que tratar con fuertes y bien organizadas uniones de trabajadores, y no con el operario aislado e indefenso”.

“Artículo 8. Dar garantías a los trabajadores, reconociéndoles el derecho de huelga y de boicotaje”.

“Artículo 9. Suprimir las tiendas de raya, el sistema de vales para el pago del jornal, en todas las negociaciones de la República”.⁶

El programa de reformas político sociales de la convención no es socialista, plantea el derecho de la pequeña propiedad, combate a los monopolios y da algunos derechos a las mujeres, por ejemplo al divorcio. Busca avanzar en el terreno educativo, fomentando la creación de escuelas normales en cada Estado. Plantea como forma de gobierno el parlamentarismo (eliminando al aristotélico senado).

El debate de estas reformas, en medio de una situación tan tensa, bloqueó el establecimiento de leyes sociales urgentes y medidas políticas que contribuyeran más

eficazmente a la batalla contra el constitucionalismo. Al terminar este debate del programa, la División del Norte ya había sido derrotada y con ella la Convención; los delegados norteros regresaron a sus tierras y de la convención quedó sólo el Consejo Ejecutivo, formado por los zapatistas. En medio de la ofensiva de Carranza, siguieron discutiendo y estableciendo leyes. Vale la pena analizarlas pues son las conclusiones de un movimiento revolucionario de gran trascendencia en la historia de Latinoamérica.

EL PROGRAMA ZAPATISTA El Plan de Ayala solo fue el inicio del programa zapatista. En la convención no se desarrollan todas las ideas del zapatismo; es cuando el movimiento estaba herido de muerte y refugiado en la región morelense donde desarrolla de manera más plena el programa zapatista; sin embargo esta sería descuartizada muy pronto, que Manuel Palafox sería el corazón y la cabeza de la ley agraria que buscaba extender el reparto de tierra más allá de las fronteras morelenses. Cuando se decretó ya no había gobierno central que garantizara su ejecución. Se establece también una Ley General de Trabajo, que dice:

“el Estado, cuyo único objeto debe ser la felicidad y el perfeccionamiento del pueblo, está obligado a garantizar a todos los trabajadores el ejercicio de su derecho al producto íntegro de su trabajo, procurando de una manera paulatina y progresiva, atendiendo a las condiciones sociales y políticas establecidas, la socialización de los medios de producción y de cambio en favor de las sociedades cooperativas que formen las clases productoras”.⁷

Establece una serie de reformas como el descanso dominical, la jornada laboral de 8 horas, la prohibición del trabajo infantil, el trabajo nocturno y durante la gestión de las mujeres, el establecimiento de un salario mínimo suficiente para la supervivencia, entre otras medidas.

El zapatismo se oponía a un ejército permanente, decía que éste había sido “un instrumento de asesinato manejado por los gobiernos para oprimir y explotar al pueblo indefenso”. En consecuencia, este sería sustituido en sus funciones de defensa de la Patria por el pueblo en armas, pero de ningún modo sería otra vez una institución permanente. En tiempos de paz, las funciones de seguridad y protección a la sociedad, serían realizadas por las fuerzas de la gendarmería pertenecientes a la Federación, a los estados y a los municipios”.⁶

Se declaran también leyes que obligan al Estado, en sus distintos niveles, a impartir educación básica gratuita y laica. Se planteaba la reorganización de la educación media y superior, priorizando la enseñanza de carreras técnicas a las humanísticas, algo completamente entendible por la necesidad de desarrollar la técnica del país.

El zapatismo estaba decidido a llevar justicia para el pueblo, para los obreros y campesinos. Sus ideales venían de lo hondo de la lucha de los pueblos campesinos, pero con influencias socialistas de carácter utópico. Cuando tuvieron oportunidad de llevar adelante su programa, su práctica fue más radical que sus ideales. La base campesina ponía su sello en la ecuación y mostraba potencialidades y sus límites. No se concibe como medida la nacionalización del conjunto de la industria bajo control democrático de los trabajadores en base a una planificación económica en beneficio del conjunto de la sociedad

(como poco tiempo después harían los obreros y campesinos rusos), así que se inclinaban más al cooperativismo.

En cuanto al tipo de gobierno rechazaban la columna vertebral del estado feudal y burgués: el ejército permanente, llegando a la misma conclusión en esto que los marxistas. En la Comuna de Morelos lo que existió fue el pueblo en armas, ligado a la organización de las comunidades campesinas. Los zapatistas (y villistas) pugnaban por un gobierno parlamentario, que era más avanzado que el régimen presidencialista que se acordó en la constitución de 1917. Pero también aquí la práctica fue más lejos, pues en Morelos eran las asambleas de los pueblos donde, en interacción con los dirigentes, se tomaban muchas de las decisiones. En realidad aquí había un gobierno superior al parlamentarismo y podría haber sido la base para construir un Estado de obreros y campesinos, donde los parlamentarios surgieran de los trabajadores sin contar con privilegios y sin separarse de la base trabajadora.

¿ERA POSIBLE QUE VILLA Y ZAPATA VENCIERAN? No hay una respuesta simple ni un factor único que explique por qué Villa y Zapata perdieron la revolución, pero en gran parte fue porque no pudieron establecer una alianza práctica duradera en el terreno político y militar y no contaron con un programa revolucionario que ofrecer a las masas del país, más allá del plan de Ayala que no planteaba el problema obrero, la reorganización de la economía y la necesidad de un gobierno nacional de los trabajadores. Cuando debatieron sobre un programa más general ya era demasiado tarde. Eso jugaría un papel en no lograr concretar la alianza con la clase obrera y arrebatar la base campesina al constitucionalismo. Todo esto, contribuiría a la derrota militar y de la revolución del campesinado pobre.

Entre los ideólogos del zapatismo hubo grandes revolucionarios, pero también mucho empirismo en su actuar. A la par de ligarse a las masas y comprender las condiciones concretas de la lucha y el país, una teoría revolucionaria coherente como el marxismo hubiera dado mayor claridad. Eso fue lo que en Rusia le dio la enorme fuerza a la corriente más revolucionaria que terminaría triunfando: la existencia de un partido revolucionario, del partido bolchevique.

Si los ejércitos de Villa y Zapata hubieran triunfado, no se hubiera establecido, al menos en lo inmediato, un gobierno socialista. Era posible que incluso eso nunca ocurriera y se estableciera una democracia burguesa avanzada, aunque hubiera tenido un claro carácter antiimperialista debido al actuar de los EEUU. El ideario de estos ejércitos, y sobre todo de los zapatistas, fue más radical que el ala izquierda del constitucionalismo y la revolución hubiera partido desde un punto muy superior.

Un gobierno campesino sería vacilante ante las presiones de clase de los capitalistas nacientes y sus hermanos

obreros. Un gobierno campesino hubiera defendido el derecho de la propiedad individual, no aboliendo por tanto el carácter burgués de la economía. La tendencia individualista del campesino también generaría una tendencia de acumulación manteniendo relaciones capitalistas y generando a la larga nuevas desigualdades. La única forma en que la revolución diera plena justicia social a las masas trabajadoras del campo y la ciudad era con un Estado en transición al socialismo, es decir donde se expropiara la industria y se planificara la economía bajo una administración democrática de los trabajadores. Este debería ser sólo el primer paso para la revolución socialista internacional. En ese sentido no era suficiente una alianza de campesinos y obreros, la clase obrera debería asumir la dirección del Estado y establecer un programa socialista.

En la experiencia más gloriosa de la revolución mexicana, la comuna de Morelos, se abolió la gran propiedad privada y se expropió la industria. Así como en Morelos, el nuevo Estado revolucionario podría haber entrado en una batalla abierta contra la burguesía. En Morelos el campesino mostró sus límites, estaban más preocupados por su situación individual que por echar a andar las industrias que podrían traer un beneficio colectivo mayor. Por eso un gobierno de alianza obrero-campesina también debía mostrar cuál era la clase hegemónica que determinaría el rumbo del proceso. Para llevar adelante una revolución que diera justicia social consecuente, la clase obrera debía ponerse al frente estableciendo un Estado obrero en alianza con los campesinos pobres que acabara con el capitalismo e iniciara la revolución socialista.

Los obreros aliados a los campesinos tomaron el poder en Rusia en 1917, ese acontecimiento tuvo un fuerte impacto en México. La revolución en Yucatán fue influenciada por ésta y el gobierno de Felipe Carrillo Puerto se declaró socialista. La revolución rusa hubiera sido un imán para un hipotético gobierno de campesinos revolucionarios en México. Zapata diría al general Amezcua:

“Mucho ganaríamos, mucho ganaría la humana justicia, si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de la Rusia irredenta, son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos”⁸

Las revoluciones surgen tarde o temprano de manera inevitable, no podemos improvisar en la lucha. Hoy la clase obrera es más poderosa en México y tendremos mejores condiciones para el triunfo en la futura revolución mexicana. Debemos avanzar en construir una organización revolucionaria ligada al movimiento vivo de los trabajadores, con un programa coherente y socialista y cuadros que tengan una visión científica de la historia y la lucha de clases, que sólo el marxismo nos brinda. ★

1 Felipe Ávila y Pedro Salmerón, Breve historia de la revolución mexicana, Crítica, 2017.

2 Paco Ignacio Taibo II, Pancho villa una biografía narrativa, Ciencias Sociales, 2007.

3 John Womack jr, Zapata y la revolución mexicana, Siglo XXI editores, 1976.

4 Adolfo Gilly, La revolución interrumpida, Ediciones el caballito, 1979.

5 Arnaldo Córdova, La ideología de la revolución mexicana La formación del nuevo estado, Ediciones Era, 1974.

6 Felipe Ávila, Las corrientes revolucionarias y la soberana convención, H. Congreso del estado de Aguascalientes, UAA, El Colegio de México, INEHRM y SEP, 2014.

7 bibliotecas.tv/zapata/1915/z07nov15.htm

8 Ubaldo Oropeza, El impacto de la revolución rusa en México, Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx, 2017.

Cuba: agresiones de Trump, reforma constitucional y situación económica

Jorge Martín

Desde la llegada al poder de Donald Trump en EEUU, la posición de Washington hacia la revolución cubana ha sido cada vez más beligerante en un cambio radical de política respecto a la seguida por el presidente Obama. Aunque los objetivos finales de ambos son los mismos, el derrocamiento de la revolución cubana, Obama reconoció que la política de agresión directa había fracasado y decidió intentar conseguir lo mismo por la vía de las relaciones económicas. Es decir, restaurar el capitalismo por la vía de la penetración del mercado. Trump parece estar decidido a volver a una política de agresión abierta y ha tomado una serie de medidas concretas al respecto.

El 17 de abril, coincidiendo con el aniversario de la derrotada invasión de Playa Girón, el asesor de seguridad nacional de EEUU John Bolton anunció la decisión de limitar las remesas a \$1.000 por persona cada tres meses, frente a la situación anterior en la que no había límite. En el mismo discurso Bolton anunció la limitación de viajes a Cuba. Estas medidas tienen potencialmente un impacto muy negativo sobre la frágil economía cubana. Por una parte, las remesas representan una parte importante y creciente de la economía cubana. Por otra parte, cientos de

miles de estadounidenses habían viajado a Cuba en los últimos años, sobretodo en cruceros, como resultado de la relajación del régimen de visas.

Finalmente, quizás la medida de más impacto fue el levantamiento de la suspensión del título III de la ley Helms-Burton que entraría plenamente en vigor el 2 de mayo. Recordemos que la ley Helms-Burton iniciada por los representantes republicanos que le dieron nombre fue firmada en 1996 por Bill Clinton y representa una parte clave de la política de embargo y bloqueo de EEUU contra la revolución cubana. El título III de la ley incluye la posibilidad de que empresas de terceros países que operan en Cuba en instalaciones o con bienes confiscados por la revolución fueran denunciadas ante tribunales de EEUU. Ante las quejas y protestas de los países europeos y Canadá que serían los más perjudicados por esta medida, EEUU aceptaron suspender la aplicación de esa parte del título III de la ley, una suspensión que se venía renovando regularmente desde hace más de 20 años.

Este título III, y toda la ley en general, representan una agresión imperialista escandalosa que además viola la misma legalidad internacional que EEUU cínicamente



dicen respetar, al incluir el principio de extraterritorialidad. Es decir la posibilidad de litigar en un país (EEUU) contra empresas radicadas en otro país, por actividades realizadas en otro (Cuba). Aunque ya la Unión Europea, Canadá y otros países que se verían afectados han protestado enérgicamente y han amenazado con tomar medidas en represalia, lo cierto es que la medida puede afectar tanto a decisiones de inversión de empresas que ya están operando en Cuba como a futuras decisiones de inversión de nuevas empresas.

Esta política de amenazas, medidas concretas y la anulación de medidas que había tomado la administración Obama, se enmarca dentro de la ofensiva de Trump contra el gobierno de Maduro y la revolución bolivariana. La política de Washington parece firmemente dirigida por una coalición de oficiales vinculados al exilio contra-revolucionario cubano en Miami y sus operadores políticos sobretudo en el partido republicano con veteranos de la guerra fría, muchos de ellos implicados en la guerra sucia de Reagan en Centroamérica en los años 1980. Entre ellos se encuentran personajes como Elliot Abrams, John Bolton, Mike Pompeo y el propio Marco Rúbio. Trump necesita el apoyo de este sector de peso del partido republicano de cara a las elecciones de 2020.

Además de estas medidas, el 30 de abril, en el marco de un nuevo intento de golpe de Guaidó en Venezuela, el presidente Trump amenazó con imponer a Cuba “un embargo total y completo, junto con sanciones al más alto nivel”. Estas amenazas no son en balde y hay que tomarlas muy en serio.

Desde el colapso del estalinismo en la Unión Soviética, la economía cubana quedó totalmente a la merced del mercado mundial, en el que se inserta de manera extremadamente desigual y desfavorable. El período especial que siguió a la caída de la URSS fue una dura prueba para

la revolución cubana. El hecho de que resistiera fue una muestra de que, a pesar de todo, la revolución seguía viva y mantenía un poso muy profundo de apoyo popular. Este se asentaba sobre las conquistas de la revolución en terrenos como la salud y la educación que hunden sus raíces en la propiedad nacionalizada de los medios de producción.

La situación tan extrema de colapso económico del período especial se superó finalmente con una serie de medidas de apertura al mercado y para atraer inversión extranjera, particularmente en el sector turismo. Cuba necesita captar divisas del mercado mundial, que obtiene de las remesas, la exportación de níquel y servicios médicos, y el turismo, para poder importar todas aquellas mercancías que no se producen en la isla. Obviamente el bloqueo estadounidense hace que esta necesidad se vuelva más costosa y onerosa.

Por un período de tiempo, el desarrollo de la revolución bolivariana representó un balón de oxígeno para la revolución cubana, desde el punto de vista político, pero también económico. El intercambio comercial con Venezuela era muy favorable a Cuba, que adquiría petróleo a precios subsidiados y vendía servicios médicos.

El deshielo de las relaciones con EEUU a raíz de los acuerdos con Obama a finales de 2014 permitieron pensar en una situación de mayor inversión extranjera e incluso el final del bloqueo imperialista.

En ese contexto se agudizó la presión para aumentar el papel del mercado en la economía. En este período la idea de una vía china (o vietnamita, que en la práctica es lo mismo) ganó adeptos a todos los niveles del estado y el partido. Sin embargo, las concesiones al “mercado” tienen su propia dinámica, una dinámica peligrosa que lleva a la acumulación privada de capital y posteriormente a la expresión política de esos sectores que lo han acumulado.

En China y en Vietnam el proceso llevó de unos regímenes burocráticos pero basados en la propiedad estatal de los medios de producción y la planificación de la economía a la restauración del capitalismo. Aunque es cierto que en estos países ha habido un fuerte crecimiento económico, el mismo se asienta sobre las espaldas de la sobre-explotación de la clase trabajadora que además no tiene derechos sindicales ni políticos, y además viene acompañado de una polarización de la riqueza sin precedentes. Ahora la economía china empieza a llegar a sus propios límites de desarrollo capitalista lo que va a provocar una explosión de la lucha de clases.

El panorama al que ahora se enfrenta la revolución cubana, sin embargo, es ahora muy diferente al de hace cinco años. La crisis económica en Venezuela ha provocado una disminución brusca del intercambio comercial favorable con ese país. La retirada forzosa de los médicos cubanos en Brasil a raíz de la victoria del demagogo reaccionario Bolsonaro ha venido a agravar esta situación. Y a estos factores se añade ahora la nueva ofensiva y amenazas de Trump.

Es en este marco en el que tenemos que analizar la discusión de la nueva Constitución cubana que fue aprobada con más de 6 millones de votos el 24 de febrero, después de un proceso de discusión en el que participaron millones de personas. En primer lugar hay que señalar que aunque el proceso de discusión fue amplio, en realidad la

propuesta fue elaborado por “un pequeñísimo comité de altos funcionarios del Estado ... a puerta cerrada” como señaló Ariel Dacal (*¿A dónde van las palabras que no se quedaron?* <https://medium.com/la-tiza/a-d%C3%B3nde-van-las-palabras-que-no-se-quedaron-52c0582a0486>).

Por una parte se dio el debate sobre el matrimonio igualitario. El texto original (de 2002) lo describía como la unión voluntaria de “un hombre y una mujer”. La propuesta inicial que se debatió cambiaba esa formulación a “dos personas”. Este fue uno de los puntos más polémicos del debate. Todas las fuerzas reaccionarias, coordinadas por algunas iglesias, se lanzaron sobre esta cuestión para movilizar la oposición y el voto contrario a la nueva Constitución. Fue como un ensayo general para la formación de una oposición burguesa en la isla. Ante esta ofensiva, la Asamblea del Poder Popular decidió un retroceso formal, cambiando la formulación propuesta a una más ambigua: “El matrimonio es una institución social y jurídica” dejando la cuestión de quien lo constituye para una ley futura. En realidad, lo fundamental se cumplió, eliminar la descripción restrictiva de la constitución de 2002, pero se aplazó parte del debate en una concesión a aquellas fuerzas reaccionarias que se oponían a dejar establecido explícitamente en la Constitución el matrimonio igualitario.

La propuesta inicial de Constitución contenía además toda una serie de cambios que, aunque aparentemente menores o de detalle, tomados en su conjunto representaban una serie de concesiones claras que la alejaban de una concepción comunista o socialista. Por mencionar algunos:

En el preámbulo ya no se hablaba de que el sujeto de la revolución (“nosotros, ciudadanos cubanos”) estaba inspirado “por los que promovieron, integraron y desarrollaron

las primeras organizaciones de obreros y de campesinos, difundieron las ideas socialistas y fundaron los primeros movimientos marxista y marxista-leninista”.

En el mismo preámbulo se eliminaba la afirmación de que “nosotros” estuvieramos “decididos ... con el Partido Comunista al frente, ... con el objetivo final de edificar la sociedad comunista;”.

Se eliminaban las siguientes afirmaciones: “de que los regímenes sustentados en la explotación del hombre por el hombre determinan la humillación de los explotados y la degradación de la condición humana de los explotadores; de que sólo en el socialismo y el comunismo, cuando el hombre ha sido liberado de todas las formas de explotación: de la esclavitud, de la servidumbre y del capitalismo, se alcanza la entera dignidad del ser humano”.

Aunque se mantenía la afirmación de que “El socialismo y el sistema político y social revolucionario, establecidos por esta Constitución, son irrevocables”, se eliminaba la frase que seguía: “y Cuba no volverá jamás al capitalismo”.

En el artículo 5 sobre el Partido Comunista, se eliminaba entre sus objetivos el de “el avance hacia la sociedad comunista”.

Las bases económicas de la República eran definidas en la Constitución de 2002 como “En la República de Cuba rige el sistema de economía basado en la propiedad socialista de todo el pueblo sobre los medios fundamentales de producción y en la supresión de la explotación del hombre por el hombre”. Ahora se modificaba a: “En la República de Cuba rige el sistema de economía basado en la propiedad socialista de todo el pueblo sobre los medios fundamentales de producción, *como forma de propiedad principal*, y la dirección planificada de la economía, *que*



Trump anuncia nueva política contra Cuba [FOTO: White House]

considera y regula el mercado, en función de los intereses de la sociedad.” Además de los añadidos sobre el mercado, se eliminaba la afirmación acerca de “la supresión de la explotación del hombre por el hombre”.

Se reconocía además por primera vez la propiedad privada “sobre determinados medios de producción”.

Como Ariel Dacal explica muy bien en su artículo (¿A dónde van las palabras que no se quedaron?), la cuestión no es en sí si una formulación es quizás mejor o peor, sino cual es el motivo por el que se eliminan una serie de afirmaciones muy contundentes que sí estaban en las constituciones de 1976, 1992 y 2002, incluyendo por ejemplo la afirmación de que Cuba “no volverá jamás al capitalismo” introducida en la reforma constitucional de 2002 y aprobada por referéndum como respuesta a las provocaciones de Bush. No se trata tampoco de si esas afirmaciones en la Constitución se correspondían con la práctica real del estado. Lo fundamental es ¿cuál es el sentido general que subyace detrás de estas modificaciones? Claramente el de rebajar el contenido socialista y comunista de la Constitución y dar reconocimiento a la propiedad privada y el mercado. Es decir, eran un conjunto de modificaciones que trataban de adaptar la norma legal constitucional a la realidad de las concesiones al mercado que ya se hacían. Seguramente entre los partidarios de la “vía china” o vietnamita, las modificaciones eran también un intento de dar mayor seguridad jurídica al sector privado y a los potenciales inversores extranjeros.

Sin embargo, lo más interesante fue que durante el período de discusión hubo una fuerte crítica a muchas de estas propuestas y se levantó una resistencia por parte de aquellos militantes comunistas y trabajadores en general que consideraban, correctamente, que estas modificaciones representaban un retroceso y una amenaza para la revolución cubana.

Fue esa resistencia lo que finalmente llevó a la comisión encargada a revertir muchas de estas modificaciones en el texto final que se puso a votación. Así por ejemplo:

“Los que promovieron, integraron y desarrollaron las primeras organizaciones de obreros, campesinos y estudiantes; difundieron las ideas socialistas y fundaron los primeros movimientos revolucionarios, marxistas y leninistas” vuelven a reaparecer en el preámbulo.

La frase acerca “de que Cuba no volverá jamás al capitalismo como régimen sustentado en la explotación del hombre por el hombre, y que solo en el socialismo y en el comunismo el ser humano alcanza su dignidad plena” reapareció en la versión final.

Entre los objetivos del Partido Comunista se vuelve a incluir “el avance hacia la sociedad comunista”.

Otros aspectos importantes, como la propiedad privada y el papel del mercado en la economía se mantuvieron respecto a la propuesta inicial. Sin embargo, las modificaciones que se hicieron al borrador inicial son signifi-

cativas y reflejo de la oposición que esas concesiones al mercado y a rebajar el carácter comunista del texto habían generado.

Finalmente, claro, un texto constitucional en realidad tiene una importancia limitada. Muchas constituciones del mundo están llenas de buenos deseos y declaraciones grandilocuentes que en realidad nunca se llevan a la práctica. Aquí lo significativo y a destacar es el contenido del debate que fue un debate entre los que quieren acelerar la marcha hacia un mayor papel del mercado (es decir, la restauración del capitalismo en última instancia) y aquellos que se oponían.

Este es un debate crucial para el futuro de la revolución cubana. Toda la experiencia desde 1959-62 demuestra que no es posible construir el socialismo en un solo país (y esa también fue la experiencia de la Unión Soviética). Ante las crecientes amenazas del imperialismo de EEUU la revolución cubana debe fortalecerse con un debate a fondo sobre lo que significa el socialismo y cómo se construye. La economía planificada no puede funcionar sin el oxígeno de la participación democrática de la clase trabajadora en la misma y tampoco es viable sin el apoyo de la revolución internacional.

Hay que volver a las enseñanzas de Lenin y Trotsky. Un estado obrero, como explicaba Lenin en su obra clásica, *El Estado y la Revolución*, no es sino un semi-estado que empieza a disolverse en la medida en que representa la dictadura de la mayoría sobre la minoría. Para ello, Lenin planteaba una serie de reglas básicas inspiradas en las lecciones de la Comuna de París: la elección y revocabilidad de todos los funcionarios públicos, que ningún cargo público tenga un salario mayor al de un obrero cualificado, el pueblo en armas en lugar de un ejército permanente.

El complemento necesario era una política consciente de la necesidad de la extensión de la revolución socialista, particularmente a países capitalistas más avanzados, como única garantía para evitar la burocratización de la revolución, que es el resultado inevitable de la escasez de recursos.

El proceso de concesiones al mercado ya ha generado en Cuba una creciente diferenciación social, el inicio de la polarización de la riqueza. Esto, más pronto o más tarde tendrá una expresión política. De hecho, ya la está teniendo, como hemos visto en la discusión de la constitución.

Las conquistas de la revolución, que son lo que le dan su fortaleza y capacidad de resistencia, se asientan sobre la propiedad estatal de los medios de producción, la abolición del capitalismo y no sería posible mantenerlas bajo un régimen de propiedad privada de los mismos. La única manera de luchar de forma efectiva por defender las conquistas de la revolución, es mediante el control obrero, la lucha contra la burocracia y con una perspectiva de socialismo internacional.

13 Mayo 2019 ★

Histórico seminario en La Habana discute las ideas de León Trotsky

Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

A pesar de todas las dificultades, se celebró en Cuba un seminario internacional sobre León Trotsky convocado por el Instituto de Filosofía y con la participación de la Casa Museo León Trotsky en México. La Corriente Marxista Internacional estuvo presente a través de Centro Carlos Marx y de un mensaje de Alan Woods.

León Trotsky es una figura clave del marxismo. Es sabida la admiración que hacia él mantenía Julio Antonio Mella, figura clave del comunismo cubano, quien le llamaba “el dínamo de la revolución”. El Che Guevara, muerto en Bolivia, cargaba en su maleta libros de quien creara y dirigiera al Ejército Rojo. El pensamiento de este personaje tiene una enorme vigencia y relevancia en la América, el mundo y en la Cuba actual. Las ideas y el interés hacia la vida de León Trotsky se van abriendo camino en Cuba. La obra del escritor cubano Leonardo Padura, *El hombre que amaba a los perros*, es una muy fiel representación del revolucionario bolchevique y su asesinato. Pese a todo lo dicho, han sido pocos los espacios que en Cuba se han abierto para discutir y conocer sus ideas. Es por eso de enorme relevancia que, a pesar de todas las dificultades, entre el 6 y 8 de mayo tuviera lugar en la Habana el *Evento Académico Internacional León Trotsky* bajo el auspicio del Instituto de Filosofía y el esfuerzo generoso de Frank García Hernández.

La sede del seminario fue la casa México, La casa Benito Juárez, ubicada en La Habana Vieja, que brindó

todas las facilidades, iniciando por su director Miguel Hernández, para la realización de la actividad. En la sala de las sesiones se montó una exposición fotográfica del revolucionario ruso, organizada por el Museo Casa León Trotsky de la Ciudad de México. Dicha exposición podrá visitarse hasta el 12 de junio del presente año en dicha casa que se encuentra en la calle de Obrapía 116, esquina con calle Habana.

La mayor asistencia de cubanos provino de la Habana pero también se dieron cita compañeros de 2 provincias más (Matanzas y Villa Clara), mientras que de fuera hubo compañeros de alrededor de 15 nacionalidades distintas. En cuanto a los cubanos, hablamos de una asistencia de estudiantes, profesores e investigadores. Es una lástima, que en medio de tantas presiones para realizar el evento, mucha gente potencialmente interesada no se enterara del mismo pudiendo haber sido mucho más amplia la participación del público local. Seguramente eso no fue por falta de interés, ya que la presentación de *La Revolución Traicionada* en la Feria del Libro de la Habana en 2008 se realizó con una sala llena a rebosar con más de 100 asistentes. Dentro de los asistentes estaba también presente León Ferrera, histórico militante trotskista cubano, que trabajó con el Che después del triunfo de la revolución.

Se tuvo una agenda muy apretada con 7 mesas de debates, todas relacionadas con Trotsky y los siguientes

subtemas: La revolución contra la burocracia; Historia e historiografías; La revolución se expande; Impacto teórico; Su impacto en la cultura universal; Imperialismo y las américas; Cuba: la revolución antimperialista.

Además se proyectó un avance del documental de *El Hombre más peligroso del mundo* de la directora Lindy Laubman, con mucho material fílmico inédito. El material mostrado es interesante, aunque aún no conocemos el trabajo final en su conjunto.

Dentro de las jornadas se presentaron tres libros: *Trotsky en el espejo de la historia* por su autor Gabriel García Higuera, los *Escritos latinoamericanos* y *La revolución traicionada* de León Trotsky. Este último libro icónico y fundamental, fue editado de manera expresa para su presentación en Cuba por el Museo Casa León Trotsky y el Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx (la editorial en lengua castellana de la Corriente Marxista Internacional). La edición cuenta con unas palabras introductorias del nieto de Trotsky Esteban Volkov y un prólogo de Alan Woods. La exposición de este libro estuvo a cargo del trotskista mexicano Ubaldo Oropeza, redactor de La Izquierda Socialista, quien describió brevemente las causas fundamentales del proceso de degeneración en la Unión Soviética, explicados por Trotsky en este libro. Relató como el aislamiento de la revolución a nivel internacional, el reflujo entre las masas – marcados por años de guerra mundial, guerra civil, hambruna, etc. – y el atraso cultural del país fueron la base de la degeneración burocrática. Una vez en el poder la

burocracia tenía que encontrar una “nueva” teoría para sostenerse y ésta la encontró en el llamado “socialismo en un solo país”. Cuando la burocracia se sintió segura, entrada la década de los 30, comenzó una “guerra civil unilateral preventiva” contra todo lo que representaba a Octubre: se distorsionó la historia de forma burda y se purgó al partido. La intriga, los golpes, la delación y el espionaje fueron métodos comunes en la “política” y para terminar se asesinó a toda la vieja guardia bolchevique. Un río de sangre separa al estalinismo del bolchevismo.

En una de las moderaciones el compañero Wilder Pérez, del Instituto de Filosofía, resaltó la importancia de tener este seminario en la misma Cuba y la presencia de los compañeros del exterior. Trotsky no es un personaje desconocido en las capas de la intelectualidad que desde el pensamiento crítico defiende la revolución cubana. Una profesora dio una participación desde el público sobre la teoría de la revolución permanente muy bien estructurada y con enorme conocimiento, explicando que en los Estados socialistas estas ideas no se discuten y deberían difundirse más. Por su parte, el joven estudiante Yunier Mena hizo una ponencia sobre Arte y Literatura explicando las ideas de Trotsky y las contradicciones que el arte tuvo con el ascenso de la burocracia estalinista.

La directora del hoy Museo Casa León Trotsky, donde el revolucionario exiliado recibiera el atentado mortal, Gabriela Pérez, también expuso en las sesiones hablando



Video mensaje de Esteban Volkov y Alan Woods en el Seminario sobre Trotsky [FOTO: CES Carlos Marx]

de la función del museo. En medio de su exposición se proyectó un video realizado para este seminario donde aparece Esteban Volkov, nieto de León Trotsky y sobreviviente del primer atentado en la casa de Coyoacán, entrevistado por Alan Woods, dirigente de la Corriente Marxista Internacional. Además leyó un saludo que Esteban Volkov mandó para la realización del seminario en Cuba.

La última mesa fue moderada por Yohanka León del Río y trató sobre Cuba. La investigadora cubana Caridad Massón, del instituto Juan Marinello, dio una exposición que resultó polémica sobre el juicio a Sandalio Junco, considerado uno de los primeros trotskistas cubanos. Carlos Ricardo Márquez, del Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx, explicó que Julio Antonio Mella, desde que tomó partido por el marxismo, mostró su admiración por León Trotsky, algo que se mantendría hasta el final de su vida. Este joven revolucionario cubano, entraría en contacto con la Oposición de Izquierda y llevaría estas ideas a México y Cuba. En textos como “¿A dónde va el ARPA?” Se puede notar su influencia de las ideas de León Trotsky. En su ponencia, Carlos Márquez, también colaborador de la revista América Socialista, terminaría diciendo que desde los orígenes del comunismo cubano se encuentra la presencia de las ideas de León Trotsky, que estas no son ajenas a la tradición revolucionaria de este país y debemos reivindicarlas.

Este seminario no obedeció a una coyuntura, se realizó por la insistencia y persistencia del joven intelectual cubano Frank García Hernández, quien trabaja en el Instituto Juan Marinello. Él ha estudiado el pensamiento de Trotsky y la historia del trotskismo en Cuba. Para que este evento se concretara tuvo que lidiar con mil trabas burocráticas y presiones. Trotsky no es un personaje prohibido en Cuba, pero ciertamente no se impulsa su estudio. Hay mucho interés en sus ideas en todos los niveles pero también es claro que hay gente que no le interesa que se le conozca a fondo y hasta lo bloquea.

Todas esas complicaciones implicaron el cambio de fecha del seminario. Las propias limitantes materiales en el archipiélago revolucionario cubano, acosado por el bloqueo, fueron una enorme dificultad. Mucha de la planificación del evento se perdió a unos días de su realización dentro de una Laptop que se rompió. Fue un trabajo titánico de coordinar hospedaje a tantos invitados extranjeros así como comidas, traslado de materiales para el seminario (algunos de los cuales se quedaron en la aduana), conseguir las salas de reunión, proyección y cierre. Una compañera clave en toda la organización fue la joven periodista cubana Lisbeth Moya.

Las ideas de León Trotsky brillan con luz propia, pero no podemos decir lo mismo de muchos de los que se declaran trotskistas que son en realidad grupos con una mentalidad estrecha y sectaria. Otra dificultad para los organizadores fue lidiar con toda una serie de estos grupos extraños, algunos de ellos con posiciones abiertamente contrarias a la revolución cubana y venezolana que querían imponer ultimátum a quienes les invitaban. Había

un peligro serio de que el seminario se saliera de control, afortunadamente los organizadores lo fueron resolviendo de forma correcta.

Al finalizar se proyectó un mensaje de Alan Woods, dirigente de la CMI, al evento.

Las palabras de cierre de Frank García fueron muy emotivas, inició agradeciendo a la gente que ayudó a la realización del seminario, nos hizo el honor de agradecer de forma especial al Museo León Trotsky y Ricardo Márquez y el Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx, por el apoyo brindado para que este seminario fuera posible. Añadió que la burocracia había puesto mil trabas, pero fue entonces que apareció el Instituto de Filosofía a quien agradeció su inestimable apoyo para organizar la actividad. Sus palabras finales fueron más que contundentes, sin dejar a duda su postura en defensa de la revolución, dijo: “Ni reyes ni burócratas ni patronos, hacia el comunismo”.

En un ambiente revolucionario e internacionalista terminaba este histórico seminario. El blog cubano La Tizza reseñó ese momento de la siguiente forma: “Cuando cerca de las 19 horas del día 8 de mayo, con el puño izquierdo cerrado hacia arriba, se escuchó en varios idiomas y a viva voz de los participantes, «La Internacional», terminaba el evento dedicado a Lev D. Trotski y la universalización de los marxismos abría un nuevo capítulo, esta vez desde La Habana” (medium.com/la-tizza/otros-marxismos-en-la-habana-trotski-revisitado-d9b1e011dd92).

Por la noche el Ensamble Interactivo de la Habana, un grupo de músicos cubanos y latinoamericanos, hicieron un concierto para los asistentes al seminario en La Bombilla Verde, donde presentaron una obra compuesta expofeso para el seminario, dedicada a León Trotsky.

La revolución cubana sigue contando hoy con importantes reservas y fortalezas, se encuentra en un proceso de transformaciones profundas que están trayendo nuevos peligros desde su interior. La necesidad de establecer la democracia obrera, donde los trabajadores tengan el control del Estado y la economía, se convierte en una necesidad vital para el futuro de la revolución. El mundo en que vivimos se caracteriza por una enorme inestabilidad, donde las grandes masas han agotado su paciencia y el sistema capitalista no puede resolver sus necesidades abriendo paso a una intensa lucha de clases que llega al nivel de luchas entre revolución y la contrarrevolución.

El capitalismo se encuentra sumergido en una crisis orgánica, si Cuba volviera a este sistema significaría una regresión histórica con una debacle económica y cultural de la que sólo una pequeña minoría saldría beneficiada. La salida está en extender la revolución, en una política abiertamente internacionalista como señala “La teoría de la revolución permanente”. Por eso no solo es bueno conocer las ideas de León Trotsky, son fundamentales para la defensa de la revolución cubana y esperamos que este seminario abra el interés para los que asistieron y los que no, en conocer, profundizar y defender las ideas del dinamismo de la revolución rusa.

17 Mayo 2019 ★

Julio Antonio Mella y el trotskismo

Carlos Ricardo Márquez

Mella escribió en alguna ocasión “Vencer o servir de trincheras a los demás: Hasta después de muertos somos útiles”. Y lo sigue siendo. Mella admiraba a León Trotsky al que llamaba “el dinamo de la revolución”. Entró en contacto con la Oposición de Izquierda Internacional y chocó con los métodos y las ideas del reformismo y el estalinismo. A él le gustaba decir las cosas como son, sigamos su ejemplo. Hay que decir que Mella dedicó su vida a la revolución —y murió por ella— y por ello entró en conflicto con el burocratismo y con los oportunistas que con una fraseología radical planteaban poner un freno a la revolución, conciliando y sucumbiendo frente a la gran burguesía.

Parece increíble que Julio Antonio sólo viviera 27 años convirtiéndose en figura central del movimiento comunista en Cuba, México y Latinoamérica. La juventud es el motor de la revolución proletaria. Mella nos recuerda a los bolcheviques rusos, esos incansables jóvenes que rompieron con lo establecido bajo una perspectiva revolucionaria proletaria clara. Sin gente así no se puede revolucionar la sociedad. Pero no es suficiente ese impulso, también se requiere construir las sólidas fuerzas que la transformen, el partido revolucionario.

EL IMPACTO DE 1917 La toma del poder por parte de los trabajadores rusos sacudió al planeta, abriendo las compuertas de la lucha de clases a nivel internacional. En Cuba ya existía una incipiente tradición socialista antes de 1917. Los emigrados cubanos, desde la mitad del siglo XIX, habían entrado en contacto con ideas socialistas. En 1918 encontramos grupos comunistas y anarquistas que simpatizan con la revolución rusa y se dan los primeros intentos de construir un partido comunista, tarea que no fructificó.

Los vientos de cambio vinieron a Cuba inicialmente de la mano de los estudiantes universitarios que se enfrentaron a Machado, apenas dos años después del triunfo de la revolución rusa. Julio Antonio, proveniente de la pequeña burguesía, se inmiscuyó en la lucha de forma dirigente y entró en contacto con líderes obreros como el anarcosindicalista Alfredo López, quien tendría una enorme influencia sobre él.

Mella fue comprendiendo la necesidad de la unión con la lucha proletaria. En la lucha estudiantil iría evolucionando, a través de su consecuente práctica, de una posición reformista a una revolucionaria. Eso se puede notar en los artículos escritos en la revista universitaria Alma Mater y en la siguiente revista Juventud. En ésta última empieza a

defender la necesidad de la revolución social. Ahí aparece un artículo suyo, en febrero de 1924, sobre la muerte de Lenin, “Lenine Coronado”, donde también se puede leer una primera referencia explícita y favorable a Trotsky. Esto no es de extrañar, en ese momento era incuestionable que Lenin y Trotsky fueron los dirigentes principales de la revolución de 1917 y del partido bolchevique. No se puede entender el triunfo de la revolución rusa sin el papel de estos dos hombres. A nivel internacional el partido bolchevique era conocido como el partido de Lenin y Trotsky.

Lenin y Trotsky, aunque en los puntos fundamentales siempre coincidieron, tuvieron algunas diferencias antes de la revolución que los mantuvieron alejados. Esas diferencias se borrarían en la práctica. Estando en dos puntos distantes sin contacto entre ellos, sacarían las mismas conclusiones sobre las tareas de la revolución. En 1917, no había ya razón que impidiera su plena unificación. A partir ese momento, Lenin dijo que no había mejor bolchevique que Trotsky, siendo desde entonces cercanos compañeros de armas. En 1924, cuando la burocracia iniciaba su ascenso, Lenin establece una alianza con Trotsky para combatirla. Lo interesante es que Mella no sólo en 1924 hablaría favorablemente sobre Trotsky, sino también en los periodos donde había un franco ataque contra de él e incluso a sus seguidores les habían expulsado del partido comunista.

DEL LENINISMO AL ESTALINISMO En agosto de 1925 se funda el PCC en una reunión clandestina con 13 delegados. Las principales figuras fueron Carlos Baliño (histórico combatiente desde la época independentista) y Julio Antonio Mella. En los años 20 emergió una generación de jóvenes revolucionarios y la figura de Julio Antonio Mella es su iniciadora y su centro. La incorporación de Mella al comunismo se da en los primeros años del tránsito del bolchevismo a la estalinización, que afectó no solo al partido comunista y al estado ruso sino a toda la Internacional. Julio Antonio no fue imparcial y podemos decir con toda seguridad que no se posicionó del lado de Stalin en esta pugna que él conocía. Un ejemplo claro es que mientras Mella hizo varias referencias favorables a Lenin y Trotsky, nunca escribió en sus artículos el nombre de Stalin.

La revolución de Octubre estableció el régimen más democrático de la historia. La democracia obrera implicó el control de los soviets y de los trabajadores sobre el Estado y la economía; nació una enorme libertad artística

AS

17

que se expresó en el surgimiento de distintas vanguardias; había una independencia de los sindicatos respecto del Estado, para, como dijo Lenin, que se pudieran defender de los excesos del propio Gobierno Obrero; el partido bolchevique seguía siendo el espacio de combate de ideas revolucionarias, donde el surgimiento de corrientes y agrupaciones políticas era lo más normal. En medio de las condiciones más duras de la lucha, en medio del acoso y ataques brutales de los imperialistas, como lo fue la guerra civil, el partido seguía celebrando sus congresos anualmente. La Internacional Comunista seguía esa misma tradición. La democracia obrera lejos de abrir la puerta a la contrarrevolución, amalgamaba a los revolucionarios.

Bajo la dirección de Lenin y Trotsky se combatía cualquier privilegio y los debates se daban políticamente utilizando la autoridad moral y a la fuerza de los argumentos de la dirección. Con el ascenso de la burocracia gris se sustituyó la dialéctica por el dogmatismo, el debate de las ideas fue aplastado por el aparato. El espíritu revolucionario de Mella no podía lidiar con esa caricatura que quería parecer marxista. En la antigua Roma el cristianismo fue cooptado por la casta gobernante y se convirtió en una religión de la clase en el poder pero manteniendo un discurso a favor de los pobres. De forma similar la burocracia estalinista hablaba a favor de la revolución de Octubre negándola en la práctica.

EXPULSADO DEL PARTIDO COMUNISTA Mella se acerca al marxismo, atraído por el legado de Octubre. Él se inspiró en las ideas y la práctica de Lenin y Trotsky, a los que había leído. Se convirtió en un momento en la figura central de la lucha contra Machado en Cuba, quien respondió atacándolo y encarcelándolo.

Mella es la conjunción de la historia de la lucha revolucionaria cubana con las ideas científicas del marxismo revolucionario. El marxismo no es un movimiento nacido de la nada, se inspira y liga al movimiento revolucionario anterior, iniciando por el socialismo utópico aunque superándolo. El caso de Mella se inspira en la tradición revolucionaria cubana. Es conocido su escrito (que quería convertir en libro) sobre José Martí. Cuba era un país que nunca había sido libre y Mella comprende el potencial revolucionario de la lucha de liberación nacional.

El joven Partido Comunista Cubano, en parte por su juventud, su debilidad y la represión de que era objeto por parte de Machado, pero también en parte por la debilidad política de su dirección entró en un amargo conflicto con Mella, al grado de realizarle un juicio interno y expulsarlo de la organización.

Aquella dirección del PCC no fue capaz de ponerse a la altura de las tareas históricas, al grado de preocuparse más porque Mella realizaba su huelga de hambre que por hacer una campaña consistente por su liberación. En vez de entablar un debate claro sobre la táctica a seguir, llegaron a acusar a Mella de hacer la huelga de hambre contra sus compañeros, de ser individualista y poco proletario. Cuando Mella salió de la cárcel enfermo, perseguido y con el peligro de ser asesinado, las duras críticas del PCC se mantuvieron. Querían control más que brindar respuestas correctas y claras frente a los ataques. La debilidad política lleva a la solución de problemas

no por el debate sino por el aparato. Ese fue el primer gran desencuentro de Mella con este tipo de métodos burocráticos.

Sus palabras, al salir de la cárcel, son en parte una crítica a la dirección del PCC reafirmando que tiene plena fe en sus ideales. A la vez que pide la libertad del resto de compañeros presos señala que “el pueblo de Cuba ha demostrado que sabe vivir el actual momento histórico de la Humanidad”. Contrario a la estrechez de miras de los dirigentes comunistas cubanos de aquel momento.

Al exiliarse en México, Mella ingresa al Partido Comunista de ese país. La Internacional Comunista, tuvo que intervenir para que el PCC reconociera su error y aceptara una readmisión formal a la organización.

Mella no fue un exiliado derrotado, sino un militante activo. Nunca deja de lado la lucha revolucionaria en Cuba a la vez que se integra a la lucha clases en México. Es un defensor del frente único leninista, impulsa agrupaciones de apoyo a la lucha de Sandino en Nicaragua, por la liberación de Sacco y Vanzetti (por lo cual pisa la cárcel nuevamente) y es parte de la dirección de la Liga Antiimperialista de América.

BRUSELAS Y LA URSS En nuestra opinión, el viaje a Bruselas y a la URSS es un punto de inflexión en el desarrollo político de Julio Antonio. En los debates del encuentro antiimperialista se da una ruptura definitiva con el oportunismo de Haya de la Torre y el APRA (ya en México habían entablado una polémica), que en esencia era una política de subordinación al imperialismo. Ahí también se da un nuevo enfrentamiento con los métodos del aparato.

Las posiciones políticas de Mella tienen un buen eco en el Congreso Antiimperialista de Bruselas, al igual que en la URSS sus posturas sobre la táctica sindical. Se eligió un representante permanente de América Latina para la Internacional Sindical Roja y Mella era el candidato natural para el cargo. El aparato actuó, bajo la mano de Antonio Codovilla, para combatir políticamente a Mella y evitar que quedara como el representante sindical latinoamericano. Codovilla, sabiendo que podía perder, evitó la votación y llamó a seguir discutiendo en una nueva reunión, citando a sus fieles a una hora y media hora después a quienes apoyaban a Mella, cuando estos últimos llegaron fueron criticados por indisciplinados además que la votación ya se había realizado. Codovilla se lavó las manos con el argumento que fue un error de traducción.

Otra cosa importante pasó en ese viaje. Mella entró en contacto con Andreu Nin, en aquel momento miembro de la Oposición de Izquierda. Él explicó las diferencias en la Internacional y le mostró el programa de la Oposición. Poco tiempo después de su salida de la URSS la Oposición sería expulsada del Partido.

En ese tiempo Mella escribe el artículo “Cuadros en la Unión Soviética” donde no aparecen críticas a la URSS, cada fruta tiene su estación, hay momentos para ser cautelosos y otros para pasar a la ofensiva en la crítica. Dicho artículo muestra una serie de avances de la economía planificada y de la revolución, a pesar de la burocracia, pero incluso ahí cita nuevamente a Trotsky, lo cual en sí mismo, en ese momento de hostilidad contra la Oposición, ya era un abierto desafío.

¿A DÓNDE VA EL APRA? Los bolcheviques sabían que la única esperanza para la revolución rusa, donde no había condiciones para el socialismo debido a su atraso, era la extensión de la revolución al resto de los países, sobre todo a los capitalistas desarrollados. Con el estalinismo se pasó del internacionalismo proletario al “socialismo en un solo país” y se retomó la vieja consigna menchevique de la revolución por etapas. La “nueva” estrategia revolucionaria fue la alianza con la burguesía nacional “progresista” en contraposición a la política de Lenin y Trotsky, quienes siempre defendieron la independencia de clase. La contrarrevolución burocrática no regresó al punto de inicio, por todo un periodo se mantuvo la base económica basada en la planificación que, pese a todo, significó enormes avances económicos, aunque bajo la asfixia y el freno del burocratismo.

El fenómeno del burocratismo le tocó vivirlo a Lenin en sus primeras etapas, y estableció una alianza con Trotsky para hacerle frente y combatirlo. Su muerte y la derrota de la revolución alemana de 1923, aceleró la batalla interna. Trotsky y sus seguidores conformaron la Oposición de Izquierda, llamándose a sí mismos los Bolcheviques Leninistas, reflejando que su tarea era la defensa del verdadero legado de Octubre.

El escrito de mayor madurez en la vida de Mella es “¿Hacia dónde va el ARPA?”, que no es una polémica únicamente contra Haya de la Torre. Mella nos aclara que: “Contestar al ARPA es un medio de contestar a todos los oportunistas y reformistas traidores que sustentan iguales o similares ideologías, aunque nieguen tener vinculación con el ARPA, o se digan enemigos de ella. De aquí la utilidad de tratar de fijar nuestros puntos de vista frente a la propaganda de los traidores conscientes al proletariado y a los *pseudo-reformistas de las tendencias revolucionarias*” (subrayado nuestro). Se puede deducir que la crítica iba dirigida también al mismo seno de la Internacional Comunista.

En su polémica contra Haya de la Torre, Mella critica su política que con un discurso pseudorevolucionario terminaba conciliando y sucumbiendo ante la burguesía, citando a Lenin le responde:

“La Internacional Comunista debe apoyar los movimientos nacionales de liberación [aunque tengan una base, como todos la tienen, democrática burguesa, nos aclara Mella] en los países atrasados y en las colonias solamente bajo la condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no solo de nombre, se agrupen y se eduquen en la conciencia de sus propias tareas disímiles, tareas de lucha contra los movimientos democráticos burgueses dentro de sus naciones. La I.C. debe marchar en alianza temporal con la democracia burguesa de las colonias y de los países atrasados, pero sin fusionarse con ella y salvaguardando expresamente la independencia del movimiento proletario, aún en lo más rudimentario”.

Y reflejando su cercanía con la postura de Trotsky, alejándose del estalinismo que en ese momento defendía el apoyo a los kulaks, planteando su enriquecimiento, y a nivel internacional su apoyo a la burguesía nacional progresista, dice:

“En su lucha contra el imperialismo —el ladrón extranjero— las burguesías —los ladrones nacionales— se unen al proletariado, buena carne de cañón. Pero acaban por comprender que es mejor hacer alianza con el imperialismo, que al fin y al cabo persiguen un interés semejante. De progresistas se convierten en reaccionarios. Las concesiones que hacían al proletariado para tenerlo a su lado, las traicionan cuando éste, en su avance, se convierte en un peligro tanto para el ladrón extranjero como para el nacional. De aquí la gritería contra el comunismo”.

En uno de los puntos centrales de las divergencias entre Trotsky y los estalinistas, Mella se posiciona del lado del primero.

EL INICIO DEL TROTSKISMO EN MÉXICO Julio Antonio, a su regreso a México, da una batalla por la defensa de las ideas de la Oposición de Izquierda junto a Russell Blackwell, que usaba el seudónimo de Rosalio Negrete. Por citar uno de los testimonios que nos hablan de ello, podemos mencionar las palabras de Manuel Rodríguez, quien dice:

“Yo acompañé a Rosalio Negrete a Veracruz, en el momento de la rebelión escobarista. Íbamos a entrevistarnos



Procesión funeraria de Julio Antonio Mella

con Úrsulo Galván, él como encargado de los Pioneros y yo como secretario general del Socorro Rojo Internacional. En ese viaje, Negrete empezó a platicarme de las diferencias entre Trotsky y Stalin, y me dijo que platicara con Julio Antonio Mella. Platicué varias veces con él, compartía los puntos de vista de Negrete” (Olivia Gall, *Trotsky en México*).

Nuestra compañera y amiga, Celia Hart Santamaría, nos recordó cómo Mella le obsequió a Alberto Martínez la Plataforma de la Oposición con la dedicatoria: “Para Alberto Martínez con el propósito de rearmar al Comunismo” (Celia Hart, “Julio Antonio, hasta después de muerto”). Este es Mella después del viaje a Bruselas y a la URSS.

El espíritu revolucionario incansable de Mella le llevó a choques continuos con la política del estalinismo y sus direcciones nacionales. Su autoridad y trabajo lo hacían un objetivo difícil de hacer a un lado y, por el contrario, tenía que ocupar roles de primer orden. Blackwell nos explica:

“En México, a pesar de los continuos desacuerdos con los dirigentes oportunistas del partido mexicano, Mella pronto se convirtió en un líder destacado. Debido a las instrucciones, el partido mexicano prácticamente obligó a Mella, así como a muchos otros camaradas extranjeros, a dedicarse casi exclusivamente al trabajo antiimperialista. Mella fue durante un período considerable secretario general de la Liga Continental Antiimperialista de toda América y de esta manera sus energías se desviaron en gran medida del campo donde habría sido más útil para el movimiento. Más tarde, sin embargo, durante un período en 1928, Mella ocupó provisionalmente el secretariado general del Partido Comunista de México”.

Blackwell también nos menciona como Mella, al ser el secretario provisional del PCM, da una ofensiva contra la política de conciliación con la burguesía. Se da una diferencia fuerte en la táctica sindical, donde Mella defiende (y gana el debate) de crear una nueva confederación sindical (diferente a la CGT y la oficialista CROM), en un momento donde, dice Blackwell, era posible aglutinar a sectores que estaban rompiendo con los reformistas y burócratas y romper la hegemonía de control en los sindicatos mexicanos.

Este debate acrecentó las tensiones en el PCM mientras Mella era acusado de ser trotskista. Vino una ofensiva en contra de él con toda una presión del aparato, Blackwell nos explica:

“Pero al regreso de la delegación Mexicana de Moscú después del Sexto Congreso Mundial de la Comintern, el camarada Mella no solo fue removido de este puesto provisional, sino que también fue eliminado sumariamente del Comité Central, ante la insistencia del ala derecha de la C.E.C. dirigido por Martín (Sitirner) y Carrillo. En un período anterior, Mella había sido acusado de ‘trotskista’ y solo a través de una renuncia formal al punto de vista de la Oposición de Izquierda, que probablemente fue el mayor error político de su carrera en el partido, se le permitió mantener el liderazgo” (Russell Blackwell, “Julio A. Mella”, marxists.org).

Efectivamente, en una reunión del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, en medio de todas las presiones, Mella dice no pertenecer a la Oposición de Izquierda, nótese que Blackwell usa el término “renuncia formal del punto de vista de la Oposición” pues no significa un abandono en la realidad de esas ideas ni mucho menos

una asimilación de las del estalinismo. En medio de esta disputa Mella es expulsado, por segunda vez, fuera de un Partido Comunista.

¿QUIÉN ASESINÓ A MELLA? Un mes antes de su asesinato, Mella tuvo una agria discusión con Vittorio Vidali dentro del local del Partido Comunista, enfurecido, el segundo le dijo: “No lo olvides nunca: de la Internacional se sale de dos maneras, ¡o expulsado o muerto!”. Este personaje tendría una historia oscura, durante la guerra civil española. Cuando Andreu Nin, ex militante de la Oposición de Izquierda y dirigente del POUM, fue asesinado por los estalinistas. Vidali es acusado de estar implicado en este asesinato al igual que el del mismo Trotsky. Tras la muerte de Mella, su pareja sentimental, Tina Modotti, terminaría unida a Vittorio Vidali. Tina estuvo junto a Mella cuando lo asesinaron y en la propia investigación policiaca fue acusada de estar implicada.

El estalinismo es tan opuesto al bolchevismo que tuvo, para consolidarse en el poder, que exterminar a la generación del partido que hizo la revolución. Entre 1936 y 1938 se realizaron los juicios de Moscú, donde fueron condenados a muerte, acusados de crímenes contrarrevolucionarios, una gran cantidad de dirigentes comunistas. Algunos de ellos no llegaron siquiera a ser juzgados pues no sobrevivieron a las salas de tortura, cárceles y los campos de



concentración. El propio León Trotsky sería asesinado en 1940 por un agente estalinista en la misma ciudad que vio morir a Mella. Pero el comunista cubano fue asesinado en 1929, cuando ésta práctica de asesinatos del estalinismo aún no era aplicada.

Sobre la muerte de Mella, diversos historiadores como Adys Cupull, Froilán González o Christine Hatzky, han dado pruebas de que los asesinos materiales fueron matones de Machado, el presidente cubano: José Agustín López Valiñas y Miguel Francisco Sanabria. Russell Blackwell (Rosario Negrete), fundador de la Oposición de Izquierda en México, señala en el ya citado artículo biográfico de Mella, escrito dos años después de su muerte: “El 10 de enero fue asesinado a tiros en la calle por los asesinos de Machado...”, reconociendo al dictador cubano como el asesino. Una de las investigaciones más recientes, realizada por Gabriela Pulido y Laura Moreno, indaga en archivos encontrados de la policía mexicana que se comparan con los de la policía cubana demostrando además su complicidad en este asesinato y la protección de los ejecutores materiales (ver *El asesinato de Julio Antonio Mella: informes cruzados entre México y Cuba*, Secretaria de Cultura e INAH).

Como bien dice Julio César Guanche: “ambas versiones [del asesinato de Mella] explican mejor la vida de Mella que su muerte: lo explican todo sobre su carácter

revolucionario” (“¿Por qué leer a Julio Antonio Mella?”, rebelión.org).

¿FUE MELLA UN TROTSKISTA? El término trotskista fue inventado para desprestigiar a quienes mantuvieron el legado de Octubre y se agruparon en la Oposición de Izquierda, distorsionando con ello sus ideas e invirtiendo el papel jugado por Trotsky y Stalin en la revolución. La última batalla de Lenin fue luchar contra la burocracia en una alianza con Trotsky. Se creó una escuela de falsificación estalinista que escribió una nueva y distorsionada historia. En su viaje a Moscú y Bruselas, Mella se puso al tanto de estos debates de la internacional.

Difícilmente se cuestionan las credenciales marxistas de Julio Antonio Mella. León Trotsky no es más que la continuidad de las ideas del auténtico marxismo y es evidente que Mella no fue un estalinista y se inspiró en las ideas y lucha de Lenin y Trotsky. Mella tenía una cabeza propia que pensaba con dialéctica y libertad, pero con una posición de clase y llegando a la conclusión del papel traidor no sólo del imperialismo sino también de las burguesías nacionales (los ladrones locales). Fue un internacionalista que nunca abandonó la lucha revolucionaria en Cuba, de la que en su momento dijo que: “La lucha es internacional, como internacional es la fuerza que sostiene al gobierno de Cuba: el imperialismo capitalista”.

Mella tiene raíces nacionales en su lucha revolucionaria, admiró a José Martí pero entendió el papel de la clase obrera. Sabía que en la lucha de liberación nacional la clase obrera debía jugar el papel dirigente, comprendió el papel traidor de la burguesía nacional y que la liberación nacional completa del imperialismo no podía darse sin una lucha por el socialismo. En su artículo “El grito de los mártires”, sentencia: “Ya no hay patria. Sólo clases enemigas”.

¿Pertenece Mella a la Oposición de Izquierdas? En realidad la Oposición se estaba creando. Julio Antonio Mella jugó un papel en ese arranque siendo una vía para llevar las ideas de los bolcheviques-leninistas a México y Cuba. Bajo presión, Mella dijo que no pertenecía a la Oposición. Eso pudo haber sido un error momentáneo, aunque no un abandono de las ideas. La Oposición no era un ente creado sino un organismo en construcción. No significa un abandono de Mella de las ideas y la perspectiva. Tras su muerte varios de sus colaboradores cercanos formarían la Oposición de Izquierdas.

Mella fue un revolucionario íntegro y eso lo llevó naturalmente a chocar una y otra vez con el estalinismo, no tenemos dudas que si hubiera vivido más, hubiera estado del lado de Blackwell en México o Sandalio Junco en Cuba, reivindicando las tradiciones del bolchevismo en contra del oportunismo estalinista. En ese momento, la cuestión de si Mella perteneció formalmente a la Oposición de Izquierdas o no, es lo de menos, lo importante fueron las ideas que defendió, que en esa disputa de la internacional se posicionó en los puntos nodales con las de Lenin y Trotsky en oposición a las ideas y métodos del estalinismo.

Las ideas y tradiciones de León Trotsky no son ajenas a la tradición revolucionaria cubana y latinoamericana, forman parte integral del nacimiento de nuestro movimiento y de los Partidos Comunistas en la América. ★



Procesión funeraria de Julio Antonio Mella

La III Internacional Comunista

Mátyás Rákosi

Para dar una visión general de los primeros años de la Internacional Comunista, la Liga Comunista Internacionalista (LCI), sucesora de la Oposición de Izquierdas, publicó en 1934 este relato de Mátyás Rákosi, militante húngaro que en aquel momento trabajaba en Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y publicado en la víspera del IV Congreso Mundial en el Anuario del Trabajo, en 1923. Posteriormente, Rákosi apoyó el estalinismo y se convirtió en dirigente del estado obrero degenerado de Hungría después de la guerra. La lectura de esta reseña no sustituye la necesidad de un estudio detallado de los documentos de los cuatro primeros Congresos, pero da una útil visión general y los coloca en su contexto.

RESEÑA HISTÓRICA La II Internacional debía actuar en momentos de la guerra imperialista, y estaba intelectualmente preparada para hacerlo. Anticipadamente se había analizado con gran precisión el carácter de la guerra. En varias oportunidades, los congresos internacionales habían decidido llevar a cabo la lucha más enérgica y a la vez ejemplar contra la guerra: la huelga general internacional.

Cuando la guerra estalló, sucedió lo contrario. La II Internacional no fue capaz de lanzar incluso ni una sola protesta. En lugar de declarar la huelga general o la lucha contra la guerra imperialista, los líderes socialdemócratas se apresuraron a apoyar a su propia burguesía, con el pretexto de la defensa nacional. Todos estaban devorados por el oportunismo y el chauvinismo, vinculados a través de innumerables nexos con la burguesía. La II Internacional no podía tener, naturalmente, un comportamiento distinto al de los partidos que la componían. Las frases revolucionarias sólo lograban ocultar la realidad mientras no se exigiese coherencia entre lo que se decía y lo que se hacía. Por eso el comienzo de la guerra mundial marca el derrumbe de la II Internacional.

Debido a ello el movimiento obrero internacional estuvo privado de su dirección precisamente en el momento de mayor confusión intelectual y moral. Los pocos hombres que no perdieron la cabeza, aun en medio de la ola de oportunismo y de chauvinismo que en agosto de 1914 parecía haberse apoderado de todos los cerebros, trataron inmediatamente de hacer comprender ese hecho a los obreros. Fueron sobre todo los bolcheviques rusos los que, en el curso de su lucha despiadada contra el zarismo, particularmente durante los años 1905-1906, ya habían aprendido a distinguir entre las palabras y los actos revolucionarios y habían constituido un ala izquierda en el seno de la II Internacional, cuya acción criticaban. En el primer número

de su órgano central, aparecido el 1 de noviembre de 1914, el camarada Lenin escribía:

“La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Abajo el oportunismo y viva la III Internacional, liberada de los renegados y también del oportunismo!”

La II Internacional realizó un trabajo útil de organización de las masas proletarias durante el largo „período pacífico de la peor esclavitud capitalista en el curso del último tercio del siglo XIX y a comienzos del XX. La tarea de la III Internacional será la de preparar al proletariado para la lucha revolucionaria contra los gobiernos capitalistas, para la guerra civil contra la burguesía de todos los países, en vistas a la toma de los poderes públicos y de la victoria del socialismo.”

Algunas semanas después, el camarada Zinóviev escribía sobre “la consigna de la socialdemocracia revolucionaria”:

“Debemos levantar la bandera de la guerra civil. La internacional adoptará esa consigna y será digna de su nombre, o vegetará miserablemente. Nuestro deber consiste en prepararnos para las batallas futuras y habituarnos nosotros mismos y todo el movimiento obrero a esa idea. O morimos o venceremos bajo la bandera de la guerra civil.”

La difusión de ese tipo de ideas se enfrentaba con inmensas dificultades. La burguesía de todos los países, ayudada para ese fin por sus socialpatriotas, empleaba todos los medios para impedir que esas ideas penetraran en las masas.

La primera tentativa de reconstitución de una internacional revolucionaria tuvo lugar a comienzos de setiembre de 1915 en Zimmerwald, Suiza. A iniciativa de los socialistas italianos fueron invitadas “todas las organizaciones obreras que se han mantenido fieles al principio de la lucha de clases y de la solidaridad internacional”. Estaban presentes delegados de Alemania, Francia, Italia,

Los Balcanes, Suecia, Noruega, Polonia, Rusia, Holanda y Suiza. Todas las tendencias estaban representadas, desde los reformistas pacifistas hasta los marxistas revolucionarios. La conferencia aprobó un manifiesto condenando la guerra imperialista y recomendando el ejemplo de todos los que fueron perseguidos por haber intentado despertar el espíritu revolucionario en la clase obrera. Aunque confuso, ese manifiesto marcó un gran paso hacia adelante. El grupo denominado la izquierda de Zimmerwald difundió una resolución mucho más clara. Esa resolución contenía el siguiente pasaje:

“Rechazo de los créditos de guerra, salida de los ministros socialistas de los gobiernos burgueses, necesidad de desenmascarar el carácter imperialista de la guerra en la tribuna parlamentaria, en las columnas de la prensa legal y, si es preciso, ilegal, organización de manifestaciones contra los gobiernos, propaganda en las trincheras en favor de la solidaridad internacional, protección de la huelgas económicas tratando de transformarlas en huelgas políticas, guerra civil y no paz social.”

El rechazo de esta resolución por parte de la conferencia evidencia suficientemente el estado de ánimo de sus participantes. La conferencia nombró una “Comisión Socialista Internacional”. Pese a la declaración formal de la mayoría de la conferencia, en el sentido de negarse a la creación de una III Internacional, la comisión se convirtió, por su oposición a la Oficina Socialista Internacional (órgano ejecutivo de la II Internacional), en el punto de reunión de la oposición y en la organización de la nueva internacional.

La Conferencia de Zimmerwald fue seguida de la Conferencia de Kienthal, en abril de 1916. Lo que caracterizó a esta segunda conferencia fue el hecho que la idea de la lucha revolucionaria internacional contra la guerra y, en consecuencia, la necesidad de una nueva internacional, apareciesen cada vez más en primer plano. La influencia de la “izquierda zimmerwaldiana” aumentó. Se trabajó con celo. Se imprimieron folletos y volantes que fueron

enviados a los diferentes países en medio de las mayores dificultades. Se llevaron a cabo pequeñas entrevistas y conferencias que continuaron difundiendo la idea de la lucha de clases revolucionaria.

Cuando estalló la revolución en Rusia, los elementos más activos de la “izquierda zimmerwaldiana” retornaron a ese país. Fue así como el centro de la lucha en favor de la III Internacional se trasladó a Rusia. Zinóviev tenía razón cuando escribía:

“Desde su nacimiento, la III Internacional unió su destino al de la Revolución Rusa. En la medida en que ésta triunfó, se impuso la consigna “Por la III Internacional”. Y en la medida en que la Revolución Rusa se fue fortaleciendo, lo mismo ocurrió con la situación de la Internacional Comunista en todo el mundo.”

Durante las manifestaciones del 1º de Mayo de 1917, una de las principales consignas de las masas proletarias fue la organización de la Internacional Comunista. Ese deseo se tornó más imperioso cuando el proletariado ruso conquistó el poder y cuando, en la lucha contra el imperialismo mundial, la II Internacional (al igual que en el caso de la guerra mundial) se puso de parte de la burguesía.

Algunos meses después de la caída de las fuerzas principales, el partido comunista ruso tomó la iniciativa de la fundación de la III Internacional. Las revoluciones que siguieron a la guerra demostraron la bancarrota de la teoría de la “defensa nacional” y de sus partidarios los socialdemócratas. Una poderosa ola revolucionaria se desató sobre la clase obrera de todos los países. En Europa Central se dieron insurrecciones obreras por todas partes. No solamente el terreno estaba lo suficientemente maduro para lo constitución de la Internacional Comunista sino que ésta se había convertido en una necesidad para la preparación y organización de las luchas revolucionarias.

EL I CONGRESO, MARZO DE 1919 El 24 de enero de 1919, el comité central del partido comunista ruso así como los burós de relaciones exteriores de los partidos comunistas



Primer Congreso de la Internacional Comunista, marzo 1919

polaco, húngaro, alemán, austríaco, letón y los comités centrales del partido comunista finlandés, de la federación socialista balcánica y del partido socialista obrero norteamericano, lanzaron el siguiente llamamiento:

“Los partidos y organizaciones abajo firmantes consideran como una imperiosa necesidad la reunión del primer congreso de la nueva internacional revolucionaria. Durante la guerra y la revolución, se puso de manifiesto no sólo la total bancarrota de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas, y con ellos de la II Internacional, sino también la incapacidad para la acción revolucionaria de los elementos centristas de la vieja socialdemocracia. Al mismo tiempo, se perfilan claramente los contornos de una verdadera internacional revolucionaria.”

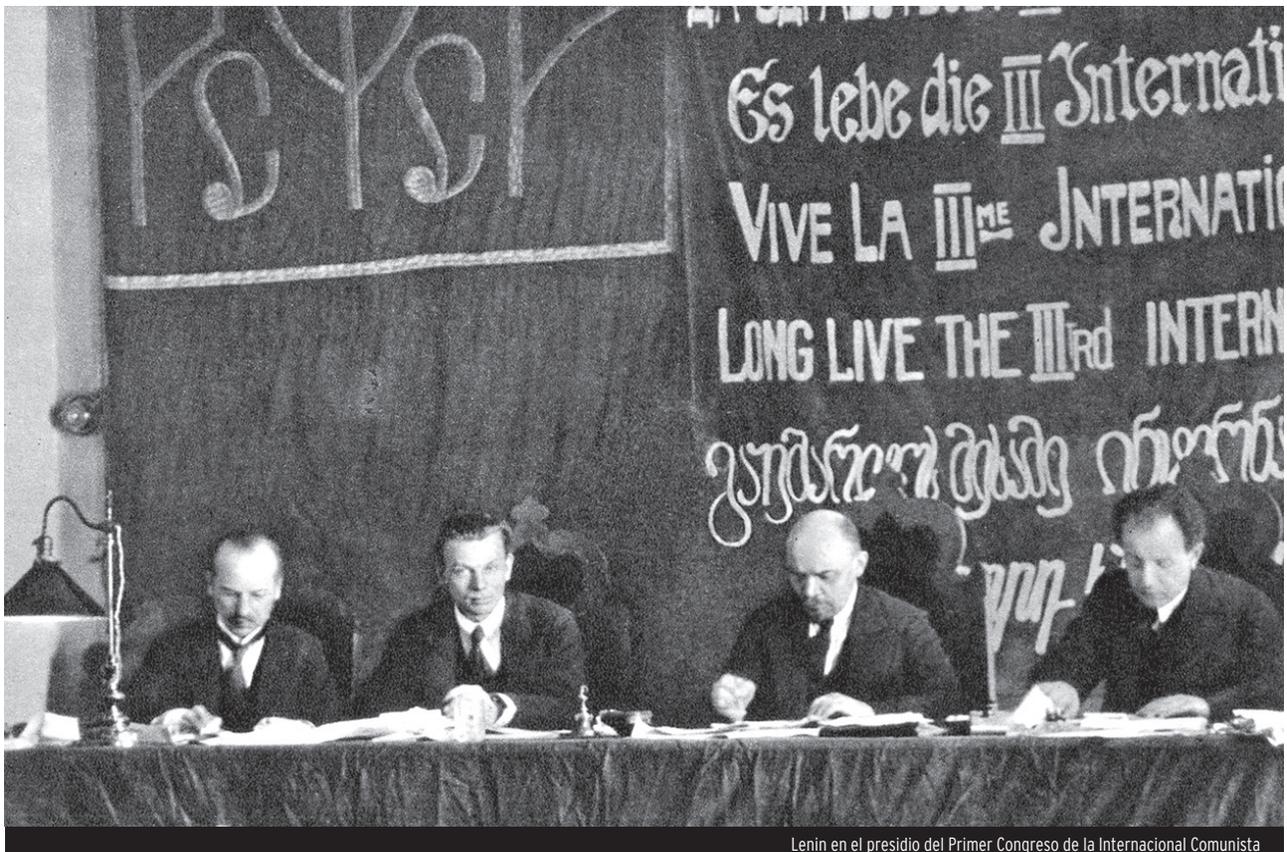
El llamamiento describe en doce puntos el objetivo, la táctica y la conducta de los partidos “socialistas”. Considerando que la época actual significa la descomposición y el hundimiento del sistema capitalista, lo que a su vez significa el hundimiento de la cultura europea si no se acaba con el capitalismo, la tarea del proletariado consiste en la conquista inmediata de los poderes públicos. Esta conquista del poder público implica el aniquilamiento del aparato de estado burgués y la organización del aparato de estado proletario. El nuevo aparato debe encarnar la dictadura de la clase obrera y servir de instrumento para la opresión sistemática y la expropiación de la clase explotadora. El tipo del estado proletario no es la democracia burguesa, esa máscara tras la cual se oculta la dominación de la oligarquía financiera, sino la democracia proletaria bajo la forma de los consejos. Para asegurar la expropiación del suelo y de los medios de producción, que deberán pasar a manos de todo el pueblo, será preciso desarmar a la burguesía y armar a la clase obrera. El método principal de la lucha es la acción de las masas re-

volucionarias hasta llegar a la insurrección armada contra el estado burgués.

En lo que concierne a la actitud de los socialistas, deben considerarse tres grupos. Contra los socialpatriotas que combaten al lado de la burguesía, habrá que luchar sin merced. Los elementos revolucionarios centristas deberán ser escindidos y sus jefes criticados incesantemente y desmascarados. En un determinado período del desarrollo, se impone una separación orgánica con los centristas. Deberá constituirse un tercer grupo compuesto por elementos revolucionarios del movimiento obrero. Luego seguía una enumeración de treinta y nueve partidos y organizaciones invitadas al primer congreso. La tarea del congreso consiste en la “creación de un organismo de combate encargado de coordinar y dirigir el movimiento de la Internacional Comunista y de realizar la subordinación de los intereses del movimiento de los diversos países a los intereses generales de la revolución internacional.”

El primer congreso tuvo lugar en marzo de 1919. En esa época la Rusia de los soviets se encontraba totalmente bloqueada, rodeada por todas partes por fronteras militares, de manera que sólo llegó al congreso un pequeño número de delegados en medio de las mayores dificultades. Con respecto a la constitución de ese congreso, el camarada Zinóviev (en su informe al segundo congreso) escribe lo siguiente:

“El movimiento comunista, en los diversos países de Europa y América, recién estaba en sus albores. La tarea del I Congreso consistía en desplegar el estandarte comunista y proclamar la idea de la Internacional Comunista. Pero ni la situación general de los partidos comunistas en los diferentes países, ni el número de delegados al I Congreso permitieron discutir a fondo los problemas prácticos de la organización de la Internacional Comunista.”



Lenin en el presidio del Primer Congreso de la Internacional Comunista

El congreso escuchó los informes de los delegados sobre la situación del movimiento en su país, adoptó resoluciones sobre las directivas de la Internacional Comunista, sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria, sobre la posición frente a las corrientes socialistas, sobre la situación internacional. Todas estaban redactadas en el mismo tono de la convocatoria de creación. La creación de la Internacional Comunista fue decidida por unanimidad excepto cinco abstenciones. Se dejó a cargo del II Congreso la tarea de la constitución definitiva de la Internacional Comunista, cuya dirección fue confiada a un comité ejecutivo en el que deberían estar representados los partidos ruso, alemán, húngaro, la Federación Balcánica, los partidos suizo y escandinavo. Al finalizar el congreso, se redactó un manifiesto dirigido al proletariado de todo el mundo.

Durante el primer año, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tuvo que realizar un trabajo muy difícil. Casi totalmente aislado de Europa occidental, debió permanecer meses enteros sin diarios, privado de la presencia de la mayoría de sus miembros que no podían acudir a él por culpa del bloqueo. No por ello dejó de adoptar una posición en relación a todos los problemas importantes, precisamente en el primer año posterior a la guerra, en el que faltaba tanta claridad, los llamamientos y los escritos del comité ejecutivo tuvieron un valor muy grande.

La creación de la Internacional Comunista dio un objetivo y una dirección a las masas obreras que se oponían a la política de la II Internacional. Se produjo un verdadero aflujo de los obreros revolucionarios a la Internacional Comunista. En marzo de 1919, el partido socialista italiano envió su adhesión; en mayo lo hizo el partido obrero noruego y el partido socialista búlgaro; en junio el partido socialista de izquierda sueco, el partido socialista comunista húngaro, etc. Simultáneamente, la II Internacional perdía rápidamente a sus efectivos, pues los partidos más importantes fueron abandonándola. Si bien en el momento de su fundación la Internacional Comunista era una bandera más que un ejército, en el curso de su primer año de existencia reunió no solamente a un ejército alrededor de su bandera sino que infligió graves derrotas a su adversario.

EL II CONGRESO, JULIO DE 1920 Con el progreso de la Internacional Comunista surgieron nuevos problemas. Los partidos que acababan de adherirse a ella no estaban lo suficientemente formados. Aún no existía suficiente claridad sobre el partido, el papel de los comunistas en los sindicatos y su actitud en relación al problema del parlamentarismo y sobre otros problemas. La tarea del II Congreso consistió en fijar las directivas.

Arribaron delegados de todos los países. El congreso se inauguró en Petrogrado el 17 de julio de 1920, en medio de las aclamaciones de los obreros rusos y de la atención de todo el mundo proletario. Se adoptaron resoluciones de la Internacional Comunista, resoluciones donde la noción de dictadura del proletariado y de poder de los soviets fue aclarada sobre la base de la experiencia práctica, así como con relación a las condiciones de ejecución de esa consigna en los diferentes países. Se consideraron los me-

dios para reforzar el movimiento comunista. Se adoptaron también resoluciones sobre el papel del partido en la revolución proletaria. El partido comunista debe constituir la vanguardia, el sector más consciente y más revolucionario de la clase obrera. Debe estar formado sobre la base del principio de centralización y constituir, en todas las organizaciones, núcleos sometidos a la disciplina partidaria.

En lo que respecta a los sindicatos, “los comunistas deben ingresar en ellos para convertirlos en formaciones de combate contra el capitalismo y escuelas de comunistas”. La salida de los comunistas de los sindicatos tendría como resultado que las masas quedasen en manos de los jefes oportunistas que colaboran con la burguesía. Fueron adoptadas otras resoluciones sobre el problema de los consejos obreros y de los consejos de fábrica, sobre el parlamentarismo, sobre la cuestión agraria y colonial. Finalmente se aprobaron los estatutos de la Internacional Comunista.

Se llevaron a cabo grandes debates sobre el problema del papel del partido, sobre la actividad de los comunistas en los sindicatos y la participación en elecciones. Los oportunistas atacaron violentamente las veintiuna condiciones de adhesión a la Internacional Comunista. El combate heroico del proletariado ruso, la bancarrota de la burguesía, y de su aliada la II Internacional, las consignas y los llamamientos revolucionarios de la Internacional Comunista arrastraba a una masa de jefes obligados a ceder ante la presión de las masas obreras. Permanecían fieles en cuerpo y alma a la II Internacional y sólo entraban a la Internacional Comunista para no perder su influencia sobre las masas. Incluso si la Internacional Comunista hubiese sido una organización ya en ese entonces poderosa y experimentada, la entrada de esos elementos oportunistas hubiese hecho correr el riesgo de que el espíritu de la II Internacional penetrase en el seno de la Internacional Comunista. Pero la Internacional Comunista, compuesta todavía de partidos aún en vías de formación, tenía la imperiosa necesidad de mantenerse alejada de esos elementos. Esto explica las veintiuna condiciones de adhesión.

Esas condiciones exigen de cada partido que desee adherirse a la Internacional Comunista que toda su propaganda y agitación tengan un carácter comunista. La prensa debe estar totalmente sometida al comité central del partido. Los reformistas deberán ser apartados de todos los puestos de responsabilidad. El partido debe poseer un aparato ilegal y hacer una propaganda sistemática en el ejército y en el campo. Debe llevar a cabo una lucha enérgica contra los reformistas y los centristas. En los sindicatos, debe luchar contra la internacional sindical de Ámsterdam. El partido debe estar severamente centralizado y adoptar el nombre de partido comunista (sección de la Internacional Comunista). En un plazo de cuatro meses posteriores al II Congreso, todos los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista, o que quieran ingresar, deben examinar esas condiciones en un congreso extraordinario y excluir del partido a todos aquellos miembros que las rechacen.

El congreso finalizó el 7 de agosto. En el mes de setiembre, el Partido Socialdemócrata de Checoslovaquia se escindió: una mayoría aplastante adoptó las veintiuna

condiciones y se constituyó, un poco más tarde, en partido comunista. En el mes de octubre, en el Congreso de La Haya, la mayoría del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania se pronunció a favor de la adhesión a la Internacional Comunista. En diciembre tuvo lugar la fusión de la izquierda del partido independiente y K.P.D. (grupo espartaquista) y de esta fusión surgió un gran partido comunista unificado de Alemania. A fines de diciembre, la inmensa mayoría del partido socialista francés se adhirió a la Internacional Comunista. En el mes de enero de 1921, se produjo una escisión en el seno del partido socialista italiano, que pertenecía sin embargo a la Internacional Comunista pero cuya mayoría reformista rechazaba las veintiuna condiciones. En todos los países del mundo en que existían organizaciones obreras se dio el mismo proceso: los comunistas se separaban de los reformistas y se constituían como sección de la Internacional Comunista.

Paralelamente al progreso y al fortalecimiento de la Internacional Comunista, se producía la descomposición de la II Internacional. Toda una serie de partidos que surgieron de la II Internacional pero que se negaron a entrar en la Internacional Comunista, constituyeron una “Unión Internacional de los Partidos Socialistas”, comúnmente llamada la Internacional 2 y 1/2, porque, en todos los problemas, oscilaba entre la II y la III Internacional.

EL III CONGRESO, JUNIO DE 1921 El III Congreso de la Internacional Comunista, que se reunió en junio de 1921, tuvo que resolver nuevas tareas. Éstas estaban determinadas en parte por el hecho que la Internacional Comunista abarcaba ya más de cincuenta secciones, entre las cuales había grandes partidos de masas de los países europeos más importantes, lo que motivaba el surgimiento de problemas de táctica y de organización, pero sobre todo por el hecho que el desarrollo de la revolución y el hundimiento del capitalismo sufrían un cierto retraso que no se había podido prever en la época del primer y segundo congresos.

Luego del derrocamiento de los gobiernos de Europa central, la ola revolucionaria era monstruosamente fuerte y se tenía la impresión de que las revoluciones burguesas serían seguidas inmediatamente por las revoluciones proletarias. En Hungría y Baviera, el proletariado logró durante algún tiempo apoderarse del poder. Aun después de la derrota de las repúblicas soviéticas de Hungría y de Baviera, la esperanza en una rápida victoria de la clase obrera no había desaparecido. Recuérdese la época en que el Ejército Rojo estaba ante Varsovia y en que todo el proletariado se preparaba febrilmente para nuevas luchas.

Pero la burguesía demostró una capacidad de resistencia mayor de lo que se había creído. Su fuerza consistía sobre todo en que los social-traidores que durante la guerra combatieron tan heroicamente contra el proletariado, se revelaron, incluso después de la guerra, como los mejores apoyos del capitalismo tambaleante. En todos los países en que la burguesía ya no podía seguir siendo el ama de la situación, pasó el poder a los socialdemócratas. Fueron “gobiernos socialdemócratas”, con Noske y Elbert en Alemania, Renner y Otto Bauer en Austria, con Tusar en Checoslovaquia, con Bôhm y Garami en Hungría, los que

manejaron los asuntos de la burguesía durante el período revolucionario y ahogaron en sangre las tentativas de liberación del proletariado.

La prosperidad aparente que siguió inmediatamente a la guerra constituyó también un obstáculo para la revolución pues les permitió a los capitalistas ofrecer trabajo a los soldados desmovilizados. La burguesía logró calmar a los obreros sin trabajo proporcionándoles subvenciones. A esto se le agregó un fenómeno psicológico importante: la fatiga de las amplias masas de la clase obrera que recién salían de los sufrimientos y privaciones sufridos durante cuatro años de guerra imperialista. Además, los partidos comunistas a quienes les correspondía la tarea de dirigir y coordinar la lucha del proletariado, aún estaban en vías de formación y a menudo adoptaban falsos métodos de lucha.

Todas esas circunstancias le permitieron a la burguesía reagrupar lentamente sus fuerzas, conquistar su seguridad y retomar una parte de las posiciones perdidas. Cuando la burguesía ya no tuvo más necesidad de ellos, expulsó a los socialistas del gobierno en todos los países donde participaban, y los capitalistas retomaron la dirección de sus asuntos. Crearon organizaciones militares ilegales, armaron al sector consciente de la burguesía y pasaron al ataque contra la clase obrera.

Mientras, la situación económica también había sufrido profundas transformaciones. En la primavera de 1920, surgió en Japón y Norteamérica una crisis que se extendió poco a poco a todas las naciones industriales. El consumo disminuyó rápidamente, la producción se redujo, centenares de millares, millones de obreros, fueron despedidos. Los mercados disminuyeron rápidamente y se redujo la producción. Las luchas defensivas de los obreros alcanza-



ron grandes dimensiones pero terminaron en derrotas, lo que fortaleció la situación de la burguesía.

Esa era la situación cuando se inauguró el III Congreso de la Internacional Comunista. El congreso examinó ante todo la situación de la economía mundial y abordó luego el problema de la táctica que requería la nueva situación. La burguesía se fortalecía, al igual que sus servidores, los socialdemócratas. Ya había pasado la época de las victorias fáciles obtenidas por la Internacional Comunista en el curso de los años inmediatamente posteriores a la guerra. Mientras se esperaban nuevos combates revolucionarios, debíamos reconstruir y fortalecer nuestras organizaciones y conquistar las posiciones de los reformistas mediante un tenaz trabajo en el seno de las organizaciones obreras. La ocupación de fábricas en Italia, la huelga de diciembre en Checoslovaquia, la insurrección de marzo en Alemania, demostraron que los partidos comunistas, incluso cuando combatían manifiestamente por los intereses de todo el proletariado, no podían derrotar a las fuerzas unidas de la burguesía y de la socialdemocracia, cuando no solamente no contaban con las simpatías de las grandes masas sino que tampoco abarcaban a esas masas en el seno de sus organizaciones, arrancándolas de las otras organizaciones. Por eso el congreso lanzó la siguiente consigna: “¡Hacia las masas!”.

En Europa occidental, los partidos comunistas deben hacer todo lo posible a fin de obligar, a los sindicatos y a los partidos que se apoyan en la clase obrera, a una acción común a favor de los intereses inmediatos de la clase obrera, preparando a ésta para la posibilidad de una traición por parte de los partidos no comunistas.

Inmediatamente se manifestó una cierta oposición “izquierdista” contra esta táctica. El KAPD creyó estar ante

un abandono de la lucha revolucionaria y acusó a la Internacional Comunista de intentar en el terreno político la misma retirada que el poder de los soviets se vio obligado a efectuar en el terreno económico. Algunos buenos camaradas tampoco comprendieron al comienzo la necesidad de esta táctica.

Paralelamente con los problemas tácticos, los problemas de organización fueron los más debatidos. En vistas de la conquista de los sindicatos, el Buró Sindical organizado por el II Congreso, en colaboración con los sindicatos que se habían adherido en el intervalo de los dos congresos, constituyó la Internacional Sindical Roja. También se discutió el problema de la Internacional de la Juventud y del movimiento de las mujeres, así como el concerniente al trabajo en las cooperativas y en las uniones deportivas obreras.

El congreso escuchó luego un informe sobre la Rusia de los soviets y aprobó por unanimidad la táctica empleada.

Se llevaron a cabo grandes debates sobre el informe concerniente a la actividad del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Algunos camaradas no aprobaban la política del comité ejecutivo en el problema italiano, en el caso Levi y en la cuestión del KAPD. Pero el congreso aprobó en todos esos puntos la actividad del comité ejecutivo. Los acontecimientos no han hecho más que confirmar la corrección de esas decisiones.

El congreso finalizó el 12 de agosto con la discusión de la cuestión de oriental.

Los meses que siguieron fueron relativamente calmosos y dieron a los diferentes partidos comunistas la posibilidad de ejecutar las decisiones del III Congreso. Las organizaciones fueron sometidas a un severo examen y mejoró la relación entre las diferentes secciones y el comité ejecutivo. Durante sus tres años de existencia, la III Internacional se convirtió en una organización verdaderamente mundial. La II Internacional, por ejemplo, no contaba con ningún partido en países como Francia e Italia. Por otra parte, no había casi ningún país donde la fracción más consciente del proletariado, sin distinción de raza o de color, no se hubiese convertido en sección de la Internacional Comunista. Esta comprende cerca de sesenta secciones, con unos efectivos totales de alrededor de tres millones de miembros, que poseen setecientos órganos de prensa. La conquista de nuevas masas y nuevas posiciones prosigue con éxito. El Congreso de los Trabajadores de Extremo Oriente, que se reunió en Moscú en enero de 1922, estableció la vinculación de la clase obrera china y japonesa con la Internacional Comunista.

EL FRENTE ÚNICO El III Congreso se reúne en una época en que reinaba una gran depresión en el seno de la clase obrera. Las derrotas sufridas habían desanimado al proletariado. Esta situación se agravó aún más después del congreso. En Inglaterra, en América, en Italia y en los países neutrales, los obreros sufren un paro permanente. La clase obrera ha perdido las conquistas obtenidas en los últimos años. Se ha prolongado la jornada, el nivel de vida de los obreros ha descendido a un nivel inferior al anterior a la guerra. Si bien en países como Alemania, Austria, Polo-



Lenin se dirige al Segundo Congreso de la Comintern

nia, el paro no es tan grande, la miseria de la clase obrera no es menos dura, dada la constante disminución del salario real causada por la continua bajada del valor adquisitivo del dinero, lo que incluso imposibilita a los obreros satisfacer sus necesidades más elementales.

Esta situación era intolerable. Bajo la presión de la creciente miseria, las masas comenzaron a buscar un remedio a su situación. Comprendieron que los viejos métodos eran inadecuados para obtener algo. Las huelgas fracasaban y, cuando tenían éxito, las ventajas obtenidas pronto eran anuladas por la desvalorización del dinero. Las masas observaron que la clase obrera estaba escindida en diversos partidos que luchaban entre sí, mientras que la clase capitalista entablaba contra ella una ofensiva única. En medio de esta situación, se imponía la solución de unificar las fuerzas dispersas del proletariado para oponerlas al ataque del capitalismo.

¿De qué manera debía realizarse esta unificación de las fuerzas del proletariado? Las masas obreras no tenían una idea muy clara al respecto. En todo caso, el hecho que en todas partes se produjera un movimiento en esa dirección, era una prueba de su profundidad y necesidad. Evidenciaba que las masas se alejaban inconscientemente de la política reformista de la II Internacional y de la Internacional Sindical de Ámsterdam, y que después de tantos errores y derrotas, finalmente estaban decididas a tomar la vía de la unificación de las fuerzas del proletariado.

Esto significaba a la vez un cambio en la apreciación del papel de los partidos comunistas y de la Internacional Comunista. Durante los años 1918 y 1919, el proletariado fue derrotado porque su vanguardia, el partido comunista, representaba más bien una tendencia que una organización capaz de tomar la dirección de la lucha de clases. La experiencia de la derrota obligó a los comunistas a crear,

por medio de escisiones y la formación de partidos independientes, las organizaciones de combate necesarias. Este período de escisiones coincidió con el período en que la gran ola revolucionaria estaba en vías de retracción y se iniciaba la contraofensiva del capitalismo. Aunque los socialdemócratas no hubiesen sabido utilizar hábilmente esta circunstancia, igualmente se habría producido el descontento contra los “escisionistas” en el seno de las masas que no podían comprender la necesidad de esa táctica. Las masas tampoco habían comprendido bien las tentativas de sublevación realizadas por los comunistas cuando estos últimos, ante toda la clase obrera (precisamente porque son su fracción más lúcida), reclamaban el empleo de métodos de combate más enérgicos. La huelga de diciembre en Checoslovaquia y la acción de marzo en Alemania debían fracasar incluso en el caso que hubiesen sido mejor conducidas, porque las amplias masas no comprendían entonces la necesidad de semejante método de combate. Pero la presión de la miseria pronto les hizo ver la necesidad de lo que antes ellas consideraban como putschs. El trabajo que, en la época de la depresión, habían realizado los comunistas solos, al precio de inmensos sacrificios, comenzaba a dar sus frutos.

Además, hay que agregar el hecho que, en la lucha, los obreros ya no tienen en cuenta las fronteras partidarias mediante las cuales los socialdemócratas tratan de alejarlos de los comunistas.

Los partidarios de Ámsterdam, los de la II Internacional y de la Internacional II y $\frac{1}{2}$ tratan de explotar la nueva corriente provocando un movimiento a favor de la unidad, contra los comunistas. Pero ya había pasado la época en que tales maniobras eran posibles porque los socialdemócratas tenían en sus manos todas las organizaciones obreras y toda la prensa obrera. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista desencadenó ese plan e inició una campaña “por la unidad del proletariado mundial, contra la unión con los socialtraidores”. En lo que respecta al problema del auxilio a los necesitados y a los obreros yugoslavos y españoles, se dirigió a la Internacional de Ámsterdam, al comienzo sin ningún éxito. Pero cuando los contornos del nuevo movimiento se volvieron más claros y visibles, el comité ejecutivo, tras largas discusiones, adoptó una posición sobre la cuestión.

En las “Resoluciones sobre el frente único de los obreros y sobre las relaciones con los obreros pertenecientes a la II Internacional, a la Internacional II y $\frac{1}{2}$, a la internacional sindical de Ámsterdam y a las organizaciones anarcosindicalistas”, analizó la situación y suministró un objetivo claro y preciso a los esfuerzos elementales de cara a lograr la organización del frente único. “El frente único no es sino la unión de todos los obreros decididos a luchar contra el capitalismo.” Los comunistas deben apoyar esa consigna de la mayor unidad posible de todas las organizaciones obreras *en cada acción contra el capitalismo*. Los líderes de la II Internacional, al igual que los de la Internacional II y $\frac{1}{2}$ y de la internacional sindical de Ámsterdam, traicionaron a las masas obreras en todos los problemas prácticos de la lucha contra el capitalismo. Esta vez también preferirán la unidad con la burguesía en lugar de la unidad con el proletariado.



Vladimir Tatlin y un modelo de su torre

El deber de la Internacional Comunista y de sus diferentes secciones consiste en persuadir a las masas obreras sobre la hipocresía de los socialtraidores, que se revelan como destructores de la unidad de la clase obrera. En ese objetivo, la independencia absoluta, la plena libertad de la crítica son las condiciones esenciales de los partidos comunistas.

Las resoluciones insisten también en los peligros que pueden surgir durante la ejecución de esta táctica en los lugares donde los partidos comunistas aún no tienen la claridad ideológica necesaria y la homogeneidad indispensable.

Las resoluciones fueron adoptadas a mediados de diciembre. Para lograr la decisión definitiva, se convocó en Moscú una sesión ampliada del comité ejecutivo para comienzos de febrero. En un llamamiento fechado el 1 de enero de 1922 sobre el frente único proletario, el comité ejecutivo demostró la necesidad de la lucha común en relación con la conferencia de Washington y la ofensiva general del capitalismo contra la clase obrera. Las resoluciones y el llamamiento del comité ejecutivo fueron rápidamente difundidos en todos los países, provocaron largas discusiones por parte de los comunistas y de sus adversarios y contribuyeron a aclarar el problema del frente único. Los socialtraidores pusieron el grito en el cielo, comprendiendo que estaban enfrentados a un problema que los obligaría a desenmascarse. Pero su indignación ante esta “nueva maniobra comunista” no logró anular en las masas la impresión que los comunistas, a los que hasta ese entonces se los llamaba “escisionistas”, eran, en realidad, los verdaderos partidarios de la unidad del proletariado. La sesión del comité ejecutivo ampliado no pudo reunirse más que a fines de febrero debido a la huelga de los ferroviarios. En realidad, fue un pequeño congreso compuesto de más de cien delegados representantes de treinta y seis países. La orden del día era bastante densa: incluía las relaciones de los partidos de los países más importantes, las tareas de los comunistas en los sindicatos, el problema de la lucha contra los peligros de la guerra, el de la nueva política económica de la Rusia de los soviets, el de la lucha contra la miseria de la juventud obrera. Pero el problema principal era el del frente único y el de la participación en la conferencia común propuesta por la Internacional II y ½.

Los camaradas franceses e italianos se pronunciaron contra la unidad tal como era presentada por las resoluciones del comité ejecutivo. Los camaradas franceses expresaron el temor que las masas obreras francesas no comprendiesen el significado de una acción común de los comunistas con los disidentes. Se declararon partidarios del frente único de los obreros revolucionarios y afirmaron que la actividad de los comunistas en Francia tendía a realizar, alrededor de los problemas de la jornada de ocho horas y del impuesto sobre los salarios, el bloque de los obreros revolucionarios. El partido francés era todavía demasiado joven y poco capaz de maniobra, y no se sentía en condiciones de llevar a cabo una acción común con los socialistas disidentes y los sindicatos reformistas de los que acababa de separarse.

Los delegados italianos se declararon partidarios de la unidad sindical pero contrarios a la unidad política con los

socialistas. Expresaron el temor que las masas no comprendiesen el sentido de una acción común de los diferentes partidos obreros, y que el verdadero campo donde el frente único sería posible era el sindicato, donde los comunistas y los socialistas están unidos.

Todos los otros delegados presentes en la conferencia expresaron un temor diferente. A pesar de las innumerables traiciones, hasta ahora los líderes reformistas han conservado su influencia sobre la mayor parte de las organizaciones obreras. No lograremos nunca ganar a los obreros si nos limitamos a seguir repitiendo que son traidores. Ahora, en los momentos en los que una voluntad de combate impera en las masas, se trata de demostrarles que los socialdemócratas no quieren combatir no solamente por el socialismo sino, tampoco, por las reivindicaciones más inmediatas de la clase obrera. Hasta ahora no hemos logrado desenmascararlos, en primer lugar porque no contábamos con los medios necesarios para hacerlo y además porque no se da la situación psicológica, la atmósfera merced a la cual los obreros comprenden las traiciones de que son objeto. Finalmente, tampoco tenemos ocasión de desenmascararlos. Por eso, negándonos a luchar junto a los reformistas, dado que ellos nunca se enfrentarán seriamente contra la burguesía de la cual son sus servidores, contaremos con la aprobación de los camaradas que ya conocen este problema pero no convenceremos a uno sólo de los obreros que aún siguen fieles a los reformistas. Muy por el contrario, al negarse a llevar a cabo una lucha en común, en una época en la que las masas obreras la desean, los comunistas dan a los socialtraidores la posibilidad de presentarlos como saboteadores de la unidad del proletariado. Pero si participamos en la lucha, las masas pronto sabrán distinguir a los que propugnan verdaderamente la lucha contra la burguesía y los que no la quieren. Nuestros camaradas, que al comienzo observarán con desagrado cómo nos sentamos a una misma mesa con los reformistas, en el curso de las negociaciones comprenderán que allí también hacemos trabajo revolucionario.

Después que el comité ejecutivo ampliado adoptase por unanimidad de votos (menos los de los camaradas franceses, italianos y españoles), las directivas contenidas en las resoluciones, las tres delegaciones adversarias del frente único redactaron una declaración prometiendo acatarla.

El comité ejecutivo ampliado decidió aceptar la invitación de la internacional de Viena para participar en una conferencia internacional, proponiendo invitar a la conferencia no solamente a la Internacional Comunista sino también a la Internacional Roja de los Sindicatos, a la internacional sindical de Ámsterdam, a las organizaciones anarcosindicalistas y a las organizaciones sindicales independientes, y a poner en el orden del día de la conferencia, junto a la lucha contra la ofensiva del capitalismo y contra la reacción, el problema de la lucha contra nuevas guerras imperialistas, el de la recuperación de la Rusia de los soviets, el de las reparaciones y del tratado de Versalles.

Luego de haber tratado también otros problemas (el de la prensa comunista, el de la oposición obrera del partido comunista ruso, etc), y de haber procedido a la elección del presidente del comité ejecutivo, la conferencia finalizó el 4 de marzo. [...] ★

Una escuela de estrategia revolucionaria

Leon Trotsky (Discurso en una asamblea general de la organización moscovita del Partido Comunista ruso)

LAS PREMISAS MATERIALES DE LA REVOLUCIÓN Camaradas, la teoría del marxismo ha determinado las condiciones y leyes de la evolución histórica ... En lo que atañe a las revoluciones, la teoría de Marx, escrita por la pluma misma de Marx, en el prefacio de su obra, *Contribución a la crítica de la economía política*, establece a priori la siguiente conclusión:

«Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua.»

Esta verdad fundamental para la política revolucionaria conserva hoy, para nosotros, su indudable valor directriz. Sin embargo, más de una vez se ha comprendido al marxismo de un modo mecánico y simplista, falso por lo tanto. Además, se pueden sacar falsas conclusiones de la proposición arriba citada. Marx dice que un régimen social debe desaparecer cuando las fuerzas de producción (la técnica, el poder del hombre sobre las fuerzas naturales) no pueden ya desenvolverse en los límites de ese régimen. Desde el punto de vista del marxismo la sociedad histórica, tomada como tal, constituye una organización colectiva de los hombres que tienen como fin el acrecentamiento de su poder sobre el de la naturaleza. Este fin, naturalmente, no se les ha impuesto a los hombres sino que son ellos mismos los que, en el curso de su evolución, luchan por alcanzarlo, adaptándose a las condiciones objetivas del medio y aumentando cada día su poder sobre las fuerzas elementales de la naturaleza. Siguiendo la proposición, vemos que las condiciones necesarias para una revolución (para una revolución social profunda, y no para golpes de estado, por sangrientos que sean), revolución que reemplace a un régimen económico por otro, nacen solamente a partir del momento en que el régimen social antiguo comienza a trabar el progreso de las fuerzas de producción. Esta proposición no significa sólo que el antiguo régimen resbalará infaliblemente y por su propio impulso, cuando se haya hecho reaccionario, desde el punto de vista económico, es decir a partir del momento en que empieza a trabar el desarro-

llo de la potencia técnica del hombre. De ninguna manera, pues si las fuerzas de producción constituyen la potencia motriz de la evolución histórica, esta evolución, sin embargo, no se produce fuera de los hombres, sino por medio de los hombres. Las fuerzas productivas, el poder del hombre social sobre la naturaleza, se acumulan independientemente de la voluntad de cada hombre por separado, y depende sólo en parte de la voluntad general de los hombres de hoy, pues la técnica representa un capital ya acumulado que nos ha sido legado por el pasado, y que, si nos coloca en situación avanzada, en cierta manera también nos retiene. No obstante, cuando estas fuerzas de producción, esta técnica comienza a sentirse estrechas en los límites de un régimen de esclavitud, de servidumbre o, bien, de un régimen burgués, y cuando un cambio de formas sociales se hace necesario para la ulterior evolución del poder humano, entonces se produce la evolución, no por sí misma, como una salida o puesta de sol, sino gracias a la acción humana, gracias a la lucha conjunta de los hombres reunidos en clases.

La clase social que dirigía la antigua sociedad, convertida en reaccionaria, debe ser remplazada por una clase social nueva que aporta el plan de un régimen social nuevo correspondiente a las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas y que está presto a realizar ese plan. Pero no siempre ocurre que aparezca una clase nueva, lo suficientemente consciente, organizada y poderosa, para destronar a los antiguos dueños de la vida y para abrir camino a las nuevas relaciones sociales, en el preciso momento en que el antiguo régimen social reacciona. No ocurre siempre así. Por el contrario, más de una vez ocurrió en la historia que una vieja sociedad se agotara (por ejemplo, el régimen de esclavitud romano y, anteriormente, las civilizaciones de Asia, en las cuales la esclavitud impedía el progreso de las fuerzas productoras), pero en esta sociedad ya desaparecida no existía una clase suficientemente fuerte para anular a los directores y establecer un nuevo régimen, el de servidumbre, que constituía un paso hacia adelante en relación con el antiguo régimen. A su vez, en la servidumbre, no se dispone siempre, en el momento preciso, de la clase nueva (burguesía), dispuesta a abatir el feudalismo y abrir vía franca a la evolución histórica.



Trotsky en un congreso de la Internacional

Más de una vez se ha visto en la historia que cierta sociedad, nación, pueblo, tribu o varios pueblos o naciones que vivían en condiciones históricas análogas, se encuentran ante la imposibilidad de progreso ulterior, en los límites de un régimen económico determinado (de esclavitud o de servidumbre). No obstante, como todavía no existía una nueva clase que hubiera podido dirigirles sobre nuevas vías, esos pueblos, esas naciones, se descomponen; una civilización, un estado, una sociedad, han dejado de existir. Así resulta que la humanidad no ha marchado de abajo a arriba, siguiendo una línea siempre ascendente. No. Ha conocido largos períodos de estancamiento y de recaída en la barbarie. Las sociedades se han educado, alcanzando cierto nivel, pero no han podido sostenerse en las alturas... La humanidad no conserva su puesto; su equilibrio, a causa de las luchas de las clases y de las naciones, es inestable. Si una sociedad no sube, cae, y si no hay clase que pueda educarla, se descompone y cae en la barbarie.

A, fin de comprender este problema tan extremadamente complejo, no bastan, camaradas, las abstractas consideraciones que ante vosotros expuse. Es preciso que los jóvenes camaradas, poco al corriente de estas cuestiones, estudien obras históricas para familiarizarse con la historia de diferentes países y pueblos, en particular con la historia económica. Sólo entonces podrán representarse de manera clara y completa el mecanismo interior de la sociedad. Hay que comprender este mecanismo para aplicar con exactitud la teoría marxista a la táctica. Es decir a la práctica de la lucha de clases.

LOS PROBLEMAS DE LA TÁCTICA REVOLUCIONARIA Cuando se trata de la victoria del proletariado, algunos camaradas se representan la cosa del modo más sencillo. En este momento tenemos en el mundo entero tal situación que podemos decir (marxistamente) con absoluta certeza: el régimen burgués espera el fin de su desarrollo. Las fuerzas de producción no pueden progresar en los límites de la sociedad

burguesa. Efectivamente, lo que hemos visto en el curso de los diez años últimos es la ruina, la descomposición de la base económica de la humanidad capitalista y una destrucción mecánica de riquezas acumuladas. Actualmente estamos, en plena crisis, crisis aterradora, desconocida en la historia del mundo, y que no es una simple crisis llegada a su hora «normal» e inevitable en el proceso del progreso de las fuerzas productoras del régimen capitalista; esta crisis marca hoy la ruina y el desastre de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa. Acaso concurren todavía ciertos altibajos; pero, en general, como expuse a los camaradas en la misma sala hace mes y medio, la curva del desarrollo económico tiende, a través de todas sus oscilaciones, hacia abajo, y no hacia arriba. Sin embargo, ¿quiere esto decir que el fin de la burguesía llegará automática y mecánicamente? De ningún modo. La burguesía es una clase viva que ha retoñado sobre determinadas bases económico-productivas. Esta clase no es un producto pasivo del desarrollo económico, sino una fuerza histórica, activa y enérgica. Esta clase ha sobrevivido, o sea que se ha hecho el más terrible freno de la evolución histórica. Lo cual no quiere decir que esta clase esté dispuesta a cometer un suicidio histórico ni que se disponga a decir: «Habiendo reconocido la teoría científica de la evolución que yo soy reaccionaria, abandono la escena.» Evidentemente, ¡esto es imposible! Por otra parte, no es suficiente que el partido comunista reconozca a la clase burguesa como condenada y casi suprimida para considerar segura la victoria del proletariado. No. ¡Todavía hay que vencer y tirar abajo la burguesía!

Si hubiera sido posible continuar desarrollando las fuerzas productivas en los marcos de la sociedad burguesa, la revolución no hubiera podido hacerse. Mas, siendo imposible el progreso ulterior de las fuerzas de producción en el límite de la sociedad burguesa, se realizó la condición fundamental de la revolución. Sin embargo, la revolución significa ya, por sí misma, una lucha viva de las clases. La burguesía al contrario de las necesidades de la



Trotsky en el Segundo Congreso de la IC

evolución histórica aún es la clase social más poderosa. Más aún: puede decirse, desde el punto de vista político, que la burguesía espera el máximo de su potencia, de la concentración de sus fuerzas y medios, medios políticos y militares, de mentira, de violencia y de provocación. Es decir el máximo del desarrollo de su estrategia de clase en el mismo instante en que más amenazada está de su pérdida social. La guerra y sus terribles consecuencias (y la guerra era inevitable, porque las fuerzas productivas no cabían en el marco burgués) han descubierto ante la burguesía el amenazador peligro de su hundimiento. Tal hecho ha agudizado hasta lo infinito el instinto de conservación de clase. Cuanto más grande es el peligro más una clase (como cualquier individuo) tiende con todas sus fuerzas a la lucha por instinto de conservación. No olvidemos que la burguesía se encuentra frente a un peligro mortal, después de haber adquirido la mayor experiencia política. La burguesía creó y destruyó toda suerte de regímenes. Se desenvolvía en la época del más puro absolutismo, de la monarquía constitucional, de la monarquía parlamentaria, de la república democrática, de la dictadura bonapartista, del estado ligado a la iglesia católica, del estado ligado a la Reforma, del estado separado de la iglesia, del estado persecutor de la iglesia, etc. Toda esta experiencia, de lo más rica y variada, que penetró en la sangre y en la médula de los medios dirigentes de la burguesía, le sirve hoy para conservar a todo precio su poder. Y se mueve con tanta mayor inteligencia, finura y crueldad cuanto mayores peligros reconocen sus dirigentes.

Si analizamos superficialmente este hecho encontraremos una contradicción: hemos juzgado a la burguesía desde el punto de vista del marxismo; es decir, hemos reconocido, por medio de un análisis científico del proceso histórico, que se había sobrevivido a sí misma, haciendo demostración de una vitalidad colosal. En realidad, aquí no hay contradicción. Esto es lo que en el marxismo se llama dialéctica. El hecho está en los lados distintos del proceso histórico: la economía, la política, el estado, el restablecimiento de la clase obrera no se desenvuelven simultánea ni paralelamente. La clase obrera no progresa en absoluto paralela al crecimiento de las fuerzas de producción, y la burguesía no decae a medida que el proletariado crece y se afianza. No. La marcha de la historia es otra. Las fuerzas de producción se desarrollan por etapas: a veces avanzan mucho, a veces retroceden. La burguesía,

a su vez también se desarrolla a saltos; la clase obrera, lo mismo. Desde el momento en que las fuerzas productivas del capitalismo tropiezan contra un muro, no pueden avanzar; vemos a la burguesía reunir en sus manos al ejército, policía, ciencia, escuela, iglesia, parlamento, prensa, etc.; tirar sobre los renegados y decirle, con el pensamiento, a la clase obrera: «Sí. Mi situación es peligrosa. Veo que a mis pies se abre un abismo. Pero veremos quien cae primero en él. ¡Acaso, antes de morir yo, pueda arrojarte al precipicio, clase obrera!» ¿Qué significa esto? Sencillamente la destrucción de la civilización europea en su conjunto. Si la burguesía, condenada a muerte desde el punto de vista histórico, encuentra en sí misma suficiente fuerza, energía, poder, para vencer a la clase obrera en el terrible combate que se aproxima, esto significa que Europa está en el umbral de una descomposición económica y cultural, como ya ha ocurrido en varios países, naciones y civilizaciones. Dicho de otro modo, la historia nos lleva al momento en que una civilización proletaria se hace indispensable para la salud de Europa y del mundo. La historia nos suministra una premisa fundamental sobre el éxito de esta revolución, en el sentido que nuestra sociedad no puede desarrollar sus fuerzas productivas apoyándose en una base burguesa.

Pero la historia no se encarga de resolver este problema en lugar de la clase obrera, de los políticos de la clase obrera, de los comunistas. No. Ella parece decir a la vanguardia obrera (representémonos por un instante la historia bajo la forma de una persona erguida ante nosotros) y a la clase obrera. «Es preciso que sepas que perecerás bajo las ruinas de la civilización si no derribas a la burguesía. ¡Ensayo, resuelve el problema!» He aquí el presente estado de las cosas.

Vemos en Europa, después de la guerra, cómo ensaya encontrar la clase obrera, casi inconscientemente, una solución al problema que le ofrece la historia. Y la conclusión práctica (a la cual deben llegar todos los elementos pensadores de la clase obrera en el curso de estos tres años después de la guerra) es la siguiente: no es tan fácil abatir a la burguesía, aunque aparezca condenada por la historia.

El período que Europa y el mundo entero atraviesan en este momento, por un lado, es el de la descomposición de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa, mientras que, por otra parte, es el del desarrollo más alto de la estrategia contrarrevolucionaria burguesa. Es necesario comprenderlo claramente. Jamás la estrategia contrarrevolucionaria, es decir el arte de la lucha combinada contra el proletariado, tuvo la ayuda de todos los métodos posibles, desde los sermones dulzones de los curas y de los profesores hasta el fusilamiento de los huelguistas por las ametralladoras, alcanzó la altura de hoy.

El ex Secretario de Estado norteamericano, Mr. Lansing cuenta, en su libro sobre la paz de Versalles, que Mr. Lloyd George ignora la geografía, la economía política, etc. Estamos dispuestos a creerlo. Pero lo que verdaderamente es indudable para nosotros es que el propio Mr. Lloyd George tiene llena la cabeza de las viejas costumbres de engañar y violentar a los trabajadores, empezando desde las más finas y astutas hasta las más sangrientas; que ha sabido recoger toda la experiencia que suministra

este informe sobre la antigua historia de Inglaterra y que ha desarrollado y perfeccionado sus medios gracias a la experiencia de estos últimos años de turbaciones. Mister Lloyd George es, en su género, un estratega excelente de la burguesía amenazada por la historia. Y estamos, obligados a reconocer, sin disminuir el valor presente ni mucho menos los méritos futuros del partido comunista inglés (¡tan joven aún!), que el proletariado inglés no posee todavía un estrategia semejante. En Francia, el presidente de la república, Millerand, que perteneció al partido de la clase obrera, así como el jefe del gobierno Briand, que antaño propagó entre los obreros la idea de la huelga general, han puesto, al servicio de los intereses de la burguesía, a título de jefes contrarrevolucionarios distinguidos, la rica experiencia de la burguesía francesa, la misma que ellos atacaron desde el campo proletario. En Italia, en Alemania, vemos con que esmero atrae a su seno la burguesía (para colocarlos a su cabeza) a los hombres y a los grupos que acumularon experiencia sobre la lucha de clases sostenida por la burguesía para su desarrollo, para su riqueza, poder y conservación.

UNA ESCUELA DE ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA La tarea de la clase obrera, tanto en Europa como en el mundo entero, consiste en oponer a la estrategia contrarrevolucionaria burguesa, acentuadísima, su propia estrategia revolucionaria, llevándola al último extremo. A este fin, es preciso darse perfecta cuenta de que no se conseguirá nunca abatir a la burguesía automática, mecánicamente, por la única razón que esté sentenciada por la historia. Sobre el áspero campo de la batalla política vemos, a un lado, la burguesía con todo su poder y facilidades, y al otro, la clase obrera con sus fracciones, sus sentimientos, sus niveles de progreso distintos, y con su partido comunista que lucha con otros partidos y organizadores

para lograr la influencia sobre las masas trabajadoras. El partido comunista, que cada día crece más, y mejor, se sitúa a la cabeza de la clase obrera europea, debe maniobrar en la lucha avanzando y retrocediendo, reafirmando su influencia y conquistando nuevas posiciones, hasta que se ofrezca el momento favorable para derrotar a la burguesía. Lo repito: este es un complejo problema de estrategia, como ya dije ampliamente en el congreso anterior. Podemos decir que el Tercer Congreso de la Internacional Comunista fue una alta escuela de estrategia revolucionaria.

El Primer Congreso se celebró después de la guerra, apenas nacido el comunismo como movimiento europeo, cuando se esperaba (con fundamento) que un asalto casi elemental de la clase obrera podría derribar a la burguesía, la cual no había tenido tiempo todavía de encontrar una orientación nueva, ni nuevos puntos de apoyo. Tales pensamientos y esperanzas estaban justificados, en gran parte, por el estado de cosas de entonces, objetivamente juzgadas. La burguesía estaba espantada por los resultados de su propia política de guerra. Ya he hablado en mi informe sobre la situación mundial de todo ello, y no creo necesario repetirlo ahora. De todos modos, es indudable que en la época del Primer Congreso (1919) todos esperábamos, los unos más, los otros menos, que un sencillo asalto de las masas trabajadoras y campesinas derribase a la burguesía en un futuro próximo. Y, en efecto, el ataque fue poderoso. El número de las víctimas, grande. Pero la burguesía soportó este primer asalto y gracias a ello, ha podido reafirmarse en su estabilidad de clase.

El Segundo Congreso, en 1920, se verificó en un momento crítico: cuando se notaba que la burguesía no se abatiría por medio de un solo ataque de varias semanas, ni en un mes, ni en dos ni en tres; cuando se necesitaba una preparación política y una organización de las más serias.



En el Congreso de Tours la SFIO votó afiliarse a la IC, 1920

Y al mismo tiempo, la situación era muy difícil. Como recordarán, el Ejército Rojo se aproximaba a Varsovia y podía contarse con que, vista la situación revolucionaria en Alemania, Italia y alrededores, el impulso militar, que si no podía tener significación por sí mismo constituía una fuerza suplementaria, introduciría en la lucha de las fuerzas europeas, soltaría la avalancha de la revolución, momentáneamente contenida. Esto no ocurrió.

Después del Segundo Congreso de la Internacional Comunista apareció más claramente la necesidad de aplicar una estrategia revolucionaria más compleja. Vemos a las masas de trabajadores, que después de la guerra han adquirido experiencia más sólida, enderezarse ellas mismas en esa dirección, y a consecuencia de tal orientación, vemos a los partidos comunistas crecer por todas partes. Durante el primer período millones de obreros se lanzaron en Alemania al asalto de la vieja sociedad sin prestar atención apenas a los grupos espartaquistas. ¿Qué significaba aquello? Después de la guerra, a las masas obreras les parecía que para obtener reivindicaciones bastaba ejercer presión, atacar para que mucho, si no todo, cambiara. He ahí por qué millones de obreros creían que era inútil gastar energía para fundar y organizar un partido comunista. No obstante, en el curso del año 1920, los partidos comunistas en Alemania y Francia, los dos países más importantes del continente europeo, se han transformado de pequeños núcleos que eran en organizaciones que agrupan a centenares de millares de obreros: casi 400.000 en Alemania y de 120 a 130 mil en Francia, lo que, en las condiciones francesas, constituye una ci-

fra muy elevada. Tal circunstancia nos prueba hasta qué punto habían sentido las masas obreras en este período que era imposible vencer sin tener una organización particular, en el seno de la cual analizase la clase obrera su experiencia y sacara conclusiones; en una palabra, sin la dirección de un partido centralizado. En esto consiste la importancia de los resultados adquiridos en el último período: la fundación de los partidos comunistas de masa, a las que es preciso añadir a Checoslovaquia, que cuenta con 350.000 miembros. (Después de la fusión con la organización comunista de la minoría alemana, el partido checoslovaco contará con 400.000, ¡para una población de doce millones!).

Sería erróneo suponer que estos jóvenes partidos comunistas, apenas fundados tengan ya el arte de la estrategia revolucionaria. No. La experiencia táctica del último año lo demuestra bien claro. Y el Tercer Congreso se encuentra frente a este problema.

Este último congreso, hablando en términos generales, debió pronunciarse sobre dos problemas. El primero consistía, y consiste todavía, en desembarazar a la clase obrera, incluyendo a nuestras propias filas comunistas, de los elementos que no quieren la lucha, que tienen miedo y que ocultan, bajo ciertas teorías generales, su deseo de no combatir y su tendencia íntima al acuerdo con la sociedad burguesa. La depuración del movimiento obrero en su conjunto, y con más razón en los elementos comunistas, la expulsión de las tendencias reformistas, centristas y mediocentristas, tienen doble carácter: cuando se trata de los centristas conscientes, de los colaboracionistas y de



Apertura del 2º Congreso de la IC, cuadro de I. I. Brodsky, 1924

los medio-colaboracionistas acabados es necesario echarlos sencillamente de las filas del partido comunista y del movimiento obrero; cuando, sin embargo, tengamos noticia de las tendencias medio-centristas mal definidas, debemos ejercer una influencia rectora e influyente para empujar a los elementos indecisos a la lucha revolucionaria. Así pues, la primera tarea de la Internacional Comunista consiste en desembarazar al partido de la clase obrera de los elementos que no quieren luchar y que, por lo mismo, paralizan la lucha del proletariado.

Pero todavía hay una tarea más importante: aprender el arte de luchar, arte que no cae sobre la clase obrera o sobre el partido comunista como un don de los cielos. No puede aprenderse el arte de la táctica y de la estrategia, el arte de la lucha revolucionaria, más que por la experiencia, por la crítica o la autocrítica. Dijimos en el Tercer Congreso a los jóvenes comunistas: «Camaradas, no queremos solamente una lucha heroica sino, ante todo, la victoria». Durante los últimos años hemos asistido a numerosos combates heroicos en Europa, en Alemania sobre todo. En Italia vimos una gran lucha revolucionaria, una guerra civil con sus inevitables víctimas. Verdad es que todo combate no conduce a la victoria. Los fracasos son inevitables. Pero no es preciso que tales fracasos sean la consecuencia de las faltas cometidas por el partido. No obstante, hemos visto más de una forma y más de un medio de combate que no llevan a la victoria ni llevarán nunca, y que están dictados a menudo más por la impaciencia revolucionaria que por la idea política. Por tales hechos, que determinaron la lucha de ideas que tuvo lugar en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, debo explicarme, camaradas. Semejante lucha no ha tenido caracteres de rigor ni de «lucha de fracción». Por el contrario, hemos respirado una atmósfera muy cordial y seria en el congreso, y nuestra lucha de ideas lo era enteramente de principios, y al mismo tiempo tenía el aspecto de un cambio de opiniones objetivo.

Nuestro congreso fue un gran soviet político y revolucionario de la clase obrera, y en este soviet nosotros, representantes de distintos países, basándonos en la experiencia adquirida por esos países, hemos verificado y confirmado de manera práctica nuestras tesis sobre la necesidad de desembarazar a la clase obrera de los elementos que no quieren luchar y que son incapaces de nada; por otra parte, expusimos en toda su amplitud y agudeza el siguiente problema: la lucha revolucionaria por el poder tiene sus leyes, sus medios, su táctica y su estrategia; quien ignora este arte jamás conocerá la victoria.

LAS TENDENCIAS CENTRISTAS EN EL SOCIALISMO ITALIANO

Los problemas de la lucha contra los elementos centristas y mediocentristas aparecen claros en el asunto del Partido Socialista Italiano, puesto a la orden del día. Ya conocen ustedes la historia de tal cuestión. Una lucha interior y una escisión tuvieron lugar en el Partido Socialista Italiano, antes de la guerra imperialista. Así se desembarazó de los peores patrioterros. Además, Italia entró en la guerra nueve meses después que los otros países. Este hecho facilitó al Partido Socialista Italiano su política contra la guerra. El partido no se dejó arrastrar por el patriotismo y conservó la actitud crítica con respecto a la guerra y al gobierno.

Gracias a lo cual fue posible que participase en la conferencia antimilitarista de Zimmerwald, aun cuando su internacionalismo tuviese un aspecto amorfo. Más tarde, la vanguardia de la clase obrera italiana empujó a los círculos dirigentes del partido más a la izquierda de lo que eran sus deseos, y el partido se ha encontrado en el seno de la Tercera Internacional con un Turati que busca demostrar con sus discursos y sus escritos que la Tercera Internacional no es más que un arma diplomática en manos del poder de los soviets, el cual, bajo pretexto de internacionalismo, lucha por los intereses «nacionales» del pueblo ruso. ¿No resulta monstruoso oír semejante opinión a un (¡no sé cómo le llamo así!) «camarada» de la Tercera Internacional? Hasta qué punto era anormal la entrada del Partido Socialista Italiano, bajo su vieja forma, en la Internacional Comunista. Si se pregunta cómo y por qué retrocedió en septiembre de 1920. Se llegó a decir que en esa acción el partido «traicionó» a la clase obrera. Si se pregunta cómo y por qué retrocedió el partido y capituló en otoño del año pasado, durante la huelga general y la ocupación de las fábricas, talleres, etc., por los obreros; si se pregunta qué constituía la traición: si el reformismo mal entendido, la irresolución, ligereza política o cualquier cosa, sería difícil hallar contestación. El Partido Socialista Italiano se encontraba después de la guerra bajo la influencia de la Internacional Comunista, como correspondía al gusto de las masas trabajadoras; pero su organización encontraba principalmente su poder en el centro y en la derecha. A fuerza de hacer la propaganda para la dictadura del proletariado, para el poder de los soviets, para el martillo y la hoz, para la Rusia de los soviets, etc., la clase trabajadora italiana, en su conjunto, toma todas esas palabras en serio y emprende el camino de la lucha abiertamente revolucionaria. En septiembre del año pasado se ocuparon talleres, fábricas, minas y grandes propiedades agrarias. Pero precisamente en este momento, en que debe sacar el partido todas las conclusiones políticas y prácticas de su propaganda, tiene miedo de sus responsabilidades, retrocede, deja al descubierto la retaguardia del proletariado, y las masas obreras caen bajo las hordas fascistas. La clase trabajadora pensó y esperó que el partido que le llamó a la lucha consolidaría el desarrollo de su ataque. Y así debió hacerse. La esperanza del proletariado estaba bien fundada: el poder de la burguesía se desmoralizaba y paralizaba, y no había confianza ni en el ejército ni en la policía. Era, pues, natural (a mi juicio) que la clase obrera pensase que el partido se encontraba en el deber de llevar hasta el fin el combate comenzado. Sin embargo, en el momento más crítico el partido se echó atrás, privando a la clase obrera de sus jefes y de parte de sus fuerzas. Aquí se ve claramente que en la Internacional Comunista no había sitio para semejantes políticos. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha decidido (después de consumada la escisión que tuvo lugar en el partido italiano) que sólo su ala izquierda comunista representaba una sección de la Internacional Comunista. Por lo mismo, el partido de Serrati, es decir, la fracción dirigente del ex Partido Socialista Italiano, ha sido arrojado de la Internacional Comunista. Desgraciadamente, y ellos se explica por las condiciones particularmente desfavorables, o acaso por errores de nuestra parte; desgraciadamente, re-

pito, el Partido Comunista Italiano ha recibido en sus filas (en el momento de su fundación) menos de 50.000 afiliados, mientras que el partido de Serrati conservaba casi 100.000 miembros, entre los cuales se contaban 14.000 reformistas determinados, formando una fracción organizada (tienen su conferencia en Reggio-Emilia). No es que vayamos a decir que los 100.000 obreros que constituyen el Partido Socialista sean nuestros adversarios. Si hasta ahora no los tenemos en nuestras filas la falta es de nuestra responsabilidad. Prueba la justicia de tal observación que el Partido Socialista Italiano, aunque excluido de la Internacional Comunista, ha enviado a nuestro congreso tres representantes. ¿Qué significa eso? Los dirigentes del partido se han colocado, por su política, fuera de la internacional pero las masas obreras les obligan a llamar a sus puertas.

Los obreros socialistas han demostrado que sus sentimientos eran revolucionarios y que ellos querían estar con nosotros. Pero nos han enviado gente que demuestran, con su conducta, que no han asimilado ni las ideas ni los métodos del comunismo. Los obreros italianos pertenecientes al partido de Serrati también demostraron que eran revolucionarios en su mayoría, aunque no poseían aún clara visión política de las cosas. Vimos en nuestro congreso al viejo Lazzari. Desde el punto de vista personal, es una figura atrayente, un viejo luchador innegablemente honrado, un hombre sin tacha; pero no un comunista. Se halla totalmente bajo la influencia de las ideas democráticas, humanitarias y pacifistas. Nos contó en el congreso: «Ustedes exageran la importancia de un Turati. Exageran, en general la importancia de nuestros reformistas. Nos piden que los excluyamos; pero ¿cómo vamos a hacerlo, si ellos obedecen la disciplina del partido? Si nos dieran el ejemplo de un hecho que pudiera probar su abierta oposición al partido, si hubieran participado en un gobierno a pesar de nuestras resoluciones, si hubieran votado el presupuesto de guerra a pesar nuestro, entonces hubiésemos podido excluirles; pero no ha sido así. Nosotros ci-

tamos entonces a Lazzari artículos de Turati dirigidos contra el abecé del socialismo revolucionario. Lazzari nos contestó que aquellos artículos no constituían hechos, que en su partido existía libertad de opinión, etc. Sin embargo, le dijimos: «Si para excluir a Turati es preciso que se cumpla un «hecho», es decir, que él acepte, por ejemplo, una cartera de manos de Giolitti, es indudable que Turati, que es un político inteligente, no lo hará jamás, ya que no se trata de un arribista de baja estofa que aspire a una cartera. Turati es un colaboracionista probado, enemigo irreductible de la revolución pero, en su especie, un político hábil. Él quiere, cueste lo que cueste, salvar la «civilización» democrática y burguesa y remontar con este fin la corriente revolucionaria de la clase obrera. Cuando Giolitti le ofrece una cartera, y eso ha debido ocurrir más de una vez, Turati le responde, poco más o menos: «Si acepto la cartera eso constituirá el «hecho» de que habla Lazzari. En cuanto acepte la cartera me cogerá sobre el «hecho» y me echará del partido y una vez que se me haya echado del partido tú no tendrás necesidad de mí, compadre Giolitti, pues si ahora me necesitas es porque pertenezco a un gran partido obrero. De modo que, tan pronto sea yo excluido del partido, tú me echarás a tu vez del ministerio. He aquí por qué no aceptaré tu cartera nunca, para no proporcionar a Lazzari el «hecho» y ser el verdadero jefe del partido socialista.»

Este ha debido ser, aproximadamente, el razonamiento que se hizo Turati y tiene razón: es más perspicaz que el idealista y pacifista Lazzari. «Ustedes exageran la importancia del grupo Turati (nos decía Lazzari). Es un grupito, lo que en francés se llama una cantidad despreciable». A lo que contestamos: «¿y sabe usted que en este mismo momento, mientras aquí, en la tribuna de la internacional de Moscú, usted nos pide ser admitido en nuestras filas, Giolitti pregunta a Turati por teléfono: «¿Sabes, amigo mío, que está Lazzari en Moscú y que acaso tome allí, con los bolcheviques, algunos acuerdos peligrosos en nombre



En el congreso de Livorno, 1921, el PS Italiano votó entrar en la IC

de tu partido?» ¿Sabe usted lo que contesta Turati? Pues seguramente esto: «No hagas caso, amigo Giolitti; nuestro Lazzari no es más que una cantidad, despreciable». Y seguramente en esto tiene mucha más razón que Lazzari.

Tal fue nuestro diálogo con los temerosos representantes de una parte considerable de los obreros italianos. A fin de cuentas se ha decidido presentar a los socialistas italianos un ultimátum: convocar en un plazo de tres meses un congreso del partido, excluir de ese congreso a todos los reformistas (que han causado su propia desmembración al reunirse en la Conferencia de Reggio-Emilia) y unirse con los comunistas según la base de las resoluciones del Tercer Congreso. ¿Cuáles serán los resultados prácticos inmediatos de esta decisión? ¿Es tan difícil predecirlos exactamente? ¿Vendrán con nosotros todos los serratianos? Lo dudo. Además, no lo deseamos. Hay hombres entre ellos de los que no tenemos necesidad. El paso dado por nuestro congreso era justo. Su objeto es recobrar a los obreros llevando la escisión a las filas de los jefes que vacilan.

EL COMUNISMO ITALIANO. SUS DIFICULTADES Y TAREAS Entre los delegados del Partido Comunista Italiano, así como entre los representantes de las juventudes, se encuentran, sin embargo, las más acerbas críticas de esta decisión. Los comunistas italianos, sobre todo los de izquierda, han reprochado muy particularmente al congreso «haber abierto la puerta» a los serratianos, a los oportunistas y a los centristas. Estas palabras: «Han abierto las puertas de la Internacional Comunista», han sido repetidas millares de veces. Les hemos explicado: «Camaradas, vosotros tenéis a vuestro lado 50.000 obreros: los serratianos tienen casi 100.000. No se puede estar contento con esos resultados». Han contrastado las cifras y han afirmado que un gran número de miembros había abandonado ya el partido socialista, lo que sería posible; pero su argumento principal es este: «Toda la masa del partido socialista, y no sólo sus jefes, es reformista y oportunista». Preguntamos: «¿De qué modo, pues, por qué razón y a título de qué han enviado entonces aquí, a Moscú, a Lazzari, Maffi y Riboldi?». Los jóvenes comunistas italianos no me han dado una respuesta clara: «Vedlo: es que la clase obrera, en su conjunto, gravita hacia Moscú y hacia allí se inclina el partido oportunista de Serrati». Ese argumento ha sido traído de los cabellos. Si, verdaderamente, la cosa se presentaba así; si la clase obrera en masa se inclinaba hacia Moscú, la puerta de Moscú le sería abierta: esta puerta es el Partido Comunista Italiano, que pertenece a la Internacional ¿Por qué elige la clase trabajadora italiana una vía tan indirecta hacia Moscú, apoyándose en el partido de Serrati, en lugar de entrar sencillamente en el Partido Comunista de Italia? Es evidéntísimo que todas esas denegaciones de los comunistas de izquierda eran erróneas y tenían su fuerte en una comprensión insuficiente de la tarea fundamental: la necesidad de conquistar a la vanguardia obrera y, ante todo, a los obreros que quedan en las filas del Partido Socialista Italiano, no siendo los peores. El error de las «izquierdas» tiene su origen en la impaciencia revolucionaria tan acentuada, que impide ver las tareas previas, las más importantes, y que tanto perjudica a los intereses de la causa. Ciertos comunistas «de izquierda»

creen que para su tarea directa, consistente en derribar la burguesía, es inútil pararse en el camino, entrar en conversaciones con los serratianos, abrir la puerta a los obreros que siguen a Serrati, etc. Y es esta, sin embargo, nuestra tarea principal, ¡y no es tan sencilla como pudiera creerse! También necesitamos conversaciones, tanto o más que luchas, exhortaciones y nuevos acuerdos, y, acaso, nuevas escisiones. Algunos camaradas impacientes quisieran volver sencillamente la espalda a esos menesteres, Y, en consecuencia, a los mismos obreros socialistas. Los que quieran pertenecer a la Tercera Internacional (se dicen) que se adhieran directamente a nuestro partido comunista. Esa es, aparentemente, la solución más fácil del problema; pero, en realidad, equivale a plantear la cuestión en los términos más esenciales: ¿cómo, por qué métodos, atraer a los obreros socialistas al partido comunista? Cerrando automáticamente la puerta de la internacional no obtendremos respuesta. Los obreros italianos saben muy bien que el partido socialista perteneció también a la Internacional Comunista. Los jefes del Partido Socialista Italiano pronunciaron discursos revolucionarios llamando a la lucha, han reclamado el poder de los soviets y llevado a los obreros a la huelga del mes de septiembre y a la ocupación de los talleres y fábricas. En seguida han capitulado sin aceptar la batalla mientras luchaban los obreros. La vanguardia del proletariado italiano en situación de digerir este hecho en su conciencia. Los obreros ven a la minoría comunista separarse del partido socialista y dirigirse a ellos con los mismos, o casi los mismos, discursos con que el partido de Serrati se les dirigía ayer. Los obreros dirán para sí: «Hay que esperar, ver lo que significa; hay que estudiar la cosa...». En otros términos, piden, acaso, con poca conciencia, pero con verdadero afán, que el nuevo partido, el comunista, se dé a conocer activamente, que prueben sus jefes que están hechos de otra pasta y que están ligados indefectiblemente a las masas en sus luchas, por duras que sean las consecuencias de esas luchas. Es preciso conquistar con los actos y con las palabras, con las palabras y los actos, la confianza de las decenas de millares de obreros socialistas que aún se encuentran en el cruce de los caminos, pero que quisieran estar en nuestras filas. Si volvemos tranquilamente la espalda, movidos por el deseo de derrocar inmediatamente a la burguesía, causaremos un gran perjuicio a la revolución, y, sin embargo, es precisamente en Italia donde las condiciones son muy favorables para una revolución victoriosa del proletariado en el porvenir más próximo.

Imaginemos por un momento, sólo a título de ejemplo, que los comunistas italianos, admitámoslo, hayan llamado en mayo de este año a la clase obrera de Italia a una nueva huelga general y a una insurrección. Si se dijeron: «El partido socialista que dejamos sucumbió en septiembre, y nosotros, los comunistas debemos ahora, cueste lo que cueste, tomar esta tarea y conducir en seguida a la clase obrera a una batalla decisiva». Juzgándolo superficialmente, pudiera creerse que ese fuera el deber de los comunistas; pero, en realidad, no es así. La estrategia revolucionaria elemental nos dice que tal llamamiento, en las actuales condiciones, sería una locura y un crimen, pues la clase obrera, que en el mes de septiembre fue cruelmente

fogueada por seguir a los dirigentes del partido socialista no hubiese creído que pudiera repetirse con éxito la operación en mayo, bajo la dirección del partido comunista, que aún no conocía suficientemente. La falta fundamental del partido socialista consiste en que ha llamado a la revolución sin sacar las conclusiones necesarias, es decir, sin realmente prepararse para la revolución, si explicar a la clase obrera las cuestiones para la toma del poder sin limpiar sus filas de los que no quieren el poder, sin elegir ni educar a sus militantes, sin crear los núcleos de asalto capaces de manejar armas y blandirlas en el momento preciso... En una palabra, el partido socialista llamaba a la revolución, pero sin prepararse para ella. Si los comunistas italianos hubieran lanzado ahora un simple llamamiento a la rebelión, hubieran repetido el error de los socialistas y, además, en condiciones incomparablemente más difíciles. La tarea de nuestro partido hermano en Italia es preparar la revolución, es decir: conquistar ante todo la mayoría de la clase obrera y organizar como sea a su vanguardia. Aquel que hubiera librado la partida impaciente de los comunistas italianos hacia atrás y hubiera dicho: «Antes de llamar a la insurrección tratad de conquistar a los obreros socialistas, purificad los sindicatos, poned en puestos responsables a los comunistas en lugar de a los oportunistas; conquistad a las masas», el que así hubiese hablado, aunque pareciera dejar atrás a los comunistas, lo que en realidad hubiera hecho es indicar la ruta que lleva a la victoria de la revolución.

LOS TEMORES Y SOSPECHAS DE LOS EXTREMISTAS DE IZQUIERDA

Todo lo que acabamos de decir, camaradas, es elemental desde el punto de vista de la experiencia revolucionaria. Sin embargo, ciertos elementos «de izquierda» de nuestro congreso han creído ver en semejante táctica una inclinación a la «derecha», y algunos jóvenes camaradas revolucionarios, sin experiencia, pero llenos de energía y prestos a la lucha y a los sacrificios, han sentido que sus cabellos se les erizaban al oír los primeros discursos críticos y prudentes pronunciados por los camaradas rusos. Algunos de esos jóvenes revolucionarios, según dicen, habían besado la tierra de los soviets cuando atravesaron la frontera. Y aunque nosotros trabajamos todavía demasiado mal nuestra tierra para que sea digna de tales besos, comprendemos, sin embargo, el entusiasmo revolucionario de nuestros jóvenes amigos extranjeros. Parece vergonzoso tal retraso y no haber realizado aún la revolución. Con estos sentimientos entran ellos en las salas del Palacio Nicolás. ¿Qué ven allí? Los comunistas rusos suben a la altura y no solamente no exigen el llamamiento inmediato a la insurrección sino que, por el contrario, los ponen en guardia contra las aventuras e insisten para que se atraiga a los obreros socialistas, que se conquiste a la mayoría de los trabajadores y que, cuidadosamente, ¡se prepare la revolución!

Ciertos extremistas de izquierda han convenido en que el negocio no se presentaba muy claro. Elementos semihostiles, tales como los delegados de la organización llamada «Partido Obrero Comunista de Alemania» (este grupo forma parte de la internacional con voz consultiva), razonan de la siguiente manera: «El poder soviético

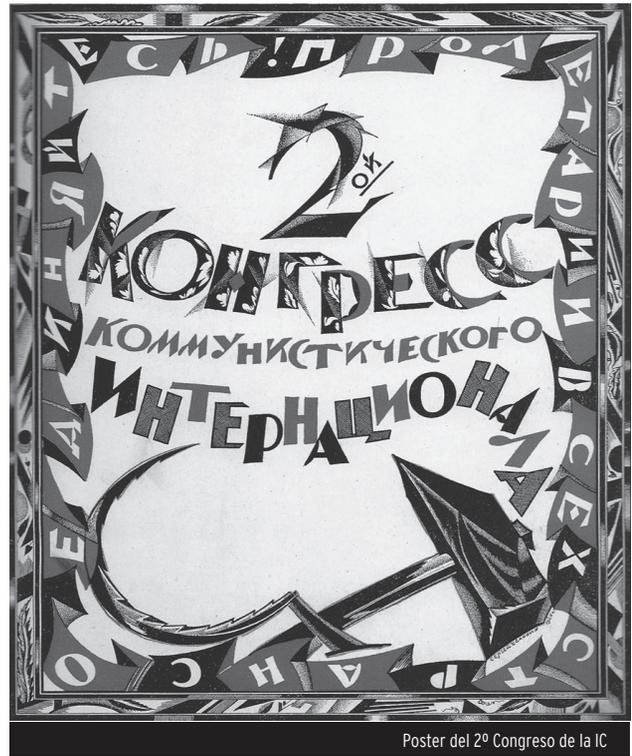
no esperó a que estallara la revolución en Europa para establecer su política. Ha perdido así, por medio de su Comisariado del Comercio Exterior, un gran comercio mundial. Y el comercio es un negocio serio, que requiere relaciones serenas y pacíficas. Se sabe desde hace tiempo que los tumultos revolucionarios perjudican al comercio. Por esta razón, colocándonos en el punto de vista del comisariado del camarada Krasin, estamos interesados, como veis, en retardar la revolución cuanto sea posible» (Risas). Camaradas, yo siento infinitamente que vuestra unánime risa no pueda ser transmitida por radio a varios camaradas de la extrema izquierda de Alemania e Italia. La hipótesis de nuestra oposición a los tumultos revolucionarios, oposición que tiene su fuente en nuestro Comisariado del Comercio Exterior, es tanto más curiosa cuanto que en marzo de este año, al desarrollarse en Alemania los trágicos combates de que hablaré más tarde, combates que los diarios burgueses y socialdemócratas alemanes, y tras ellos la prensa mundial, gritaron que la insurrección de marzo fue provocada por una orden de Moscú, que el poder soviético, que vivía en esta época jornadas difíciles (rebeliones de campesinos Cronstad, etc.), había lanzado, para su propia salvación, la orden de organizar las insurrecciones independientemente de la situación particular de cada país. ¡Qué difícil es imaginar una tontería tan grande! No obstante, los camaradas delegados de Roma, de París, de Berlín apenas han tenido tiempo de llegar a Moscú cuando una nueva teoría se ha forjado en el otro extremo, el de la izquierda: la teoría según la cual, no solamente «no damos órdenes» para organizar las insurrecciones inmediata e independientemente de las circunstancias exteriores, sino que, por el contrario, interesados en el magnífico desarrollo de nuestro comercio, sólo nos preocupamos de una cosa, de retrasar la revolución. ¿Cuál de las dos tonterías, contrarias la una a la otra, es la más tonta? Es difícil juzgarlo. Si somos culpables de las faltas cometidas en marzo (suponiendo que pueda hablarse de culpabilidad), también lo es en este sentido la internacional en su conjunto y, por consiguiente, también nuestro partido, porque todavía no ha educado suficientemente a las masas en cuanto concierne a la táctica revolucionaria haciendo así imposible los actos y los métodos erróneos. Pero sería ingenuo soñar que jamás se cometan errores.

LOS ACONTECIMIENTOS DE MARZO EN ALEMANIA

La cuestión de los acontecimientos de marzo ha ocupado, en cierto sentido, un sitio preferente en nuestros debates del congreso, y esto no es casual: de todos los partidos comunistas, el de Alemania es uno de los más poderosos y de los preparados desde el punto de vista teórico, y en cuanto a su capacidad revolucionaria, a mi parecer, Alemania está en primer lugar. Respecto a la situación interior, siendo Alemania un país vencido, es uno de los más propicios a la revolución. Es, pues, natural que los métodos de lucha del Partido Comunista Alemán adquieran importancia internacional. Sobre el suelo alemán los más importantes acontecimientos de la lucha revolucionaria se desarrollaron ante nuestros ojos desde 1918, y es por esto por lo que podemos estudiar con el ejemplo vivo sus ventajas y sus inconvenientes.

¿Y en qué consistieron los acontecimientos de marzo? Los proletarios de la Alemania del centro, obreros de la región industrial y minera, representaban hasta hace poco, incluso durante la guerra, una de las fracciones más retrasadas de la clase obrera. Seguían, en su mayoría, no a los socialdemócratas, sino a las pandillas patrióticas, burguesas y clericales; eran fieles al emperador, etc. Las condiciones de su vida y de su trabajo eran excepcionalmente pesadas. Ocupaban, en relación con los obreros de Berlín, el mismo sitio que entre nosotros los distritos retrasados de los Urales en relación con los obreros de Petrogrado. Durante una época revolucionaria, ocurre más de una vez que una parte, la más oprimida y retrasada de la clase obrera, despierta por primera vez al estruendo de los acontecimientos y aporta a la lucha la energía más grande y está presta a combatir sin condiciones y, a menudo, sin contar con las circunstancias ni con las posibilidades de vencer; es decir con las exigencias de la estrategia revolucionaria. Así, mientras los obreros de Berlín y Sajonia, por ejemplo, después de la experiencia de los años 1919-1920, se han vuelto más circunspectos, lo que une sus ventajas e inconvenientes, los obreros centroalemanes en cambio continúan manifestándose enérgicamente, realizando huelgas y tumultos, sacando a los capataces de los talleres en carretillas, organizando reuniones durante las horas de trabajo, etc. Es evidente que tal género de acción es incompatible con las tareas sagradas de la República de Ebert. Nada tan asombroso como que esta república conservadora y policíaca, en la persona de su agente de policía, el socialdemócrata Hoersing, haya decidido una cierta «depuración», es decir, echar los elementos más revolucionarios, detener a ciertos comunistas, etc.

El Comité Central del Partido Comunista de Alemania pensó, precisamente en esta época (mediados de marzo), que era preciso hacer una política revolucionaria más activa. El partido alemán, según recordaréis, había sido creado un poco antes por la unión de las antiguas agrupaciones espartaquistas y de la mayoría de los independientes, y, por lo mismo, ha tenido que resolver prácticamente el problema de la acción de masas. La idea de que había que realizar una política más activa era perfectamente justa. Pero, ¿cómo habría que llevarla a la práctica? Al mismo tiempo que se publicaba la orden del policía socialdemócrata Hoersing, pidiendo a los obreros lo que en vano y más de una vez les había pedido el Gobierno Kerenski: no organizar reuniones en las horas del trabajo, considerar la propiedad de las fábricas como sagrada, etc.; el comité central del partido comunista lanzó un llamamiento a la huelga general para sostener a los obreros del centro de Alemania. Una huelga general no es cosa que la clase obrera emprende a la ligera, a la primera indicación del partido, sobre todo cuando ha sufrido anteriormente una serie de derrotas y tanto más en un país donde hay, junto al partido comunista otros dos partidos socialdemócratas, y donde la organización sindical está en contra nuestra. Sin embargo, si nos fijamos en el órgano central del partido comunista, la Rote Fahne, durante todo este período, día tras día, nos daremos cuenta de que el llamamiento a la huelga general no ha estado bien preparado. En Alemania



Poster del 2º Congreso de la IC

se ha efectuado más de una sangría cuando la revolución, y la resistencia a la ofensiva policíaca contra el centro de esta nación no pudo abarcar a toda la clase obrera. Una seria acción de masas hubiera debido estar precedida evidentemente de una agitación enérgica y generalizada, con consignas definidas hacia el mismo fin; tal agitación hubiese podido llevar llamamientos definitivos para la acción sólo en el caso en que se hubiera podido averiguar hasta qué grado estaban preparadas y dispuestas las masas para avanzar por el camino de la revolución. Tal es el principio elemental de toda estrategia revolucionaria, y es precisamente ese el principio que no se ha tomado en cuenta durante los acontecimientos de marzo. Los batallones de policía no tenían aún tiempo de alcanzar las fábricas y minas de Alemania central si en ellas se hubiese desencadenado una huelga general. Ya dije que los obreros del centro de Alemania estaban dispuestos a una lucha inmediata, y que la indicación del comité fue seguida. Pero las cosas no pasaron lo mismo en el resto del país. La situación de Alemania, tanto interior como exterior, no favorecía el paso brusco a la acción. Las masas, sencillamente no comprendieron el llamamiento.

Sin embargo, ciertos teóricos muy influyentes del Partido Comunista de Alemania, en lugar de reconocer que el llamamiento era un error, han emitido, para explicarlo, la teoría, según la cual debíamos, durante la época revolucionaria, hacer exclusivamente una política ofensiva, esto es, de ataque revolucionario. De esa manera se presenta a las masas la acción de marzo como una ofensiva. Ensayad, apreciad la situación en su conjunto. En realidad, el primer asalto fue dado por el policía socialdemócrata Hoersing. Hay que aprovechar para reunir a todos los obreros para la defensa, resistencia; el contraataque más restringido. Si son propicias las condiciones, si encuentra eco favorable la propaganda, puede pasarse a una huelga general. Si los acontecimientos se desarrollan de más en más, si las masas se sublevaran, si la unión entre los trabajadores se

reafirma y crece su moral, mientras que en el campo de los adversarios la falta de decisión y el desorden aparecen, entonces puede ordenarse pasar a la ofensiva. Por el contrario, si la decisión no es favorable, si las condiciones y la moral de las masas no se prestan a obedecer, hay que tocar retirada, replegarse en lo posible ordenadamente hacia las posiciones anteriores, obteniendo así la ventaja de no haber sondeado la masa obrera, reforzado su unión anterior y, lo que es más importante, de haber aumentado la autoridad del partido, que se habrá revelado como un jefe juicioso en todas las situaciones.

Pero ¿qué hace el centro dirigente del partido alemán? Parece aprovechar la primera ocasión y, antes que ella sea comprendida por los obreros, el comité central llama a la huelga general. Aún antes de que el partido haya acertado a sublevar a los obreros de Berlín, Dresde, Múnich, para sostener a los del centro de Alemania (lo que hubiera podido lograrse en el espacio de unos días, si hubiesen sido conducidas con energía las masas después de un plan bien concebido y sin saltarse los acontecimientos), antes que el partido haya cumplido ese trabajo, se proclama como una ofensiva nuestra acción. Ello significa malbaratar el asunto y paralizar el avance del movimiento. Es evidente que, en este período de lucha la iniciativa del movimiento estaba en las manos del enemigo. Era preciso explotar el elemento moral de la defensa y llamar al proletariado del país entero en socorro de los obreros del centro de Alemania. Las formas de este socorro podían al principio ser variadas antes de que el partido pudiera lanzar directivas más amplias. La tarea de la agitación consistía en sublevar las masas, concentrar su atención sobre los acontecimientos de Alemania central, romper políticamente la resistencia de la burocracia obrera y asegurar, de este modo, el carácter general de la huelga, como base posible para el desarrollo ulterior de la lucha revolucionaria. Y, ¿qué tenemos, en cambio? Una minoría revolucionaria y activa del proletariado se ha opuesto en la acción a la mayoría, antes que esta mayoría pudiera enterarse del sentido de los acontecimientos. El partido resolvió por ella, ante la pasividad e irresolución de la clase obrera. Los elementos impacientes ensayaron, aquí y allá, no por medio de propaganda sino por procedimientos mecánicos, echar a la calle a la mayor parte de los obreros. Verdad que si la mayoría de los obreros se pronuncian, a favor de la huelga, pueden forzar a la minoría y cerrar fábricas para llevar a cabo la huelga general. Más de una vez ha ocurrido así, y así será siempre, y sólo los imbéciles pueden protestar por tales procedimientos. Pero la aplastante mayoría de la clase obrera no se da cuenta exacta del movimiento o no simpatiza con él; o no cree en su eficacia; la minoría, al revés, se decide a avanzar y ensayar, por procedimientos mecánicos, a incitar a los obreros a la huelga. Esta minoría impaciente, representada por el partido, puede decidirse a actuar frente a la hostilidad de la clase obrera y romperse así la cabeza.¹

LA ESTRATEGIA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN ALEMANA Y LOS AVENTUREROS DE IZQUIERDA Estudiaremos desde este punto de vista toda la historia de la revolución alemana. En noviembre de 1918, la monarquía se ha derrumbado y el problema de la revolución proletaria está a la orden del día.

En enero de 1919, se desarrollan los sangrientos combates revolucionarios de la vanguardia proletaria contra el régimen de la democracia burguesa, los cuales se reproducen en marzo de 1919. La burguesía se orienta rápidamente y elabora su plan estratégico: combate al proletariado en cuanto lo divisa. Los mejores jefes de la clase obrera: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, son asesinados. En marzo de 1920, después de la tentativa del golpe de estado contrarrevolucionario de Kapp, quebrado por una huelga general, estalla una insurrección parcial: la lucha armada de los obreros de la cuenca del Ruhr. El movimiento concluye en un nuevo fracaso, causando innumerables víctimas. En fin, en marzo de 1921 aún tenemos una guerra civil parcial y una nueva derrota.

Cuando en enero y marzo de 1919 parte de los obreros alemanes se habían rebelado, habían perdido a sus mejores jefes, dijimos: «Son las jornadas de julio del Partido Comunista Alemán.» Recordad las jornadas de julio en Petrogrado de 1917. Petrogrado se adelantó al país, se arrojó solo a la batalla, la provincia no le sostenía lo bastante, y aún se contó en el ejército de Kerenski con regimientos retrasados para ahogar el movimiento. Pero en el mismo Petrogrado, la mayoría del proletariado ya era nuestra. Las jornadas de julio fueron un preámbulo de las de octubre. Es cierto que en julio cometimos algunos errores; pero no los hemos erigido en sistema. Hemos considerado los combates de enero y marzo de 1919 como un «julio» alemán. Aunque este «julio» en Alemania no ha sido seguido de un «octubre», sino de un marzo de 1920 o sea de una nueva derrota, sin hablar de los fracasos parciales y del asesinato sistemático de los mejores jefes locales de la clase obrera alemana. Cuando vimos el movimiento de marzo 1920 (digo yo) y en seguida el de marzo 1921, no pudimos menos que decir: No; hay demasiadas jornadas de julio en Alemania: queremos un «octubre».

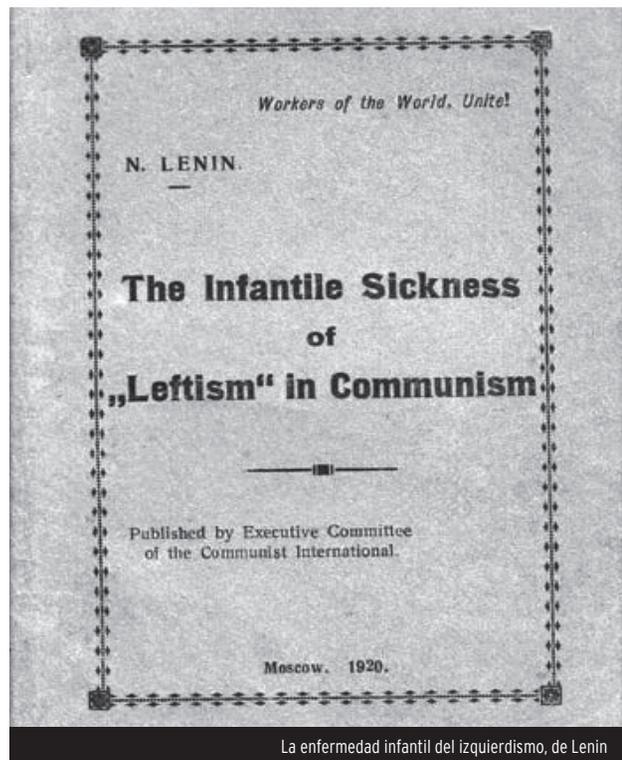
Sí, hay que preparar un «octubre» alemán, una victoria de la clase obrera alemana y he aquí que los problemas de la estrategia revolucionaria se nos ofrecen en toda su amplitud. Es perfectamente claro y evidente que la burguesía alemana, o su pandilla dirigente, lleva su estrategia contrarrevolucionaria hasta lo último: provoca a ciertas fracciones en la clase obrera, las induce a la acción, las aísla en regiones especiales, vigila las armas que lleva en sus manos y se apunta a sus cabezas: la de los mejores representantes de la clase obrera. En la calle o en un calabozo de castigo, en combate abierto o bajo la ley de fugas, por decreto de una corte marcial o por mano de banda ilegal, perecen individuos, decenas, centenas, millares de comunistas, que personifican la más alta experiencia proletaria; es esta una estrategia severamente calculada, fríamente realizada y que se apoya en la experiencia de la clase dominante.

Y en estas condiciones, cuando la clase obrera alemana en su conjunto siente instintivamente que no podrá dar cuenta de semejante enemigo con las manos desarmadas, que no basta el entusiasmo, sino que se necesita del cálculo frío, de la clara visión de las cosas, de una preparación seria, y cuando todo lo espera de un partido, se le grita: nuestro deber es no aplicar más que una estrategia ofensiva, o sea atacar en todo momento, pues, como ven hemos

entrado en un período revolucionario. Es como si un comandante de ejército dijera: «Puesto que hemos empezado la guerra, nuestra obligación es atacar siempre y por todas partes». Tal jefe sería infaliblemente vencido, aunque dispusiera de fuerzas realmente superiores. Peor aún, existen teóricos, tales como el comunista alemán Maslow, que llegan a decir, a propósito de los acontecimientos de marzo, las siguientes enormidades: «Nuestros adversarios [dice Maslow] nos reprochan por lo de marzo lo que consideramos como un mérito nuestro. A saber: que el partido, entrando en la lucha, no haya abordado la cuestión de si sería seguido o no por la clase obrera». Esta cita es casi literal. Desde el punto de vista de los revolucionarios subjetivos o de los socialistas revolucionarios de izquierda, es perfecto. Pero, desde el punto de vista marxista, ¡es sencillamente monstruoso!

LAS TENDENCIAS AVENTURERAS Y ... LA CUARTA INTERNACIONAL

Nuestro deber revolucionario nos obliga a reemprender la ofensiva contra los alemanes, declararon los socialistas revolucionarios de izquierda en julio de 1918. ¿Seremos vencidos? ¡Qué importa! Nuestro deber es marchar adelante. ¿No quieren las masas obreras? Bien; se pude arrojar una bomba contra Mirbach para obligar a los obreros rusos a continuar la lucha en la que deben perecer infaliblemente. Tales razonamientos están muy extendidos en la agrupación llamada Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Es ese un pequeño grupo de socialistas revolucionarios proletarios de izquierda. Nuestros socialistas revolucionarios de izquierda reclutan, o han reclutado, principalmente sus partidarios entre intelectuales y campesinos; tal es su característica social, pero sus métodos políticos son los mismos: se trata de un revolucionarismo histérico, puesto a cada momento a aplicar medidas y métodos extremos sin contar con las masas ni con la situación general; es la impaciencia, en lugar del cálculo; una embriaguez debida a la fraseología revolucionaria; todo eso es lo que ha caracterizado tan plenamente al Partido Comunista Obrero de Alemania. En el congreso, uno de los oradores, que hablaba en nombre de ese partido, se expresó así: «¿Qué quieren ustedes? La clase obrera alemana está imbuida (dijo versewcht, «apestada») de una ideología de filisteos, de burgueses y burguesillos, ¿qué quieren que se haga? No podrán sacarla a la calle sino recurriendo a un sabotaje económico.» Y, cuando se le preguntó qué significaban sus palabras, explicó: «En cuanto empiezan a vivir un poco mejor los obreros, ya no quieren revolución. Pero si turbamos el mecanismo de la producción, si atacamos las fábricas, talleres, vías férreas, etc., la situación de la clase obrera empeora y, por lo tanto, se hace más apta para la revolución.» No olviden que esto lo ha dicho un representante del partido «obrero». ¡Es de un escepticismo absoluto! Se deduce que si aplicamos el mismo razonamiento al campo, los campesinos más conscientes de Alemania deben incendiar sus aldeas, lanzar el gallo rojo a través del país entero, para revolucionar así a los habitantes del campo. No se puede por menos que recordar aquí que, durante el primer período del movimiento revolucionario en Rusia, hacia 1860, cuando los revolucionarios intelectuales eran aún incapaces de toda acción,



encerrados como estaban en sus pequeños cenáculos, obstinándose en la pasividad de las masas obreras, entonces ciertos grupos (como los partidarios de Netachaiév) llegaron a pensar que el fuego y los incendios constituían un verdadero elemento revolucionario de la evolución política rusa. Es evidente que semejante sabotaje, dirigido, por su misma esencia, contra la mayoría de la clase obrera, constituye un medio antirrevolucionario que crea un conflicto entre la clase obrera y un partido «obrero» cuyo número de miembros resulta difícil precisar; no suele pasar de tres o cuatro decenas de millares casi siempre, mientras que el Partido Comunista Unificado cuenta, como ustedes saben, con cerca de 400.000 afiliados.

El congreso ha puesto en su orden del día el asunto del KAPD en toda su agudeza, pidiendo a esa organización que convoque, en el plazo de tres meses, un congreso y que se una al Partido Comunista Unificado, o bien que se coloque definitivamente fuera de la Internacional Comunista.² Puede creerse que el KAPD, tal como está representado por sus jefes actuales aventureros y anarquistas, no se someterá a la decisión de la IC y, encontrándose fuera de ella, ensayará, probablemente con otros elementos «extremistas de izquierda», formar una Cuarta Internacional. Nuestra camarada Kolontai ha soplado un poco en la misma trompeta en el curso de nuestro congreso. Para nadie es un secreto que nuestro partido constituye, en el presente, la palanca de la IC. Sin embargo, la camarada Kolontai ha presentado el estado de cosas en nuestro partido de tal manera que podría parecer que las masas obreras, con la camarada Kolontai a la cabeza, se verán obligadas, un mes antes o después, a hacer la «tercera revolución», a fin de establecer un «verdadero» régimen de los soviets. Pero, ¿por qué una tercera revolución, y no una cuarta, cuando la tercera revolución hecha en nombre del «verdadero» régimen soviético ha tenido ya lugar en febrero, en Cronstad? Todavía hay extremistas de izquierda en Holanda, quizá también en otros países. Ignoro si se han

tomado en consideración. Siempre que no sea muy nutrido su número, pues éste sería un peligro que amenazaría a la IV Internacional, si por casualidad se fundara. Verdaderamente, éste sería el peligro de perder hasta un grupito de buenos militantes obreros que se encuentra, sin duda, en su seno. Pero si debe realizarse tal escisión de los sectarios, tendremos muy pronto, no sólo la Internacional Segunda y media, a nuestra derecha, sino la número cuatro a nuestra izquierda, en la cual el subjetivismo, la histeria, el espíritu de aventura y la fraseología revolucionaria, estarán muy bien representadas. También dispondremos de un espantajo de «izquierda», del cual nos serviremos para enseñar estrategia a la clase obrera. Cada cosa, como veis, tiene dos caras: una positiva y otra negativa.

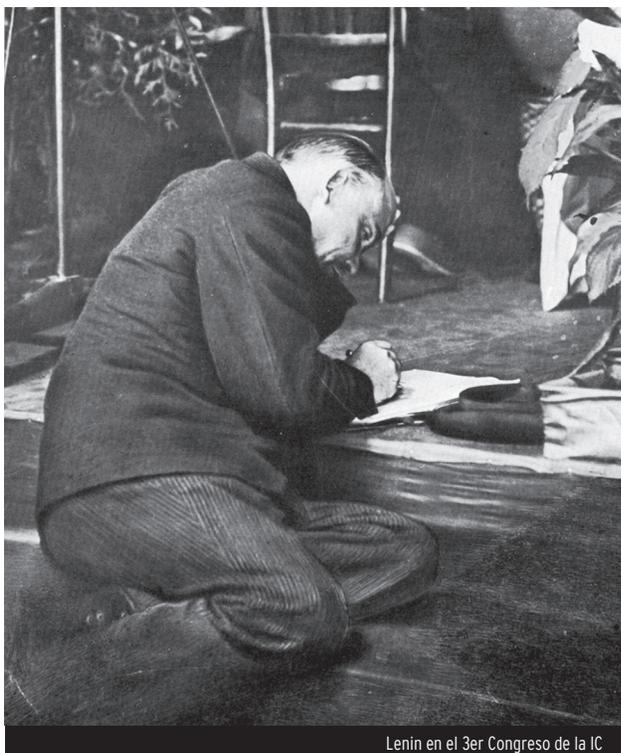
LOS ERRORES DE LAS IZQUIERDAS Y LA EXPERIENCIA RUSA

Sin embargo, dentro mismo del Partido Comunista Unificado, existían tendencias antimarxistas que salen a luz de manera asombrosa en marzo y después de marzo. Ya he citado el sorprendente artículo de Maslow. Pero Maslow no estaba solo. Se publica en Viena una revista *Kommunismus* (órgano de la Internacional Comunista, en lengua alemana). En la colección de junio de esta revista, encontramos un artículo que estudia la situación en la internacional, y en el que, en síntesis, leemos esto: «El rasgo principal del actual período revolucionario es que debemos, en los combates parciales, hasta puramente económicos, tales como las huelgas, luchar con las armas en la mano» ¡He aquí, camaradas, una estrategia a la inversa! Mientras que la burguesía nos provoca para combates parciales y sangrientos, algunos de nuestros estrategas quieren hacer una regla de este género de batalla. ¿No resulta monstruoso? En Europa, la situación objetiva es profundamente revolucionaria. Lo nota la clase obrera. Y durante todo este período de postguerra, se lanza, ante todo, a luchar contra la burguesía. En ninguna parte, salvo en Rusia, obtiene la victoria. Entonces comienza a com-

prender que tenía ante sí una tarea difícil, y se dedica a forjar un arma para la victoria: el partido comunista; éste, sobre este camino, anduvo en Europa, en el curso del año último, pasos de siete leguas. Ahora tenemos verdaderos partidos comunistas de masas en Alemania, en Francia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia, en Bulgaria. ¡Una verdadera erupción! ¿Y en qué consiste nuestra tarea más próxima? Consiste en que los partidos conquisten en el más breve plazo a la mayoría de los obreros industriales y a gran parte de los obreros agrícolas y hasta a los campesinos pobres, como nosotros los conquistamos antes de octubre; además, sin esa conquista no hubiéramos obtenido nuestra victoria de octubre. Sin embargo, ciertos falsos estrategas dicen que, siendo la época de ahora revolucionaria, nuestro deber es encarar la lucha en cada momento, incluso la lucha parcial, usando de métodos de revolución armada. ¡Pero la burguesía no desea más que esto! En el momento en que el partido comunista se desarrolla con rapidez extraordinaria y extiende cada vez más sus alas por encima de toda la clase obrera, la burguesía provoca a la parte más impaciente y combativa de los obreros a una lucha prematura, sin el apoyo de la gran masa obrera, a fin de batir al proletariado, dividiéndolo, y de minar así su fe en su capacidad de victoria sobre la burguesía. En estas condiciones, la teoría de la ofensiva continua y de las luchas parciales, dirigidas con el método de la insurrección armada, es agua para el molino de la contrarrevolución. Por esto, en el III Congreso, el Partido Ruso, sostenido por los elementos más conscientes, dijo con voz firme a los camaradas del ala izquierda: «Son ustedes excelentes revolucionarios, van a combatir y morir por el comunismo; pero esto no nos basta. No basta luchar. Hay que vencer». Y para ello hay que aprender el arte de la estrategia revolucionaria.

Pienso, camaradas, que la marcha verdadera de la revolución proletaria en Rusia y, hasta cierto punto, en Hungría, es una de las causas más serias del desdén hacia las dificultades de la lucha revolucionaria y la victoria en Europa. Hemos tenido entre nosotros, en Rusia, una burguesía históricamente retrasada, políticamente débil, sujeta al capital europeo y con débiles raíces políticas en el pueblo ruso. Por otra parte, hemos tenido un partido revolucionario, con un largo pasado de trabajo clandestino, educado y templado en los combates, que ha sabido aprovecharse conscientemente de toda la experiencia de la lucha revolucionaria europea y universal. El estado de los campesinos rusos, en relación con la burguesía y el proletariado, el carácter y el estado de espíritu del ejército ruso después de la derrota militar del zarismo, todo ha contribuido a hacer inevitable la Revolución de Octubre, facilitando enormemente la victoria revolucionaria (aunque ésta no nos haya librado de las dificultades ulteriores, sino que, por el contrario, las haya preparado en proporciones gigantescas). Vista la relativa facilidad de la Revolución de Octubre, la victoria del proletariado ruso no aparece, ante los dirigentes de los obreros europeos, en su auténtico valor como problema político y estratégico y no ha sido bien comprendida.

El siguiente ensayo para apoderarse del poder fue hecho por el proletariado en menor escala, más cerca de la



Lenin en el 3er Congreso de la IC

Europa occidental, en Hungría; allí, las condiciones eran de tal naturaleza, que el poder cayó en manos comunistas casi sin lucha revolucionaria. Por lo cual los problemas de la estrategia revolucionaria en el momento de la lucha por el poder han sido reducidos, naturalmente, al mínimo.

Después de la experiencia de Rusia y Hungría, no sólo las masas obreras, sino también los partidos comunistas de otros países, comprendieron, ante todo, que la victoria del proletariado era inevitable, y han pasado en seguida al estudio directo de las dificultades que se desprenden de la victoria de la clase obrera. En lo que concierne a la estrategia de la lucha revolucionaria para el poder, parece muy sencilla y, por decirlo así, evidente. No es por pura casualidad que ciertos eminentes camaradas húngaros, apreciados por la internacional, demuestran tendencias a una simplificación excesiva de los problemas de la táctica proletaria en época revolucionaria, reemplazando esta táctica por un llamamiento a la ofensiva.

El Tercer Congreso dijo a los comunistas de todos los países: la marcha de la revolución rusa es un ejemplo histórico muy importante, pero no una regla política, y aún más: sólo un tarado puede negar la necesidad de una ofensiva revolucionaria; pero sólo un simple de espíritu puede reducir a la ofensiva toda la estrategia revolucionaria.

MOTIVOS DE LA FUERZA Y DEBILIDAD DEL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS Nuestros debates sobre la política del Partido Comunista Francés han sido menos tormentosos que los que sostuvimos con respecto a la política alemana, al menos en el congreso mismo; pero en las sesiones del comité ejecutivo tuvo lugar en cierta ocasión una discusión muy violenta, durante el estudio de los problemas del movimiento obrero francés. El Partido Comunista Francés fue creado sin sacudidas internas y externas, como las que han acompañado a la fundación del partido alemán. Por esta razón, sin duda, las tendencias centristas y los viejos métodos del socialismo parlamentario están tan arraigados en el partido francés. El proletariado francés no ha llevado ninguna lucha revolucionaria reciente, que hubiera podido reanimar sus viejas tradiciones rebeldes. La burguesía francesa ha salido victoriosa de la guerra, lo cual le ha permitido hasta hace poco, a expensas de Alemania (a quien saqueaba), hacer de vez en cuando algunas concesiones a las fracciones privilegiadas de la clase obrera. En consecuencia, apenas se produjo lucha revolucionaria de clases en Francia. Antes de arrojar a una batalla decisiva, el Partido Comunista Francés tiene la posibilidad de estudiar y utilizar la experiencia revolucionaria de Rusia y Alemania. Basta recordar que la guerra civil llegó al paroxismo en Alemania cuando los comunistas estaban representados por un puñado de espartaquistas; mientras que en Francia cuando aún no había ocurrido (antes de la guerra) ninguna batalla francamente revolucionaria, el partido comunista ya había reunido en sus filas a ciento veinte mil obreros. Si incluimos en la cuenta de Francia a los sindicalistas revolucionarios que no «reconocían» al partido, sosteniendo sin embargo la lucha por la dictadura del proletariado; si recordamos que la organización del partido jamás fue en Francia tan fuerte como en Alema-

nia, veremos claro que esos ciento veinte mil comunistas organizados valen para Francia acaso más que cuatrocientos mil para Alemania. Esto nos parece tanto más verdadero, puesto que vemos en Alemania, a la derecha de los cuatrocientos mil citados, los partidos independientes y socialdemócratas que cuentan juntos muchos más miembros y partidarios que los comunistas, mientras que en Francia no existe a la derecha de los comunistas más que un reducido grupo de disidentes, partidarios de Longuet y de Renaudel. En el movimiento sindical francés, el detalle numérico de las fuerzas es, en general, más favorable al ala izquierda, sin duda. Por el contrario, el informe de las potencias de las clases en Alemania es, ciertamente, desfavorable a una rebelión victoriosa. En otros términos: la burguesía se apoya todavía en Francia sobre su propia organización: sobre el ejército, policía, etcétera ... En Alemania se basa principalmente en la socialdemocracia y la burocracia sindical. El Partido Comunista Francés dispone de la posibilidad de tomar en sus manos totalmente la dirección del movimiento obrero antes que lleguen los acontecimientos decisivos.

Pero es necesario para este fin que el comunismo francés se desembarace definitivamente de los hábitos políticos y de fluctuaciones, mucho más extendidas en Francia que en ningún otro sitio. El partido francés tiene necesidad de una actitud más enérgica frente a los acontecimientos, de una propaganda más enérgica e intransigente en tono y carácter; de una actitud más severa hacia todas las manifestaciones de la ideología democrática y parlamentaria, del individualismo intelectual, del arribismo de los abogados. Criticando la política del partido francés en el seno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, se dijo que el partido había cometido tales y cuales errores, que los diputados comunistas, a veces, «hablaban» demasiado en el parlamento con sus adversarios burgueses, en lugar de dirigirse a las masas por encima de sus cabezas; que la prensa del partido debía utilizar un lenguaje más claro, más rudo, desde el punto de vista revolucionario, a fin que los obreros franceses más oprimidos y abatidos, oyesen un eco de sus sufrimientos, de sus reivindicaciones y de sus esperanzas. Durante estos debates, un joven camarada francés subió a la tribuna y, en un apasionado discurso, aprobado por parte de la asamblea, criticó la política del partido desde otro punto de vista. «Cuando el gobierno francés [dijo este representante de las juventudes] tuvo la intención de arrebatar a los alemanes la cuenca del Ruhr, a principios de este año, y movilizó la clase decimonovena, el partido no aconsejó a los movilizados la resistencia, y aprobó su debilidad». «¿Qué clase de resistencia?, preguntamos nosotros. El partido no indicó a la clase decimonovena que dejara de someterse a la orden de movilización. ¿Qué entiende usted por insumisión?, seguimos preguntando. «No someterse, ¿quiere decir no presentarse voluntariamente en el cuartel y esperar a que venga a buscarnos un gendarme o un policía, u ofrecer resistencia activa, armas en ristre, contra el policía y el gendarme?» Este joven camarada que causó en nosotros tan grata impresión, gritó enseguida: «Ciertamente. Es preciso ir hasta el fin resistir con las armas en la mano...» Entonces comprendimos has-

ta qué punto son confusas y oscuras las ideas sobre la lucha revolucionaria de algunos camaradas. Nos pusimos a discutir con nuestro joven contradictor: ustedes tienen ahora en Francia, bajo la bandera tricolor del ejército imperialista, varias clases. Vuestro gobierno, encuentra necesario llamar todavía una vez más la de los jóvenes de diecinueve años. Esta leva cuenta en el país con doscientos mil hombres casi, de los cuales admitamos que son tres mil o cinco mil comunistas. Los cuales están dispersos, ya en el campo, ya en los pueblos. Admitamos, por un momento, que el partido les aconseja resistir, armados. Ignoro cuántos agentes de la burguesía caerían muertos con este motivo; por el contrario, no es difícil que todos los comunistas de la clase revolucionaria fueran extraídos de la masa de los reclutas y aniquilados. ¿Por qué no llama usted a las otras clases que se encuentran ya bajo las banderas, para organizar la rebelión, y que, estando reunidas en las filas del ejército, poseen ya los fusiles? Porque usted comprende, sin duda, que el ejército no disparará sobre los contrarrevolucionarios y que la clase obrera, en su mayoría, no estará dispuesta a luchar por el poder hasta mucho después que haya estallado la revolución proletaria. ¿Cómo puede usted pedir que se haga la revolución no por la clase obrera en su conjunto sino, solamente, por la clase decimonovena? Si el partido comunista hubiese ordenado semejante cosa, ello equivaldría a hacerles un gran regalo a Millerand, a Briand, a Barthou a todos esos candidatos al papel estranguladores de la insurrección proletaria. Pues resulta evidente que, si la parte más ardiente de la juventud es aniquilada, la más retrasada de la clase obrera se asustaría, el partido quedaría aislado y su influencia quebrada, no por meses, sino por años. Con estos procedimientos, aplicando con excesiva impaciencia las formas más agudas de la revolución, bajo condiciones todavía no maduras para un encuentro decisivo, sólo pueden esperarse resultados negativos y más que un parto, un aborto revolucionario.

La tentativa de huelga general en mayo de 1920 presenta el clásico ejemplo de una imitación de la acción de conjunto, imitación que no estuvo bien pensada. Como se sabe, la idea de esa huelga estaba «sostenida» de manera traidora por los sindicalistas reformistas. Su objetivo era no dejar escapar de sus manos el movimiento para retorcerle el cuello a la primera ocasión. Han acertado plenamente. Pero, tratándose de acuerdos, esos hombres no han sido fieles a su propia naturaleza. Tampoco se podía esperar otra cosa. Sin embargo, al otro lado, los sindicalistas revolucionarios y los comunistas no prepararon en vano el movimiento. La iniciativa partió del sindicato de los ferroviarios, donde se agrupaban por primera vez elementos de izquierda. Monmousseau a su cabeza. Antes de haber tenido la oportunidad de reforzarse un poco y asegurarse las posiciones necesarias, antes de orientarse, como era preciso, en su situación, se ven obligados a invitar a las masas a una acción definitiva, con palabras imprecisas y confusas, «sostenidas» traidoramente por las derechas. Bajo todos los aspectos, éste fue un ataque no preparado. Los resultados son conocidos: una minoría poco importante, sola, entró en movimiento, los colaboracionistas impidieron el desarrollo de la huelga, la contrarrevolución

explotó la flaqueza evidente de las izquierdas y afirmó extraordinariamente su propia situación.

En la acción, semejante improvisación es inadmisibles. Hay que apreciar con mucha más seriedad la situación, hay que preparar el movimiento con obstinación, con energía, con espíritu de continuidad bajo todos los aspectos, a fin de llevarlo, firme y decididamente, hasta el fin. Para este fin es preciso disponer de un partido comunista, fiel guardián de la experiencia proletaria en todos los terrenos de la lucha. Verdad es que la sola presencia del partido no nos pone todavía al abrigo de los errores, pero la ausencia de esta vanguardia dirigente, hace inevitables los errores, transformando toda lucha en una serie de improvisaciones, de aventuras y de experiencias de tipo empírico.

EL COMUNISMO Y EL SINDICALISMO EN FRANCIA Las relaciones del partido comunista con la clase obrera en Francia son, como dije, más favorables que en Alemania. Pero la influencia política del partido sobre la clase obrera, aumentada gracias a un golpe hacia la izquierda, no alcanza aún en Francia forma precisa, sobre todo en lo que se refiere a organización. Esto se nota perfectamente en lo que atañe a la cuestión sindical.

Los sindicatos representan en Francia, en medida más limitada que en Alemania y países anglosajones, una organización que abarca millones de obreros. En Francia, el número de los obreros sindicados también ha aumentado enormemente en el transcurso de los últimos años.

Las relaciones entre el partido y la clase obrera encuentran su expresión en la actitud del partido hacia los sindicatos. Esta simple manera de enfocar el asunto, ya nos demuestra hasta qué extremo es injusta, antirrevolucionaria y peligrosa, la teoría de la susodicha neutralidad, de la plena «independencia» de los sindicatos respecto al partido, etc. Si los sindicatos, por su tendencia, son una organización de la clase obrera en su conjunto, ¿cómo va a mantener una verdadera neutralidad en relación con el partido o mantenerse «independiente»? Pero es que esto equivaldría a la neutralidad, es decir, a su completa indiferencia hacia la revolución. Y, por lo tanto, en lo que concierne al problema fundamental, el movimiento obrero francés adolece de falta de claridad, y la misma claridad falta dentro del mismo partido.

La teoría de la división del trabajo, absoluta, entre el partido y los sindicatos, y de su independencia mutua, es, bajo su forma definitiva, el producto de la evolución política francesa por excelencia. El oportunismo más puro yace en el fondo de esta teoría. En el largo tiempo en que una aristocracia obrera organizada en los sindicatos concreta contratos colectivos, y en que el partido socialista defiende las reformas en el parlamento, son más imposibles aún una división del trabajo y una neutralidad mutua. Pero tan pronto como la verdadera masa proletaria entra en la lucha y el movimiento comienza a tomar carácter auténticamente revolucionario, el principio de neutralidad degenera en una escolástica reaccionaria. La clase obrera no puede vencer más que si tiene a su cabeza una organización que represente su historia, experiencia viva, generalizada desde el punto de vista de la teoría, y que dirige prácticamente toda la lucha. Gracias a la significación

misma de su tarea histórica, el partido no puede encerrar en sus filas más que a la minoría más consciente y activa de la clase obrera; por el contrario, los sindicatos buscan organizar la clase obrera en su totalidad. Aquel que admita que el proletariado necesita una dirección política de su vanguardia organizada en partido comunista, admite, por la misma razón, que el partido debe convertirse en fuerza directiva en el interior de los sindicatos; esto es, en el seno de las organizaciones de masas de la clase obrera. Y, sin embargo, existen en el partido francés algunos camaradas que ignoran esta verdad tan elemental y que, como Verdier, por ejemplo, luchan intransigentemente para prevenir a los sindicatos contra cualquier influencia del partido. Es evidente que tales camaradas han entrado en el partido por equivocación: un comunista que niega los problemas y deberes del partido comunista en relación con los sindicatos, no es comunista.

No es decir que esto signifique la subordinación de los sindicatos al partido, ya exteriormente, ya desde el punto de vista de la organización. Desde este punto de vista, los sindicatos son independientes. El partido goza, en el seno de los sindicatos, de la influencia que ha conquistado con su trabajo, con su actitud espiritual, con su autoridad. Por eso mismo afirmamos que debe aumentar en lo posible su influencia desde el exterior de los sindicatos, estudiar todas las cuestiones inherentes al movimiento sindical y dar respuestas claras haciendo prevalecer su punto de vista por medio de los comunistas que trabajan en los sindicatos, sin menoscabo de su autonomía respecto a la organización.

No ignoráis que la tendencia conocida bajo el nombre de sindicalismo revolucionario ejercía una considerable

influencia en los sindicatos. El sindicalismo revolucionario, no reconociendo al partido, en el fondo no era más que un partido antiparlamentario de la clase obrera. La fracción sindicalista llevaba adelante siempre una lucha enérgica para mantener su influencia sobre los sindicatos, y jamás reconoció la neutralidad o independencia de los últimos en lo que, atañe a la teoría y práctica de la fracción sindicalista. Si hacemos abstracción de los errores teóricos y de las tendencias extremistas del sindicalismo francés, es indudable que esta esencia no ha encontrado su pleno desarrollo en el comunismo.

El núcleo del sindicalismo revolucionario en Francia fue constituido por hombres agrupados en torno de *Vie Ouvrière*. Mantiene íntima relación con aquel grupo durante la guerra. Monatte y Rosmer constituían el centro; a su derecha se hallaban Merrheim y Dumoulin. Los dos últimos pronto renegaron. Rosmer pasó, a consecuencia de una evolución natural, del sindicalismo revolucionario al comunismo. Monatte mantiene, hasta hoy una posición indefinida, y después del Tercer Congreso de la Internacional Comunista y el de los sindicatos rojos, ha dado un paso que me inspira vivas inquietudes. Con Monmousseau, secretario del sindicato de los ferroviarios, Monatte ha publicado una protesta contra la resolución de la Internacional Comunista, sobre el movimiento sindical, y ha rehusado adherirse a la Internacional Sindical Roja. Hay que decir que el texto de la protesta de Monatte y Monmousseau ofrece el mejor argumento contra su postura indefinida: Monatte declara en él que deja la Internacional Sindical de Amsterdam a causa de su estrecha unión con la Segunda Internacional. Es muy justo. Pero el hecho de que la aplastante mayoría de los sindicatos se haya unido a la



Congreso de Tours de la Sección Francesa de la Internacional Obrera, 1920

II o la III Internacional, nos demuestra perfectamente que no existe, que no puede existir sindicato neutro y apolítico, en general, y, sobre todo, en época revolucionaria. El que abandona Amsterdam y no se adhiere a Moscú, se arriesga a crear una Internacional Sindical Segunda y Media.

Espero firmemente que esta incompreensión desaparecerá, y que Monatte ocupará el puesto al que le lleva todo su pasado: en el Partido Comunista Francés y en la Internacional de Moscú.

Es muy comprensible y justa la actitud prudente y suavizadora que mantiene el Partido Comunista Francés respecto a los sindicalistas revolucionarios, buscando aproximarse a ellos. La que no comprendemos es la indulgencia con que tolera el partido una oposición a la política de la Internacional Comunista, por parte de sus propios miembros, como Verdier. Monatte representa la tradición del sindicalismo revolucionario; Verdier, la confusión.

Sin embargo, más arriba que estas cuestiones de grupos y personalismos, se sitúa el problema de la influencia dirigente del partido sobre los sindicatos. Sin prestar la menor atención a su autonomía, determinada enteramente por la necesidad de un trabajo práctico constante, el partido debe acabar con las discusiones y vacilaciones, y demostrar a la clase obrera francesa que ella posee, al fin, un partido revolucionario que sabe dirigir la lucha de clases en todos los terrenos. Bajo este propósito, las resoluciones del Tercer Congreso, cualesquiera que sean los tumultos, y conflictos temporales que puedan provocar en meses próximos, tendrán inmensa influencia, fecunda hasta el mayor grado sobre toda la marcha ulterior del movimiento obrero francés. Solamente sobre la base de estas resoluciones se establecerán las relaciones entre el partido y la clase obrera, sin las cuales ninguna revolución del proletariado alcanzaría la victoria.

NO ES UN GIRO A LA DERECHA, SINO UNA SÓLIDA PREPARACIÓN PARA LA CONQUISTA DEL PODER No hablaré de los partidos comunistas de otros países: el objeto de mi informe no era caracterizar a todas las organizaciones pertenecientes a la Internacional Comunista. Solamente he querido, camaradas, exponer las líneas fundamentales de su política, tales como han sido desarrolladas y definidas por nuestro último congreso. Por esto, he estudiado a los partidos que más contribuyeron a establecer la línea táctica de la Internacional Comunista para el porvenir inmediato.

Es innecesario decir que el congreso no se ha propuesto «interrumpir», como creyeron infundadamente algunos camaradas de izquierda, la lucha contra los centristas y mediocentristas. Toda la lucha de la Internacional Comunista contra el régimen capitalista se opone a los obstáculos reformistas y colaboracionistas. Es preciso que nos sintamos seguros, ante todo. Además, es imposible combatir a las internacionales segundas y segundas y medias sin haber limpiado nuestras propias filas comunistas de las tendencias y del espíritu centrista. Esto es indudable.³

Pero este combate contra la derecha, que forma parte de nuestra lucha fundamental con la sociedad burguesa, podemos sostenerlo con éxito sólo a condición de vencer en el plazo más breve posible; los errores de izquierda provienen de la falta de experiencia y de la impaciencia, que a

veces adoptan el carácter de serias y peligrosas aventuras. El Tercer Congreso cumplió en tal sentido un verdadero trabajo educativo, que le ha transformado (como dije) en escuela superior, en academia de estrategia revolucionaria.

Martov, Otto Bauer y otros estrategas de salón de la burguesía, a propósito de nuestras resoluciones, hablan de la descomposición del comunismo, del fracaso de la Tercera Internacional, etc. Esos discursos sólo merecen el desprecio. Jamás fue el comunismo un programa dogmático establecido según las fechas del calendario. El comunismo constituye un ejército proletario activo, creciente, que maniobra y que, mientras trabaja, observa las condiciones variables de la batalla, comprueba sus armas, las afila de nuevo cuando se oxidan y somete toda su acción a la necesidad de preparar la derrota del régimen burgués.

Lo que hemos estudiado tan atenta, intensa y concretamente sobre los problemas de táctica en el Tercer Congreso, constituye por sí mismo un gran paso hacia adelante: prueba que la Tercera Internacional ha salido del período de formación en cuanto a ideas y organización, y se ha situado como organismo vivo y dirigente de las masas frente a los problemas de la acción revolucionaria directa.

Si alguno de nuestros camaradas más jóvenes e inexpertos de los aquí presentes ha sacado de mi informe una conclusión pesimista en el sentido que la situación de la Internacional Comunista no es favorable y que es difícil vencer a la burguesía por culpa de los conceptos y métodos erróneos que todavía laten entre los partidos comunistas, sacará una conclusión falsa. Durante un período de bruscos cambios en la política mundial, durante un período de sacudidas universales profundas, en una palabra, durante el período revolucionario en que vivimos, la educación de los partidos revolucionarios se hace con extraordinaria rapidez, sobre todo, a condición que ellos intercambien mutuamente sus experiencias, se controlen mutuamente y se sometan a una dirección central común de la cual es expresión nuestra internacional. No olvidemos que los partidos comunistas más poderosos de Europa cuentan con unos meses de existencia. En nuestra época, un mes vale un año, y, a veces, hasta dos lustros.

Aunque yo haya pertenecido, en este congreso, al ala llamada «derecha» y haya participado en la crítica a la izquierda llamada revolucionaria, que como he demostrado es muy peligrosa para el desarrollo real de la revolución proletaria, salgo de este congreso mucho más optimista de lo que entré. Las impresiones que he sacado del cambio de noticias con los delegados de los partidos hermanos de Europa y del mundo entero pueden resumirse: en el curso del año pasado, la Internacional Comunista ha dado un gran paso hacia adelante, tanto en las ideas como en la organización.

El congreso no ha dado ni puede dar la pauta de una ofensiva general. Ha definido la tarea de los partidos comunistas, como tarea de preparación de la ofensiva y, ante todo, como una tarea de conquista espiritual de la mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo. Lo cual no quiere decir que se haya «diferido» la revolución en una serie de largos años; de ningún modo, nosotros precipita-

mos la revolución y nos aseguramos su victoria mediante una preparación cuidada, profunda y completa.

Verdad es que no se puede reducir al mismo denominador la política revolucionaria de la clase obrera y la acción militar del Ejército Rojo; ya lo sabemos y es particularmente «arriesgado» para mí hacer una comparación en este sentido, visto el peligro casi tradicional para mí de ser sospechoso como «militarista». Los Cunow alemanes y los Martov rusos tienen decidido desde hace tiempo que yo tiendo a remplazar la política y la economía de la clase obrera por un «orden» transmitido al poder de una «organización» militar; no obstante, después de haber tomado mis precauciones, gracias a este pequeño prefacio, arriesgo una comparación militar que no me parece inútil para aclarar también la política revolucionaria del proletariado y la acción del Ejército Rojo.

Cuando, en uno de nuestros innumerables frentes, nos vimos forzados a preparar operaciones decisivas, enviamos allí regimientos frescos comunistas movilizados por el partido, municiones, etc. Sin suficientes medios materiales no podía entablarse una lucha resuelta con Rolchak, Denikin, Wrangel u otros.

Pero he aquí que las condiciones materiales para una acción decisiva se realizan más o menos. Llegados al frente, sabemos que el alto mando tiene decidido emprender un ataque general, admitamos que el 5 de mayo, en tres días. En la reunión del soviet militar revolucionario del frente, en su estado mayor, en su departamento político, nos ponemos a estudiar las condiciones de los combates decisivos que se preparan. Vemos que tenemos cierta superioridad en cuanto al número de bayonetas, sables, cañones, y que, por el contrario, el adversario dispone de una aviación superior a la nuestra, aunque, en general, las ventajas materiales están de nuestra parte. Los soldados están más o menos bien calzados y vestidos, nuestras líneas de comunicación están seguras. Así, el asunto se presenta favorable. «Y, ¿cómo hacer la propaganda antes del ataque? ¿En cuánto tiempo la han hecho? ¿En qué forma y con qué exigencias? ¿Cuántos comunistas han enviado a los destacamentos para dirigir la propaganda? Enseñadnos vuestras proclamas, tratados, los artículos de vuestros diarios del frente, vuestros carteles y vuestras caricaturas. Cada soldado de vuestro ejército, de vuestro frente, ¿sabe quién es Wrangel con, con quién está unido, quién se encuentra tras de él, de dónde toma él su artillería y sus aviones?» Recibimos respuestas insuficientes. Verdad que se hacía propaganda; se dieron a los soldados explicaciones referentes a Wrangel. Pero algunos de los regimientos no llegaron hasta la antevíspera o víspera desde el centro o de los demás frentes, y no se poseía aún ningún dato sobre su moral y su espíritu político. «¿Cómo habéis distribuido esos millares de comunistas, movilizadas por el partido entre las divisiones y los regimientos? ¿Han contado ustedes con su carácter y con la composición de cada destacamento particular, enviando allí elementos comunistas? ¿Han hecho el trabajo preliminar necesario con los mismos comunistas? ¿Habéis explicado a cada grupo de qué destacamento formará parte, cuáles son las particularidades de esos destacamentos y cuáles son las condiciones especiales del trabajo político? En fin, ¿estáis



seguros de la presencia, en cada compañía, de un núcleo comunista dispuesto a combatir hasta el final, y apto para conducir a los otros?»

Comprobamos que ese trabajo había sido cumplido sólo superficialmente, sin prestar atención a las condiciones concretas y a las particularidades de la propaganda política en el ejército en general y en cada regimiento en particular. La propaganda ha carecido del carácter concentrado e intenso que correspondía a la inmediata preparación combativa. Aquello se notaba en las proclamas y en los artículos periodísticos. En total, ¿se había comprobado el personal de los comisariados y del alto mando? Pasados los combates, varios comisarios han resultado muertos y remplazados por los hombres que más a mano se tenían. ¿Están completos los comisarios? ¿Dónde están los jefes? ¿Gozan de suficiente confianza? ¿Hay cerca de los jefes poco conocidos comisarios enérgicos que dispongan de suficiente autoridad? ¿No hay entre los jefes antiguos oficiales zaristas, hombres cuyas familias se encuentren en el territorio ocupado por Wrangel, o en el extranjero? Es muy natural que tales jefes hagan esfuerzos para ser tomados prisioneros, lo cual sería funesto para el resultado de algunas operaciones. ¿Los han renovado, reforzado? ¿No? ¡Atrás! El ataque fracasará. Desde el punto de vista material, el momento es propicio, nuestras fuerzas son superiores, nuestro adversario no ha terminado su concentración. Todo es indudable. Pero ocurre que la preparación moral no tiene menos importancia que la material. Y, sin embargo, esta preparación moral se ha hecho negligente y superficialmente. En tales condiciones, más vale abandonar al enemigo una parte del territorio, retroceder veinte o treinta kilómetros, ganar tiempo, dejar el ataque para dos o tres semanas después y elevar hasta el fin la campaña de preparación política y organizadora. Entonces el éxito será seguro.

Aquellos de ustedes, camaradas, que han trabajado en el ejército, y son numerosos, deben saber que este ejemplo no es imaginación mía. Hemos efectuado más de una vez retiradas estratégicas, únicamente porque el ejército no estaba bien preparado para el combate definitivo, desde el punto de vista moral y político. No obstante, el ejército es una organización de violencia, está obligado a combatir. Una represión militar muy dura amenaza a los recalitrantes. Ningún ejército puede existir de otra manera. Pero en un ejército revolucionario la principal fuerza motriz es su conciencia política, su entusiasmo revolucionario, la comprensión de parte de la mayoría del ejército del problema militar que espera y de la voluntad de resolverlo.

¡Cuánto importa esto a las luchas decisivas de la clase obrera! No hay derecho a forzar a nadie a hacer una revolución. No existen instrumentos de represión. El éxito no se basa más que sobre la voluntad de la mayor parte de los trabajadores, en intervenir directa o indirectamente en la lucha para ayudarlo a vencer.⁴ El Tercer Congreso parecía indicar que la Internacional Comunista, representada por sus jefes, iba a partir hacia el frente del movimiento obrero mundial y entablar combates decididos para la conquista del poder. El congreso ha pedido: «¡Comaradas comunistas, alemanes, italianos, franceses y demás! ¿Han conquistado la mayoría de la clase obrera? ¿Han logrado que cada obrero comprenda las razones de la lucha? ¿Les han explicado con palabras sencillas, claras y terminantes, cuanto era preciso explicar a las masas obreras, incluso a las más retrasadas? ¿Qué han emprendido para adquirir el convencimiento de que os han comprendido? ¿Quieren enseñarnos sus periódicos, grabados, proclamas?

«No camaradas esto no basta aún. Todavía no se oye, el lenguaje que atestigüe vuestra unión con los millones de trabajadores. ¿Qué han emprendido para distribuir ordenadamente las fuerzas comunistas en los sindicatos? ¿Disponen de núcleos seguros en todas las organizaciones importantes de la clase obrera? ¿Qué han hecho para comprobar el estado del Alto Mando en los sindicatos; para

librar a las organizaciones obreras de dudosos y, de lo que es aún más importante, de los traidores? ¿Han organizado un servicio de información en el interior mismo del campo enemigo? No, camaradas; su preparación es insuficiente y, bajo ciertos aspectos, no han abordado como debían los problemas de la preparación.»

¿Significa eso que hayamos de retrasar mucho tiempo la lucha definitiva? ¡De ningún modo! La preparación para una ofensiva militar puede hacerse en el espacio de quince o veinte días, hasta en menos. Divisiones dislocadas, espíritus vacilantes, jefes y comisarios dudosos, pueden ser transformados, en el espacio de diez o quince días, gracias a un trabajo de intensa preparación, en un poderoso ejército unido por la unión de la conciencia y de la voluntad. Es incomparablemente más difícil unir a millones de proletarios para una batalla definitiva. Pero toda nuestra época facilita enormemente este trabajo, a condición que no vacilemos ni a derecha ni a izquierda. Parece tonto querer adivinar si necesitamos para el trabajo preparatorio unos meses solamente, un año o dos años. Eso depende de numerosas circunstancias. Es indudable que, en la situación actual, una de las condiciones más importantes para acercar la hora de la revolución y alcanzar el triunfo es nuestro trabajo de preparación. ¡Vayan a las masas! (ha dicho la Internacional Comunista a sus partidos). ¡Penétrenlas amplia y profundamente! ¡Establezcan entre ellas y ustedes una alianza indestructible! ¡Envíen comunistas a todas las masas obreras, a los puestos más responsables y peligrosos! ¡Que conquisten la confianza de las masas! ¡Que las masas, unidas a ellos, arrojen de sus filas a los jefes oportunistas, vacilantes y arribistas! ¡Aprovechen cada minuto para preparar la revolución! La época nos ayuda. No teman que se les escape la revolución. Organícense reafirmense, y entonces aproximaran la hora del ataque decisivo, verdadero, y entonces el partido les dirá, no solamente «¡Adelante!» sino que llevará la ofensiva hasta la victoria.

Julio de 1921 ★

1 El ex presidente del Comité Central del Partido Comunista de Alemania, Paul Levi, criticó la táctica del partido durante los acontecimientos de marzo. Pero dio a su crítica un carácter absolutamente inadmisibles y desorganizadores; así que, en lugar de rendir servicio a la causa, la perjudicó. Una lucha en el seno del partido trajo la exclusión de Levi y la confirmación de esta exclusión por el congreso de la Internacional. L.T.

2 Ver «Resolución sobre la acción de marzo y sobre el Partido Comunista Unificado de Alemania», en Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones.

3 Después he visto, en los artículos del camarada Kurt Geyer con motivo del Tercer Congreso (artículos que me llegaron cuando mi libro estaba ya en imprenta), que este representante de la oposición se desliza hacia el centrismo, sin darse cuenta. Parte del punto de vista de que el Tercer Congreso ha establecido una perspectiva histórica, haciendo así más independiente nuestra táctica de nuestra confianza en la revolución. Geyer saca la conclusión que las divergencias de táctica entre el Internacional Comunista y los centristas» disminuyen. ¡Tal concepción es monstruosa! La Tercera internacional es una organización de combate que camina hacia su fin revolucionario a través de todos los cambios de condiciones. La Internacional Segunda y Media no quiere revolución; se apoya sobre una selección apropiada de jefes y subjefes, de grupos y tendencias, ideas y métodos.

En el mismo momento en el que Kurt Geyer contrasta una suavización de la discordia entre los comunistas y los independientes, estos, con mayor fundamento, contrastan otra entre ellos y los socialdemócratas. Si se quisieran sacar todas las conclusiones necesarias, esto nos daría el programa de un restablecimiento de la vieja socialdemocracia tal cual era antes de agosto de 1914, con todas sus consecuencias. Si rechazamos toda adaptación dogmática de la revolución en las condiciones que puedan presentarse en el transcurso de las semanas y meses próximos (lo cual conduce, prácticamente, a las tendencias putschistas), nos mantenemos fieles en nuestra lucha contra putschismo, a nuestra tarea fundamental: formar un partido comunista revolucionario, activo, irreductible, que se oponga a todas las agrupaciones proletarias reformistas y centristas. Kurt Geyer coloca dogmáticamente la revolución en un futuro indefinido, y hace cábalas en el sentido de un acercamiento a los centristas. ¿Puede dudarse que esta «perspectiva» lleva a Geyer y a los que compartan sus ideas muchos menos lejos de lo que ellos creen? L.T.

4 Un gracioso me «contradijo» en el congreso diciendo que no se podía mandar a la clase obrera como a un ejército. Es igual. Yo he tratado de demostrar que no se podía mandar al Ejército rojo de la manera que ciertos políticos han querido mandar sobre la clase obrera. L.T.

Ascenso y caída de la Internacional Comunista

Ted Grant

La Tercera Internacional oficialmente está enterrada. Ha desaparecido del escenario de la historia de la forma más indigna y despreciable posible de concebir. A toda prisa, sin consultar a los partidos adheridos a ella, por no hablar de las bases en todo el mundo, sin ningún tipo de discusión ni decisión democrática, Stalin ha abandonado pérfidamente a la Comintern debido a la presión del imperialismo estadounidense.

Para comprender cómo esta organización, que despertó el terror y el odio de todo el mundo capitalista, a petición del capitalismo ha tenido un final tan poco glorioso, es necesario volver brevemente al tormentoso ascenso y al aún más tortuoso declive de la Internacional. El decreto de su disolución sólo fue un reconocimiento de lo que desde hacía tiempo ya era conocido por muchos; que la Internacional Comunista como un factor activo hacia el socialismo mundial estaba muerta y que se había apartado definitivamente de sus objetivos y propósitos iniciales. Su fallecimiento ya fue pronosticado y previsto por adelantado.

La Tercera Internacional surgió a partir del colapso del capitalismo en la pasada guerra (Primera Guerra Mundial). La Revolución Rusa desató una oleada de entusiasmo revolucionario en las filas de la clase obrera de todo el mundo. Para las masas, cansadas de la guerra, desilusionadas y amargadas, llegó como un mensaje de esperanza, de inspiración y de valor. Mostraba la salida del caos en que el capitalismo había sumido a la sociedad. Nació como una consecuencia directa de la traición y derrumbamiento de la Segunda Internacional, que apoyó a las clases dominantes en la Primera Guerra Mundial y que, de forma aún más traidora, sabotó y destruyó las revoluciones que estallaron al final de la anterior guerra

mundial. Las revoluciones en Alemania, Austria, Hungría y los acontecimientos revolucionarios en Italia, Francia e incluso Inglaterra, demostraron la crisis del capitalismo. El fantasma de la revolución socialista se cernía sobre toda Europa. Las memorias y escritos de casi todos los políticos burgueses de esa época testimonian la desesperación, la falta de confianza de la burguesía frente a la revolución, el reconocimiento del hecho de que habían perdido el control de la situación.

La socialdemocracia salvó al capitalismo. Las poderosas burocracias de los sindicatos y los partidos socialistas se colocaron a la cabeza de los levantamientos de las masas y las desviaron por cauces seguros. En Alemania, Noske y Scheidemann, conspiraron con los Junkers (oficiales prusianos, el ala más reaccionaria del ejército alemán) y los capitalistas para destruir la revolución. Los soviets de obreros, soldados y campesinos, marineros e incluso estudiantes, que surgieron de la revolución de noviembre de 1918 tenían el poder en sus manos. Los socialdemócratas devolvieron el poder a los capitalistas. Gradual, lenta y pacíficamente, tal y como lo decían sus concepciones teóricas, llegarían a transformar el capitalismo en socialismo. En Italia, en 1920, los trabajadores habían tomado las fábricas. En vez de dirigir a los trabajadores hacia la toma del poder, el partido socialista les pidió no siguieran adelante con procedimientos “inconstitucionales”. Y así fue en toda Europa. Los resultados de este programa son ahora evidentes. La peor tiranía y la guerra más sangrienta de la historia del capitalismo.

Pero precisamente debido al colapso del socialismo internacional en la Internacional Socialista, que había traicionado al marxismo, se formó la Tercera Internacional. Desde el comienzo de la pasada guerra (1a Guerra Mun-

AS

49

dial), Lenin, valientemente, hizo un llamamiento para la formación de la Tercera Internacional. La Tercera Internacional se constituyó formalmente en marzo de 1919. Los fines y proyectos que declaraba tener eran la destrucción del capitalismo mundial y la construcción de una serie de repúblicas socialistas soviéticas unidas y federadas con la URSS, a la que no se concebía como una entidad independiente, sino simplemente como la base de la revolución mundial. Su destino estaría determinado por el desarrollo de la revolución mundial.

La formación de la Tercera Internacional llevó rápidamente a la creación de fuertes partidos comunistas en los países más importantes del mundo. En Alemania, Francia, Checoslovaquia y otros países se formaron partidos comunistas que agrupaban a las masas. En Gran Bretaña se formó un pequeño partido comunista con una considerable influencia. El éxito de la revolución mundial en el siguiente período parecía asegurado por el desarrollo de los acontecimientos. Los partidos comunistas en Europa crecían constantemente en número e influencia, a costa de la socialdemocracia.

La pasada guerra (I GM) no había conseguido resolver ninguno de los problemas del capitalismo mundial. De hecho, los había agravado. El capitalismo se había roto por su “eslabón más débil”, como lo expresó Lenin. Los intentos de destruir a la joven república soviética con las guerras de intervención fracasaron por completo. El capitalismo alemán, el más poderoso de Europa, se encontró privado de sus recursos, de parte de su territorio, endeudado por el pago de las compensaciones de guerra y en general, estaba en una situación insostenible. Los imperialismos francés y británico, “vencedores” en la última guerra mundial no se encontraban, en lo fundamental, en una posición mucho mejor.

Alentadas por la revolución rusa, las masas de los países coloniales y semicoloniales se estaban levantando y preparándose para la rebelión. En los países imperialistas las masas estaban inquietas y descontentas, además la posición económica del imperialismo anglo-francés había empeorado considerablemente frente al capitalismo japonés y estadounidense.

En este contexto internacional, se desató la crisis en Alemania de 1923. Alemania, con su enorme capacidad productiva, se encontraba paralizada por las restricciones que le imponía el tratado de Versalles y se había transformado en el eslabón más débil en la cadena del capitalismo mundial. El impago de Alemania de los plazos de pago de las compensaciones por la guerra, tuvo como resultado la invasión del Rhur por parte de los capitalistas franceses. Esto contribuyó a completar el colapso de la economía alemana y la burguesía alemana se dispuso a descargar todo el peso de la crisis sobre los hombros de la clase trabajadora y las capas medias. El marco se devaluó frente a la libra, en enero su valor pasó de 20 a 40, en julio a 5 millones y a 47 millones a finales de agosto. Las masas alemanas indignadas giraron hacia el comunismo. Como declaró Brandler, entonces dirigente de la Internacional Comunista, en la reunión del Comité Ejecutivo de la Comintern:

“Había síntomas de un movimiento revolucionario en ascenso. Temporalmente, tuvimos a la mayoría de los tra-

bajadores detrás nuestra y en esta situación creímos que, en circunstancias favorables, podríamos pasar inmediatamente al ataque...”

Pero desgraciadamente la dirección de la Internacional no estuvo a la altura de las circunstancias y no aprovechó la oportunidad que se le presentó. La victoria de la revolución habría conducido inevitablemente al triunfo de la revolución en toda Europa. Pero, como había sucedido en Rusia en 1917, y volvió a suceder en Alemania en 1923, sectores de la dirección se mostraron vacilantes. Stalin, con su oportunismo orgánico, ordenó que se “evitase” que el partido alemán emprendiera cualquier acción. El resultado fue la pérdida de una oportunidad favorable para la toma del poder en Alemania y la derrota que sufrieron los comunistas en este país. Por razones similares también fracasó la revolución en Bulgaria.

Pero las derrotas de la revolución en Europa, debido a los fallos de dirección, tuvieron inevitablemente graves consecuencias. Como había escrito Lenin cuando planteó en 1917 la necesidad de prepararse para la insurrección en Rusia:

“El triunfo de la revolución rusa y mundial depende de dos o tres días de lucha”.

El fracaso de la revolución mundial y el aislamiento de la Unión Soviética, junto a su atraso, el cansancio y la apatía de las masas soviéticas que habían pasado por años de guerra, privaciones y sufrimientos terribles durante la guerra civil y la intervención extranjera, su desilusión y desmoralización ante el fracaso de sus esperanzas de ayuda por parte de los trabajadores de Europa; todo esto fortaleció, inevitablemente, a la reacción dentro de la misma URSS.

En ese momento, representando quizás de forma inconsciente los intereses de la burocracia conservadora y reaccionaria que comenzaba a elevarse por encima de las masas soviéticas, por primera vez en 1924, Stalin apareció con la teoría utópica y antileninista del socialismo en un solo país. Esta “teoría” procedía directamente de la derrota que había sufrido la revolución alemana. Indicaba un alejamiento de los principios del internacionalismo revolucionario sobre el que se había basado la revolución rusa y sobre el cual se fundó la Internacional Comunista.

Stalin, en el funeral de Lenin en enero de 1924, dejándose llevar por la costumbre habito de seguir las tradiciones de la revolución rusa, declaró lo siguiente: “Al dejarnos, el camarada Lenin nos ha dejado la fidelidad a la Internacional Comunista. Te juramos camarada Lenin, dedicar nuestras vidas a la ampliación y fortalecimiento de la unión de los trabajadores de todo el mundo y a la Internacional Comunista”. En ese momento, él no tenía la menor idea de adonde llevaría a la Unión Soviética y a la Comintern la teoría del socialismo en un solo país.

La historia de la Internacional Comunista desde esos días ha estado estrechamente unida a la política fluctuante de la burocracia de la URSS. Lenin había unido insistentemente el destino de la Unión Soviética con el de la clase obrera mundial, y principalmente, con su vanguardia, la Internacional Comunista.

Hasta el juramento del Ejército Rojo comprometía a los soldados rojos a mantener su lealtad hacia la clase obrera

internacional. Claro que el Ejército Rojo no era una fuerza “nacional” independiente, era un instrumento más de la revolución mundial. Evidentemente, Stalin desde hace tiempo ha cambiado todo esto.

Trotsky, junto con Lenin, que en sus últimos años de vida veía con alarma la situación que se estaba creando en la URSS, ya había comenzado la lucha contra la burocratización del Partido Bolchevique y del Estado soviético en 1923. Lenin ya había advertido de los peligros de degeneración que amenazaban al estado soviético.

En un contexto de auge de la reacción, tanto nacional como internacionalmente, la lucha entre los internacionalistas y los thermidorianos entró en una etapa aguda. Trotsky, en alianza con Lenin, pedía la restauración total de la democracia en el seno del Partido Bolchevique y los soviets. Con este objetivo Lenin pidió el relevo de Stalin del puesto de secretario general del partido, ya que éste se había convertido en el punto focal alrededor del cual cristalizaba la burocracia. Tras la muerte de Lenin, Zinoviev, Kámenev y Stalin —la “troika”—, consiguieron que el Comité Central tomara una decisión que no recogía los consejos de Lenin y comenzaron una campaña contra las ideas de Lenin que estaba defendiendo Trotsky, en esta campaña “la troika” recurrió a leyendas e invenciones espurias sobre el “trotskismo”.

El destino de la Internacional Comunista estaba unido al destino del Partido Bolchevique de la Unión Soviética, que a través de su prestigio y experiencia era de forma natural la fuerza dominante en la Internacional. La transición desde la política de la revolución mundial a la del socialismo en un solo país representaba un profundo giro a la derecha de la Internacional Comunista.

En Rusia, Zinoviev y Kámenev se vieron obligados a oponerse a la política antimarxista que por entonces desarrollaba Stalin. Formaron una alianza con Trotsky y sus

seguidores. Stalin, junto con Bujarin, se opuso a la política de industrialización en Rusia a través de una serie de planes quinquenales que había propuesto la Oposición de Izquierdas dirigida por Trotsky, Stalin respondió en el plenario del Comité Central en abril de 1927 con su famoso aforismo: “el intento de construir la planta hidroeléctrica de Dnioporstroy para nosotros sería lo mismo que comprar un gramófono al mujik en lugar de una vaca”.

Todavía a finales de 1927, durante la preparación de XV Congreso del partido, cuya tarea era expulsar a la Oposición de Izquierdas, Molotov dijo repetidamente: “No tenemos que caer en las ilusiones de los campesinos pobres sobre la colectivización en masa. No es posible en las circunstancias actuales”. En el interior de Rusia la política fue la de permitir un pleno desarrollo de los kulaks (campesinos ricos) y a los nepistas (capitalistas urbanos). Esta política está perfectamente reflejada en la consigna acuñada por Bujarin, con el pleno apoyo de Stalin, dirigida hacia el campesinado: “¡Enriqueceos!”

La política de la Internacional Comunista giraba aún más a la derecha con la preocupación de Stalin por encontrar aliados para “la defensa de la Unión Soviética de un ataque”. La Internacional Comunista ya se estaba quedando reducida al papel de guardia fronterizo. Los desacuerdos dentro del Partido Bolchevique y de la Internacional aparecieron con la cuestión de la revolución china y la situación en Gran Bretaña. En China, durante 1925-1927, la revolución estaba provocando el levantamiento de millones de personas en Asia. La Internacional Comunista, en lugar de confiar en los trabajadores y los campesinos para llevar adelante la revolución, como fue la política leninista en Rusia, prefirió confiar en los capitalistas y generales chinos. La Oposición de Izquierdas advirtió de las consecuencias que tendría esta política. El Partido Comunista Chino era el único partido obrero en China y tenía una in-



La torre que Vladimir Tatlin había diseñado para la Internacional Comunista nunca se llegó a construir

fluencia dominante entre la clase obrera; el campesinado miraba el ejemplo de Rusia que les demostraba una salida a los siglos de sufrimiento que habían sufrido en manos de los terratenientes a través de la ocupación de tierras. Pero la IC se negó tenazmente a tomar el camino de la independencia de la clase obrera, camino en el que siempre había insistido Lenin como un requisito previo para una política comunista con relación a las revoluciones democrático-burguesas y anti-imperialistas en oriente.

Mientras tanto, en Gran Bretaña se seguía una política similar, aquí las masas estaban en medio de un proceso de intensa radicalización. Como una forma de hacer frente a una invasión contra la Unión Soviética, los sindicatos rusos hicieron un pacto con el secretario general del Consejo Sindical del TUC. En Gran Bretaña existía una tendencia hacia acontecimientos revolucionarios y se puede ver en el hecho de que un millón de militantes, la cuarta parte de la militancia sindical, estaban organizados en el Movimiento Minoritario (ala de izquierdas de los sindicatos británicos impulsada por el Partido Comunista en los años veinte). Trotsky analizó la situación en Inglaterra y pronosticó el estallido de la huelga general. La tarea del Partido Comunista y de la IC tendría que haber sido preparar a los trabajadores para la inevitabilidad de una traición por parte de la dirección sindical. En su lugar, sembraron ilusiones en las mentes de los trabajadores, especialmente cuando los burócratas sindicales se escudaron en el acuerdo con los sindicatos rusos y que utilizaron como una capa. Tras la traición de la huelga general por parte la burocracia sindical, Trotsky exigió que los sindicatos rusos rompieran relaciones con el TUC. Stalin y la IC se negaron.

Después de utilizar durante el tiempo necesario el Comité Anglo-Ruso, más de un año después de la huelga general, la burocracia sindical rompió las relaciones. La IC gritó a los cuatro vientos que la habían traicionado. Pero mientras tanto, el joven Partido Comunista de Gran Bretaña, que debería haber aumentado su militancia a pasos agigantados gracias a estos grandes acontecimientos, se quedó paralizado y desorientado con la política de la Internacional, quedó totalmente desacreditado y su influencia entre las masas se debilitó.

Estas nuevas derrotas de la IC, consecuencia directa de la política de Stalin y la burocracia, a primera vista, paradójicamente, aumentaron el poder de la burocracia dentro de la Unión Soviética. Las masas soviéticas estaban cada vez más desmoralizadas y desilusionadas con estas nuevas derrotas del proletariado internacional y su moral seguía disminuyendo. Las derrotas, que habían sido una consecuencia directa de la política de Stalin y la burocracia, fortalecieron aún más la posición de ésta en la Unión Soviética. La Oposición de Izquierdas, dirigida por Trotsky, que había analizado y previsto correctamente estos procesos, fue expulsada en esta época del Partido Bolchevique y de la Internacional.

Los resultados internos de la política de Stalin, comenzaron a dar su fruto en el alarmante crecimiento de la fuerza e influencia de los kulaks y los nepistas. La Unión Soviética se encontraba al borde del desastre. Aterrorizados, Stalin y la burocracia se vieron obligados a adoptar una caricatura de la misma política por lo cual habían ex-

pulsado a Trotsky y sus seguidores. En Rusia se pusieron en práctica los Planes Quinquenales contra los que Stalin había luchado tan enérgicamente. Gracias a la producción planificada la Unión Soviética consiguió sus grandes éxitos y sobre las que actualmente se basa la URSS para su participación en la guerra.

Mientras tanto, el giro interno hacia la izquierda provocado por el terror, se reflejó en un giro aterrorizado hacia la izquierda a nivel internacional. Stalin se había pillado los dedos en sus intentos de apoyarse en elementos capitalistas en China y de conciliación con la socialdemocracia. Ahora, bruscamente, llevó a la internacional en la dirección contraria. La Internacional, violando sus estatutos, llevaba cuatro años sin celebrar un congreso. Se convocó un nuevo congreso el que se presentó oficialmente el programa del socialismo en un solo país como programa de la Internacional Comunista. También proclamó el final de la estabilidad capitalista y el comienzo de lo que se llamó el “tercer período”. Este “tercer período” su suponía que desembocaría en el colapso final del capitalismo mundial. Al mismo tiempo, la socialdemocracia, según la una vez famosa (pero ahora enterrada) teoría de Stalin, se había transformado en el “socialfascismo”. Ya no era posible llegar a un acuerdo con los “socialfascistas”, que constituían el principal peligro al que se enfrentaba la clase obrera y había que destruirlo.

Fue precisamente en este período cuando la depresión sin precedentes de 1929-1933 afectó a todo el mundo. En particular, golpeó a Alemania. Los trabajadores alemanes se encontraron en una situación de degradación y miseria, y las clases medias estaban arruinadas. Las cifras de desempleo en Alemania aumentaban constantemente hasta que alcanzaron los 8 millones de parados. La clase media, al no recibir nada de la revolución de 1918 y desengañada con el fracaso de los comunistas en 1923 que no consiguieron tomar el poder, presa de la angustia y la desesperación, comenzó a buscar una solución a sus problemas en una dirección distinta. Ayudados y financiados por los capitalistas, los fascistas comenzaron a asegurarse una base de masas en Alemania. En las elecciones de septiembre de 1930 consiguieron cerca de 6 millones y medio de votos.

A pesar de su expulsión de la IC, Trotsky y sus seguidores todavía se consideraban parte de ella y pedían insistentemente que se les permitiera volver a sus filas. Al mismo tiempo, sometieron a una dura crítica la teoría suicida adoptada por la Internacional Comunista. En su lugar, defendían el regreso a la política leninista realista del frente único como único medio de ganar a las masas para la acción y a través de su propia experiencia, al comunismo.

Con la victoria de Hitler en las elecciones, Trotsky dio la señal de alarma. En un folleto titulado: *El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania*, lanzó la señal de salida para la campaña que durante tres años llevado adelante la Oposición de Izquierdas de la Comintern, así es como se consideraban los trotskistas. En Alemania, Francia, EEUU, Inglaterra, en la lejana Sudáfrica y en todos los países donde tenían grupos, los trotskistas llevaron a cabo una campaña para exigir que el Partido Comunista Alemán emprendiera una campaña a favor del

frente único con los socialdemócratas para evitar que Hitler llegara al poder.

Bajos las instrucciones directas y el asesoramiento de Stalin y la IC, el Partido Comunista Alemán denunció esta política como “contrarrevolucionaria y socialfascista”. Lucharon insistentemente contra la socialdemocracia a la que consideraban el “principal enemigo” de la clase obrera y planteaban que no existía ninguna diferencia entre democracia y fascismo. En septiembre de 1930, Rote Fahne (Bandera Roja), el órgano del Partido Comunista Alemán proclamaba lo siguiente: “Anoche fue el gran día de Herr Hitler, pero la victoria electoral de los nazis es el principio del fin”.

Durante estos años la IC continuó con su funesto rumbo. Cuando Hitler organizó un referéndum en 1931 para derribar al gobierno Socialdemócrata de Prusia, ante la insistencia directa de Stalin y la IC, los comunistas alemanes votaron con los nazis en contra de los socialdemócratas. Todavía en mayo de 1932, el Daily Worker británico acusaba de esta manera a los trotskistas por su política en Alemania:

“Resulta significativo que Trotsky haya salido en defensa del frente único entre los partidos comunistas y socialdemócratas en contra del fascismo. En un momento como el actual no se podría haber dado una dirección de clase más perjudicial y contrarrevolucionaria”.

Mientras tanto, Trotsky había escrito cuatro folletos, docenas de artículos y manifiestos, en todas partes los trotskistas aprovechaban cualquier oportunidad para presionar a la IC para que ésta cambiara de política. En enero de 1933 Hitler pudo tomar el poder sin la más mínima oposición organizada en un país que contaba con la clase obrera más organizada y con el Partido Comunista más fuerte, exceptuando el de Rusia. Por primera vez en la historia, la reacción pudo conquistar el poder sin ninguna resistencia por parte de la clase trabajadora. El Partido

Comunista Alemán contaba con 6 millones de seguidores, la socialdemocracia con 8 millones. Juntos eran la fuerza más poderosa de Alemania.

El Partido Comunista Alemán se condenó para siempre con esta traición. Pero la IC estaba lejos de reconocer la naturaleza de la catástrofe. En su lugar, apoyó solemnemente la política del Partido Comunista Alemán y de la Internacional después de considerarla perfectamente correcta.

Una organización que no puede aprender de las lecciones de la historia está condenada. Como fuerza en la lucha por el socialismo mundial la IC estaba muerta. La Oposición Internacional de Izquierdas rompió con ella y proclamó la necesidad de una nueva Internacional. Pero lo que era evidente para la vanguardia que había abandonado cualquier intento de reformar la IC, no era tan evidente para las masas. Sólo podrían aprenderlo a través de los grandes acontecimientos.

La IC continuó aplicando esta política errónea hasta 1934. Cuando los fascistas franceses, animados por los éxitos del fascismo en Austria y Alemania encabezaron manifestaciones armadas para derribar el gobierno liberal y el parlamento, el Partido Comunista dio la orden de manifestarse junto a ellos. Pero ahora el peligro que Hitler representaba para la Unión Soviética era evidente para todo el mundo. Stalin y la burocracia estaban aterrorizados. Stalin, desdeñoso y cínico con la capacidad de la IC como instrumento de la revolución mundial, la convirtió aún más abiertamente en un instrumento de la política exterior soviética. Una organización en la sociedad de clases que deja de representar a la clase obrera, inevitablemente, cae bajo la presión e influencia de la burguesía, Stalin en busca de aliados giró hacia la burguesía de Gran Bretaña y Francia. La política del Frente Popular se inició y se aprobó en el último congreso de la Internacional celebrado en 1935. Esta política de coalición con los capitalistas libera-



Karl-Liebknecht-Haus, sede central del KPD 1926-33

les estaba en contra de la política por la que había luchado Lenin durante toda su vida. Representaba una nueva etapa en la degeneración de la IC y del primer estado obrero.

Con el ascenso de Hitler, de nuevo gracias a la política de Stalin, se afianzó aún más la burocracia en la Unión Soviética. Las casta burocrática se ha elevado cada vez más por encima de las masas soviéticas y ha aumentado su poder. Pero esta degeneración progresiva ha sufrido también cambios cualitativos. De ser simplemente incapaz de asegurar otra cosa que no fuera la derrota de la clase obrera mundial, el estalinismo se ha opuesto a la revolución proletaria en otros países. Los Procesos de Moscú, el asesinato de los viejos Bolcheviques, las purgas, el asesinato y el exilio de decenas de miles de la flor y nata de los trabajadores comunistas rusos, completaron la contrarrevolución estalinista dentro de la Unión Soviética.

Los acontecimientos en Francia y España están todavía frescos en la cabeza de todo revolucionario. La IC jugó el papel principal en la destrucción de una revolución que podría haber triunfado. En realidad, se ha revelado como la vanguardia combatiente de la contrarrevolución. Las derrotas de la clase obrera mundial condujeron, inevitablemente, a la guerra mundial. Irónicamente, la guerra se inició con un pacto entre Hitler y Stalin. Así, Stalin asestó un nuevo golpe a la clase obrera mundial y a la IC. Después dio un nuevo vuelco y emprendió una campaña por la paz en interés de Hitler, con un habilidoso disfraz de política “revolucionaria”. Como Trotsky dijo en su predicción del pacto Stalin-Hitler en un artículo escrito en marzo de 1933:

“El rasgo fundamental de la política internacional de Stalin en los últimos años ha sido el siguiente: comercia con los movimientos de clase obrera cómo comercia con el petróleo, el manganeso y otras mercancías. En esta frase

no hay un ápice de exageración. Stalin trata a las secciones de la IC en los diferentes países y a la lucha de liberación de las naciones oprimidas como si fueran calderilla en las negociaciones con las potencias imperialistas... cuando tiene que apoyar a China contra Japón, somete al proletariado chino al Kuomintang. ¿Qué haría en el caso de un pacto con Hitler? Por cierto, Hitler no tiene ninguna necesidad particular de conseguir la ayuda de Stalin para estrangular al Partido Comunista Alemán. La situación insignificante en la que se encuentra el partido es la consecuencia de toda su política anterior. Pero es muy probable que Stalin llegue a un acuerdo para cortar cualquier ayuda para el trabajo clandestino en Alemania. Esta es una de las concesiones secundarias que tendría que realizar y, sin duda, estará bastante dispuesto. También podemos estar seguros de que la campaña ruidosa, histérica y hueca contra el fascismo que lleva adelante la IC desde hace unos años, va a silenciarse de una forma hábil y solapada”.

La política de Stalin y el “cadáver corrupto” de la Comintern se arruinó irremediablemente cuando los nazis invadieron la Unión Soviética. La IC tuvo que dar un giro de ciento ochenta grados y convertirse de nuevo en el felpudo del imperialismo británico y Roosevelt. Pero con el aumento de la dependencia de Stalin del imperialismo estadounidense y británico, también aumentaba la presión de los “aliados” capitalistas. El imperialismo estadounidense, particularmente, ha pedido la disolución de la Comintern como garantía final frente al peligro de la revolución social en Europa después de la caída de Hitler.

Ya se ha terminado esta prolongada agonía. Stalin ha disuelto la degenerada Comintern. Al hacerlo, ha proclamado abiertamente su cambio de campo, al de la contrarrevolución capitalista en lo que concierne al resto del mundo. Sin embargo, los imperialistas que obligaron a Stalin a este intercambio a cambio de concesiones y negocios por su parte, no han comprendido las consecuencias que esto tendrá.

De ninguna manera van a poder abortar las nuevas revoluciones que estallarán por todo el mundo. En menos de dos décadas desde que comenzó su degeneración, la Comintern ha arruinado muchas situaciones favorables para la revolución en muchos países. Las décadas venideras serán testigo de muchas revoluciones que llevarán al colapso y la desintegración del capitalismo.

La época de entreguerras, aunque fue una época de convulsiones violentas, pronto será considerada como una época tranquila en comparación con el período venidero. En un ambiente de insurrecciones y tormentas sociales, se volverá a construir un verdadero instrumento de la revolución mundial. Durante las últimas décadas los obreros, excepto en Rusia, han carecido de un partido y dirección bolcheviques. Volverán los magníficos días de la Internacional Comunista de 1917-1923.

El crecimiento del apoyo internacional a las ideas del marxismo, basadas en las tradiciones del bolchevismo, la rica experiencia del pasado, aprendiendo de las derrotas de la clase obrera, una vez más llevará a los oprimidos hasta el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de una república socialista mundial.

Junio de 1943. ★



La filosofía revolucionaria del marxismo

Alan Woods

A continuación presentamos una introducción de Alan Woods a la última publicación de Marxist Books (EEUU), 'La filosofía revolucionaria del marxismo', una nueva selección de textos sobre materialismo dialéctico.

Me complació conocer el plan de los compañeros de la sección estadounidense de la CMI de publicar una antología de escritos básicos sobre filosofía marxista. Cada rama especializada de la actividad humana presupone un cierto nivel de comprensión y estudio. Esto se aplica tanto a la carpintería como a la neurocirugía. La idea de que podemos 'ir tirando' sin un cierto grado de aprendizaje contradice la experiencia cotidiana.

Si voy al dentista y me dice: "Nunca he estudiado odontología y no sé nada al respecto, pero abre la boca y lo intentaré", creo que saldría corriendo. Si estoy tengo problemas con mi calefacción central y un hombre viene a mi casa, saca un martillo de su bolsa y dice: "No sé nada sobre tuberías, pero muéstrame tu sistema de calefacción central y aprenderé mediante prueba y error", sin pensarlo dos veces, le echaría a patadas.

La mayoría de la gente no soñaría con expresar una opinión informada sobre la neurocirugía o la mecánica cuántica sin un conocimiento especializado en estos campos, pero las cuestiones parecen ser muy diferentes cuando se trata del marxismo. Parece que cualquiera puede expresar una opinión sobre el marxismo sin haber leído una sola línea de lo que realmente escribieron Marx y Engels. Esta afirmación se aplica también, de hecho, mucho más, a los llamados expertos académicos que escriben libros que atacan el marxismo, que muestran claramente que no han leído a Marx, o que si han leído un poco, no han entendido nada ni una palabra.

Esta situación es bastante lamentable, pero aún más lamentable es el hecho de que muchas personas que se llaman a sí mismos marxistas son igualmente ignorantes de los escritos de Marx y Engels. En mi experiencia, incluso muchas personas que se consideran cuadros marxistas rara vez se molestan en sondear las profundidades de la

teoría marxista en toda su riqueza y variedad. Con demasiada frecuencia simplemente patinan sobre la superficie, repitiendo sin pensar algunas consignas y citas fuera de contexto que han aprendido de memoria, cuyo contenido genuino sigue siendo un libro cerrado para ellos.

Muchos creen que saben lo que es el marxismo. Con el tiempo se han familiarizado con algunas de las ideas básicas. Pero lo que es familiar no se entiende, *precisamente porque es familiar*. Hace mucho tiempo leí algo que escribió Hegel que me impresionó profundamente. No puedo recordar dónde lo leí y estoy escribiendo de memoria: "*Aber was bekannt ist, ist darum noch nicht erkannt*" (Pero lo que se *sabe* no por ese motivo se *entiende*).

En ninguna parte es esta afirmación más clara que en el área muy importante de la filosofía. Con demasiada frecuencia se olvida que el marxismo comenzó como una filosofía, y el método filosófico del marxismo es de importancia fundamental para comprender las ideas de Marx y Engels.

Aquí, sin embargo, nos enfrentamos a una dificultad. El relato más sistemático de la dialéctica está contenido en los escritos de Hegel, en particular su obra masiva *La ciencia de la lógica*. Pero el lector pronto puede sentirse desanimado por la forma altamente inaccesible en la que Hegel expone sus ideas, "abstracto y abstruso", lo llamó Engels, mientras Lenin comentó que leer *La ciencia de la lógica* era la mejor manera de tener un dolor de cabeza.

Marx pretendía escribir una obra sobre el materialismo dialéctico para poner a disposición del lector general el núcleo racional del pensamiento de Hegel. Lamentablemente, murió antes de poder hacerlo. El infatigable compañero de Marx, Friedrich Engels, escribió una serie de estudios brillantes sobre filosofía dialéctica, entre ellos *Ludwig Feuerbach y Fin de la Filosofía Clásica Alemana*, *Anti-Dühring* y *La dialéctica de la naturaleza*.

El último trabajo mencionado estaba destinado a ser la base para un trabajo más largo sobre la filosofía marxista, pero desafortunadamente, Engels no pudo completarlo por el inmenso trabajo de terminar el segundo y tercer tomos del *Capital*, que Marx dejó sin terminar al momento de su

AS

55

muerte. Es cierto que, dispersos por las obras de Marx, Engels, Lenin, Trotsky y Plekhanov, se puede encontrar una gran cantidad de material sobre este tema, pero llevaría mucho tiempo extraer toda esta información.

Hace más de 20 años, en colaboración con mi compañero y maestro, Ted Grant, escribí un libro llamado *Razón y Revolución*. Que yo sepa, este fue el primer intento de aplicar el método del materialismo dialéctico a los resultados de la ciencia moderna desde que Engels escribió *La dialéctica de la naturaleza*. Pero la tarea de armar una exposición más o menos sistemática de la filosofía marxista aún está por hacerse.

Desde hace algún tiempo, planeo escribir una obra de filosofía marxista que, con suerte, presente las ideas de Hegel de una manera que sea más accesible para el lector general. Desafortunadamente, este trabajo se ha retrasado por otras tareas, principalmente la producción de la versión completa de *Stalin* de Trotsky. Espero completar esta tarea en un futuro no muy lejano. Mientras tanto, la presente antología será una ayuda inestimable para el estudiante del socialismo científico que desee adquirir una mejor comprensión de la filosofía marxista, y acojo su publicación con todo el entusiasmo posible.

LA DECADENCIA DE LA FILOSOFÍA MODERNA La actitud de la mayoría de las personas en estos días con respecto a la filosofía suele ser de indiferencia o incluso de desprecio. En lo que concierne a la filosofía moderna, esto es bastante com-

preensible. El jugar y preocuparse por el significado y la semántica se asemeja sorprendentemente a la atmósfera enrarecida y los debates complicados de los escolares medievales que discutían sin cesar sobre el sexo de los ángeles y cuántos ángeles podían bailar sobre la cabeza de una aguja.

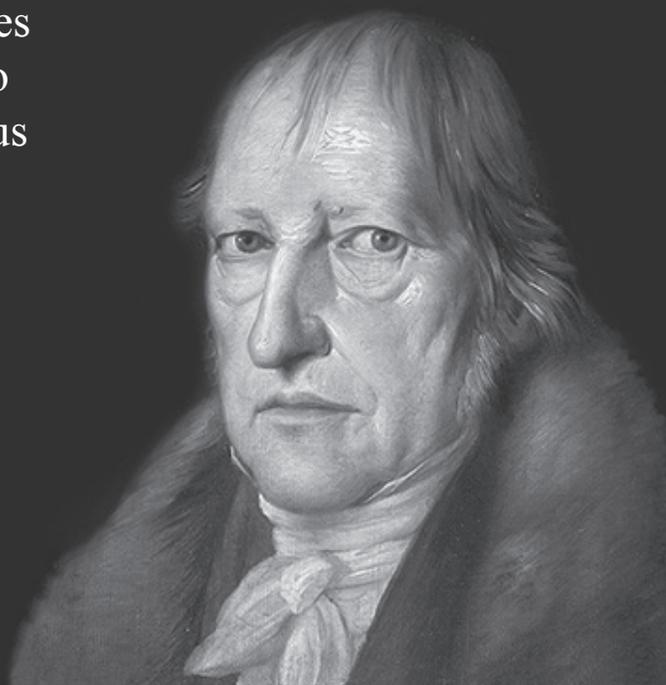
Durante el pasado siglo y medio, el reino de la filosofía se ha parecido a un árido desierto con solo el rastro ocasional de la vida. Uno buscará en vano en esta tierra baldía cualquier fuente de iluminación. Es difícil decir lo que es peor: las pretensiones intolerables del llamado posmodernismo, o el vacío obvio de su contenido. El tesoro del pasado, con sus antiguas glorias y destellos de iluminación parece completamente extinguido.

Con la última moda del llamado posmodernismo, la filosofía burguesa ha alcanzado su punto más alto. El exiguo contenido de esta tendencia no ha impedido que sus seguidores asuman los aires y las gracias más absurdos, acompañados por un arrogante desprecio por los grandes filósofos del pasado. Cuando examinamos el vacío de la filosofía moderna, las palabras de Hegel en el *Prefacio a la Fenomenología de la Mente* se nos vienen a la mente: “Por lo poco con que se puede satisfacer las necesidades del espíritu humano, podemos medir el alcance de su pérdida”.

El desprecio por la filosofía, o más bien, la completa indiferencia que la mayoría de la gente muestra hacia ella es muy merecida. Pero es desafortunado que al apartarse del pantano filosófico actual, las personas descuiden a los grandes pensadores del pasado que, en contraste con los charlatanes mo-

“Incluso el historiógrafo ordinario, “imparcial”, que cree y profesa que mantiene una actitud simplemente receptiva; entregándose solo a los datos que se le proporcionaron, no es en modo alguno pasivo en lo que respecta al ejercicio de sus poderes de pensamiento.”

—Hegel



dermos, eran gigantes del pensamiento humano. Uno puede aprender mucho de los griegos, Spinoza y Hegel, que fueron pioneros, que prepararon el camino para los brillantes logros de la filosofía marxista y pueden ser considerados como una parte importante de nuestra herencia revolucionaria.

EMPIRISMO VERSUS DIALÉCTICA El mundo anglosajón en general ha demostrado ser notablemente impermeable a la filosofía. En la medida en que poseen alguna filosofía, los estadounidenses y sus primos ingleses han limitado el alcance de su pensamiento a los estrechos límites del empirismo y su alma gemela, el pragmatismo. Las generalizaciones amplias de un carácter más teórico siempre se han considerado con algo parecido a la sospecha.

La filosofía es un pensamiento abstracto, pero las generalizaciones filosóficas son ajenas a la tradición anglosajona. La tradición empirista es impaciente con las generalizaciones. Constantemente exige lo concreto, los hechos, pero al limitarse a este enfoque estrecho, constantemente pierde el bosque para los árboles.

En su día, el empirismo jugó un papel muy progresista e incluso revolucionario en el desarrollo del pensamiento y la ciencia humanos. Sin embargo, el empirismo es útil solo dentro de ciertos límites. A finales del siglo XVI y principios del XVII, la escuela empírica de pensamiento asociada con el nombre de Sir Francis Bacon ejerció una influencia contradictoria sobre los desarrollos posteriores.

Por un lado, al enfatizar la necesidad de observación y experimento, dio un estímulo a la investigación científica. Por otro lado, dio lugar a la estrecha perspectiva empirista que ha tenido un efecto negativo en el desarrollo del pensamiento filosófico, sobre todo, en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Esa peculiar aversión anglosajona a la teoría, la tendencia hacia el estrecho empirismo, la adoración servil de los “hechos” y una tenaz negativa a aceptar generalizaciones, ha dominado el pensamiento culto en Gran Bretaña y, por extensión, en los Estados Unidos, durante tanto tiempo que ha adquirido el carácter de un prejuicio arraigado.

Para el pensador empírico, nada existe excepto en su manifestación externa. Este pensamiento siempre examina las cosas en su individualidad, quietud y aislamiento, y termina examinando la idea de una cosa, y no la cosa en sí. La percepción sensorial se piensa en un nivel muy bajo y básico. Para propósitos cotidianos, tales formas de pensamiento pueden ser suficientes, pero para procesos más complejos, la estrechez del empirismo se convierte inmediatamente en un obstáculo para una mente que aspira a alcanzar la verdad.

Por verdad nos referimos al conocimiento humano que refleja correctamente el mundo objetivo, sus leyes y propiedades. En este sentido, no depende de un sujeto, como lo imaginaron el obispo Berkeley, Hume y los otros primeros representantes del empirismo inglés, quienes inevitablemente cayeron en el pantano del idealismo subjetivo.

LA EXIGENCIA DE “LOS HECHOS” Muchas personas solo se sienten seguras cuando pueden referirse a los *hechos*. Sin embargo, los “hechos” no se seleccionan a sí mismos. Se requiere un método definido que nos ayude a mirar más allá de lo que se da de manera inmediata y dejar al descubierto los procesos que se encuentran más allá de los “hechos”. A

pesar de las afirmaciones de lo contrario, es imposible proceder de los “hechos” sin ningún concepto preconcebido. Tal supuesta objetividad nunca ha existido y nunca existirá.

Al abordar los hechos, traemos nuestras propias concepciones y categorías con nosotros. Estas pueden ser conscientes o inconscientes, pero siempre están presentes. Aquellos que imaginan que pueden ir tirando sin una filosofía, como es el caso de muchos científicos, simplemente repiten inconscientemente la filosofía “oficial” actual del día y los prejuicios actuales de la sociedad en la que viven. Por lo tanto, es indispensable que los científicos, y las personas pensantes en general, se esfuercen por encontrar una manera coherente de ver el mundo, una filosofía coherente que pueda servir como una herramienta adecuada para analizar cosas y procesos.

Las conclusiones extraídas de la percepción sensorial son hipotéticas y exigen pruebas adicionales. Durante un largo período de observación, combinado con una actividad práctica que nos permite probar la corrección o no de nuestras ideas, descubrimos una serie de conexiones esenciales entre los fenómenos, que muestran que poseen características comunes y pertenecen a un género o especie en particular.

El proceso de la cognición humana procede de lo particular a lo universal, pero también de lo universal a lo particular. Por lo tanto, es incorrecto y unilateral contraponer lo uno al otro. El materialismo dialéctico no considera la inducción y la deducción como mutuamente incompatibles, sino como aspectos diferentes del proceso dialéctico de la cognición, que están inseparablemente conectados, y se condicionan mutuamente.

El razonamiento inductivo, en el último análisis, es la base de todo conocimiento, ya que todo lo que sabemos se deriva en última instancia de la observación del mundo objetivo y la experiencia. Sin embargo, en un examen más detenido, las limitaciones de un método estrictamente inductivo se vuelven claras. No importa cuántos hechos se examinen, solo se necesita una excepción para socavar cualquier conclusión general que hayamos sacado de ellos. Si hemos visto mil cisnes blancos y llegamos a la conclusión de que todos los cisnes son blancos, y luego vemos un cisne negro, nuestra conclusión ya no es válida.

En *La dialéctica de la naturaleza*, Engels señaló la paradoja de la escuela empírica, que imaginó que había eliminado la metafísica de una vez por todas, pero en realidad terminó aceptando todo tipo de ideas místicas.

“[Esta tendencia] que, exaltando la mera experiencia, trata el pensamiento con un desdén soberano... realmente ha ido al extremo más lejano de la vacuidad del pensamiento.”

En la *Introducción a la filosofía de la historia*, Hegel ridiculiza con razón a aquellos historiadores, demasiado comunes en Gran Bretaña, que pretenden limitarse a los hechos, presentando una fachada espúrea de “objetividad académica”, mientras dan rienda suelta a sus prejuicios:

“Debemos proceder históricamente, empíricamente. Entre otras precauciones debemos tener cuidado de no ser engañados por los historiadores profesos que... son impuntables con el mismo procedimiento del que acusan al filósofo, introduciendo invenciones *a priori* propias en los registros del pasado... Entonces podríamos anunciarlo como la primera condición que se debe observar, que debemos



Heráclito

adoptar fielmente todo lo que es histórico. Pero en tales expresiones generales, como “fielmente” y “adoptar”, reside la ambigüedad. Incluso el historiógrafo ordinario, “imparcial”, que cree y profesa que mantiene una actitud simplemente receptiva; entregándose solo a los datos que se le proporcionaron, no es en modo alguno pasivo en lo que respecta al ejercicio de sus poderes de pensamiento. Él trae consigo sus categorías, y ve los fenómenos presentados a su visión mental, exclusivamente a través de estos medios. Y, especialmente en todo lo que aspira al nombre de ciencia, es indispensable que la Razón no duerma, que la reflexión esté en pleno juego. Para aquel que mira al mundo racionalmente, el mundo a su vez presenta un aspecto racional. La relación es mutua. Pero los diversos ejercicios de reflexión, los diferentes puntos de vista, los modos de decidir la simple cuestión de la importancia relativa de los eventos (la primera categoría que ocupa la atención del historiador) no pertenecen a este lugar.”

Bertrand Russell, cuyos puntos de vista son diametralmente opuestos al materialismo dialéctico, hace una crítica válida de las limitaciones del empirismo, que sigue la misma línea que las observaciones de Hegel:

“Como regla general, la formulación de hipótesis es la parte más difícil del trabajo científico, y la parte en la que es indispensable una gran capacidad. Hasta ahora, no se ha encontrado ningún método que permitiera inventar hipótesis por regla. Por lo general, algunas hipótesis son un preliminar necesario para la recopilación de hechos, ya que la selección de hechos exige alguna forma de determinar su relevancia. Sin algo de este tipo, la mera multiplicidad de hechos es desconcertante.” (*La historia de la filosofía occidental*)

DIALÉCTICA El término “dialéctica” viene del griego *dialektike*, derivado de *dialegomai*, conversar o discutir. Originalmente, significaba el arte de la discusión, que puede

verse en su forma más alta en los diálogos socráticos de Platón.

Partiendo de una idea u opinión particular, generalmente derivada de las experiencias concretas y los problemas de la vida de la persona involucrada, Sócrates, paso a paso, mediante un riguroso proceso de argumentación, sacaría a la luz las contradicciones internas contenidas en la proposición original, mostraría sus limitaciones y llevaría la discusión a un nivel superior, con una proposición totalmente diferente.

Se avanza un argumento inicial, la tesis. A esto se responde con un argumento contrario: la antítesis. Finalmente, después de examinar la pregunta a fondo, diseccionándola para revelar sus contradicciones internas, llegamos a una conclusión en un nivel superior: la síntesis. Esto puede significar o no que las dos partes lleguen a un acuerdo, pero en el propio proceso de desarrollar la discusión en sí misma, se profundiza la comprensión de ambas partes y la discusión se desarrolla desde un nivel más bajo a uno más alto. Esta es la dialéctica de la discusión en su forma clásica.

La dialéctica es una visión dinámica de la naturaleza que libera el pensamiento humano del *rigor mortis* de la lógica formal. El primer exponente real de la dialéctica fue un hombre notable, el filósofo griego Heráclito (c. 544–484 aC). Su obra sobrevive hoy como una serie de breves pero profundos aforismos, como los siguientes:

“El fuego vive la muerte del aire, y el aire vive la muerte del fuego;

“El agua vive la muerte de la tierra, y la tierra vive la muerte del agua.

“Es lo mismo en nosotros lo que está vivo y muerto, dormido y despierto, joven y viejo; cada uno cambia de lugar y se convierte en el otro.

“Entramos y no entramos en la misma corriente; somos y no somos.”

Estas declaraciones parecían muy difíciles de entender, porque contradicen lo que se conoce como la visión del “sentido común” del mundo. Tan oscuros y paradójicos les parecieron a sus contemporáneos que le ganaron el apodo de “Heráclito el Oscuro”. No entendieron lo que estaba diciendo, pero él era totalmente indiferente ante su incompreensión y la trató con desprecio:

“Aunque esta palabra es verdadera cada vez más, los hombres son tan incapaces de entenderla cuando la escuchan por primera vez como antes de haberla escuchado... Pero a los demás hombres les pasa inadvertido cuanto hacen despiertos, igual que olvidan cuanto hacen dormidos.

“Los tontos, aunque oyen, son como sordos; a ellos se aplica el dicho que cuando están presentes están ausentes.”

Heráclito pudo ver lo que otros, que se basaban únicamente en la evidencia empírica de los sentidos, no podían. En una crítica devastadora del empirismo, escribió:

“Los ojos y los oídos son malos testigos para los hombres si tienen almas que no entienden su idioma.”

Por supuesto, todo nuestro conocimiento se deriva en última instancia de nuestros sentidos, pero la percepción sensorial solo puede contarnos una parte de la historia, y no necesariamente la parte más importante. Basta recordar que nuestros sentidos nos dicen que la Tierra es plana. Hegel, que tenía una opinión muy alta de Heráclito como

filósofo, escribió en su *Historia de la filosofía*: “Aquí vemos tierra. No hay ninguna proposición de Heráclito que no haya adoptado en mi *Lógica*”.

El psicólogo Carl Jung escribió: “El viejo Heráclito, que en verdad era un gran sabio, descubrió la más maravillosa de todas las leyes psicológicas: la función reguladora de los opuestos... Una carrera a contra-corriente, con lo que él quería decir que tarde o temprano, todo se encuentra con su opuesto” (*Dos ensayos sobre psicología analítica*).

En *Anti-Dühring* Engels da la siguiente valoración de la perspectiva dialéctica del mundo de Heráclito:

“Cuando nos paramos a pensar sobre la naturaleza, sobre la historia humana, o sobre nuestra propia actividad espiritual, nos encontramos de pronto con la imagen de una trama infinita de concatenaciones y mutuas influencias, en la que nada permanece en lo que era, ni cómo y dónde era, sino que todo se mueve y cambia, nace y perece. Vemos, pues, ante todo, la imagen de conjunto, en la que los detalles pasan todavía más o menos a segundo plano; nos fijamos más en el movimiento, en las transiciones, en la concatenación, que en lo que se mueve, cambia y se concatena. Esta concepción del mundo, primitiva, ingenua, pero esencialmente justa, es la de los antiguos filósofos griegos, y aparece expresada claramente por vez primera en Heráclito: todo es y no es, pues todo fluye, todo se halla sujeto a un proceso constante de transformación, sumido en constante devenir y perecer.

“...El movimiento es el modo de existencia de la materia. Nunca en ningún lugar ha habido materia sin movimiento, o movimiento sin materia, ni puede haberla.”

En su *Dialéctica de la Naturaleza* Engels escribe:

“Los cambios de forma del movimiento son siempre un fenómeno que se efectúa entre dos cuerpos por lo menos, uno de los cuales pierde una determinada cantidad de

movimiento de esta cualidad (por ejemplo, calor), mientras que el otro recibe la cantidad correspondiente de movimiento de aquella otra cualidad (movimiento mecánico, electricidad, descomposición química).

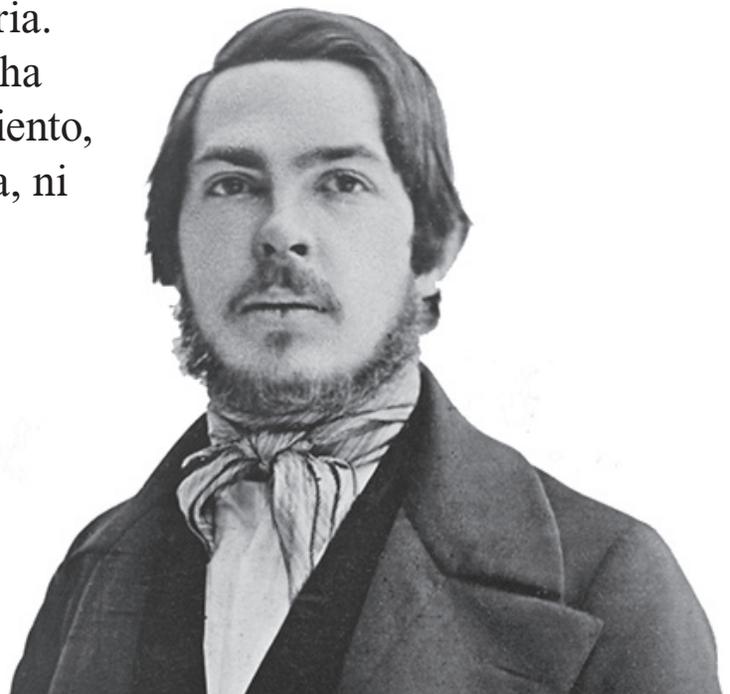
“La dialéctica llamada *objetiva* [materialista] domina toda la naturaleza, y la que se llama dialéctica subjetiva, el pensamiento dialéctico, no es sino el reflejo del movimiento a través de contradicciones que se manifiesta en toda la naturaleza, contradicciones que, en su pugna constante en lo que acaba siempre desapareciendo lo uno en lo otro que lo contradice o elevándose ambos términos a una forma superior, son precisamente las que condicionan la vida de la naturaleza.”

En *Socialismo Utópico y Científico*, Engels escribió: “se concibe todo el mundo de la naturaleza, de la historia y del espíritu como un proceso, es decir, en constante movimiento, cambio, transformación y desarrollo y se intenta además poner de relieve la íntima conexión que preside este proceso de movimiento y desarrollo”.

LA DIALÉCTICA HEGELIANA El método dialéctico aparece en los escritos de Heráclito en una forma embrionaria, sin desarrollar. Fue desarrollado en su máxima expresión por Hegel. Sin embargo, aparece aquí en una forma mística, idealista. Fue rescatado por los trabajos teóricos de Marx y Engels, quienes por primera vez mostraron el núcleo racional en el pensamiento de Hegel. En su forma científica-materialista, el método dialéctico nos proporciona una herramienta indispensable para comprender el funcionamiento de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano.

La gran obra maestra dialéctica de Hegel fue *La ciencia de la lógica*, cuya estructura, según él, era una abstracción de la historia de la filosofía. Se asemeja al proceso por

“El movimiento es el modo de existencia de la materia. Nunca en ningún lugar ha habido materia sin movimiento, o movimiento sin materia, ni puede haberla.”
—Engels



el que pasa la mente de un niño cuando comienza a recibir percepciones externas, comenzando con la categoría de “ser”, y de ahí, pasando a ideas más abstractas: Hegel habría dicho ideas concretas.

Pero el problema básico con *Ciencia de la Lógica* reside en la estructura de la obra en sí. Como idealista, Hegel intentó crear un sistema filosófico que, paso a paso a través de todos los procesos del pensamiento consciente, conduciría en última instancia a la Idea Absoluta, que Feuerbach, correctamente, vio como otro nombre más para Dios. Esa fue también la opinión de Lenin, que en sus *Cuadernos filosóficos* escribió: “La lógica de Hegel no puede ser aplicada en su forma dada, no puede ser tomada tal como se da. Es preciso separar de ella los matices lógicos (gnoseológicos), después de depurarlos de Ideenmystik [misticismo de las ideas]; esa es todavía una gran tarea”.

El carácter artificial del sistema filosófico de Hegel es comentado por Engels en una carta del 1 de noviembre de 1891 a Conrad Schmidt. Señaló que la estructura de la *Lógica* de Hegel es artificial, y que la transición de una categoría a otra se realiza a menudo de forma forzada. Lo hizo por medio de un juego de palabras: como en “*zugrunde gehen*”, perecen, para llegar a la categoría de “*Grund*”, razón, fundamento.

En cuanto a la Idea absoluta, Engels comentó irónicamente, el problema con esto es que Hegel no nos dice absolutamente nada al respecto. El intento de forzar lo que sin duda era una obra maestra del pensamiento dialéctico en la camisa de fuerza del idealismo significaba que la obra tenía con frecuencia un carácter forzado y arbitrario. Era, para citar a Engels una vez más, “un aborto colosal”.

Sin embargo, para el lector paciente, la *Lógica* de Hegel ofrece una gran cantidad de ideas profundas y gratificantes. A pesar de su carácter idealista y, a menudo, bastante oscuro, es posible discernir, como si fuera a través de un espejo distorsionado, el reflejo de la realidad material, no solo la historia de la filosofía, sino la historia de la sociedad y las leyes y procesos de la naturaleza en general. Para esto, es necesario leer a Hegel desde un punto de vista crítico y materialista, que fue lo que Lenin hizo en sus *Cuadernos filosóficos*.

LA LEY DE IDENTIDAD La inclusión en la presente antología del pequeño artículo brillante de Trotsky *El ABC de la dialéctica materialista* fue una decisión absolutamente correcta. Aquí, en pocas palabras, la esencia de la dialéctica se explica con una claridad impresionante. No es sorprendente que este artículo haya llevado a los críticos de la dialéctica a la rabia paroxística. En él, Trotsky desafía la base misma de las concepciones lógicas que han dominado la filosofía durante cientos de años: la ley de la identidad.

Las generalizaciones alcanzadas durante un largo período de desarrollo humano, algunas de las cuales se consideran axiomas, desempeñan un papel importante en el desarrollo del pensamiento y no se puede prescindir de ellas fácilmente. Las formas de pensamiento de la lógica tradicional desempeñan un papel esencial, estableciendo reglas elementales para evitar contradicciones absurdas y siguiendo una línea de argumentación internamente co-

herente, pero esta manera formalista de pensamiento es cierta solo dentro de ciertos límites.

La ley de identidad ($a = a$) es la suposición dogmática básica de toda lógica formal, y lo ha sido por más de 2.000 años. Es típica del pensamiento formal: vacío, rígido y abstracto. El pensamiento dialéctico, por el contrario, es concreto, dinámico y complejo en sus múltiples determinaciones: es el movimiento expresado en su forma más general.

En su libro *La metafísica*, Aristóteles desarrolló el principio de la no contradicción: “es imposible que, al mismo tiempo y bajo una misma relación, se dé y no se dé en un mismo sujeto, un mismo atributo”. Una extensión de la misma idea es el principio del tercero excluido: “Si lo que es falso es solo la negación de lo que es verdadero, será imposible que ambos sean falsos: uno de los dos lados de la contradicción debe ser cierto.”

Sin embargo, en otra de sus obras, el *Organon*, Aristóteles elaboró las leyes básicas de la dialéctica. Desafortunadamente, las ideas de Aristóteles han llegado principalmente a nosotros en la forma sin vida y escolástica en la que fueron “preservadas” por la Iglesia en la Edad Media, como un cadáver conservado en formaldehído. El Aristóteles de la lógica formal y el silogismo se conservaron de manera unilateral, pero el Aristóteles del *Organon* fue consignado al olvido.

Desde entonces, el formalismo lógico se ha utilizado generalmente como una especie de dispositivo escolástico, o “artificio”, como Kant observó correctamente, para evitar la realidad y, siguiendo los pasos de los escolásticos medievales, como una especie de “opio” para excavar profundamente en las supuestas “profundidades” del vacío lingüístico, donde disputan sin fin el significado de las palabras, al igual que los escolásticos se entretenían con interminables debates sobre el sexo de los ángeles.

El positivismo lógico, que dominó la filosofía anglosajona en el siglo XX con diferentes disfraces, fue un digno heredero de esta mala tradición del escolasticismo medieval, con su obsesión por la forma y las sutilezas lingüísticas. Para estas personas, la dialéctica es un libro cerrado con siete sellos. Su forma de pensar es completamente dogmática y formalista.

Realmente no hay diferencia entre llamarlo ley de identidad o principio de equivalencia. Al final $a = a$, es el mismo viejo dogma formal establecido por Aristóteles. Es posible que hayan cambiado las formas y las expresen como símbolos o cualquier otra cosa, pero el contenido sigue siendo lo que siempre fue: un cascarón vacío, o como Hegel lo puso “los huesos sin vida de un esqueleto”.

La ley de identidad establece muy claramente que una cosa dada es igual a sí misma (o auto-idéntica, en realidad no importa). Pero, como señala Trotsky, dado que las cosas en el mundo material están en un estado constante de cambio (fluyen constantemente, para utilizar el aforismo maravillosamente profundo de Heráclito), nunca son idénticas a sí mismas. Por lo tanto, la ley de identidad es, en el mejor de los casos, solo una aproximación tentativa. No puede capturar una realidad en constante cambio. Este es precisamente el talón de Aquiles de la lógica formal.

Todos los intentos de eliminar la contradicción de la lógica son el equivalente de intentar eliminar la contradicción

de la naturaleza misma, pero la contradicción es la base de todo movimiento, vida y desarrollo. La idea de que “todo fluye” ha sido confirmada brillantemente por los descubrimientos de la ciencia moderna, especialmente la física.

En el espacio de los últimos 100 años, más o menos, la física ha proporcionado una gran cantidad de evidencia para demostrar que el cambio y el movimiento son cualidades fundamentales de la materia. Engels afirmó que el movimiento es el modo de existencia de la materia, una brillante predicción. Pero Einstein fue mucho más lejos que eso. En 1905 demostró que la materia y la energía *son lo mismo*.

No es posible comprender la dinámica del mundo en el que vivimos, y mucho menos ser un revolucionario consciente, es decir, alguien que interviene activa y conscientemente en el proceso histórico, sin la ayuda del pensamiento dialéctico. El avance en el pensamiento científico asociado con la teoría del caos es una prueba abundante de esta afirmación.

COGNICIÓN La primera ley del materialismo dialéctico es la objetividad absoluta de la consideración: no ejemplos, no digresiones, sino la cosa en sí. La base de todo nuestro conocimiento es, por supuesto, la experiencia sensorial. Experimento el mundo a través de mis sentidos, y no puedo experimentarlo de ninguna otra manera. Este es el contenido esencial del empirismo.

Los primeros empiristas, Bacon, Locke y Hobbes, eran materialistas. Su grito de batalla fue: *Nihil est in intellectu quod non sit prius in sensu* (No hay nada en intelecto que no estuviera primero en los sentidos). Su insistencia en la percepción sensorial como la base de todo el conocimiento representó en su día un salto gigantesco en relación a la especulación vacía de los escolásticos medievales. Allaná el

camino para la rápida expansión de la ciencia, basada en la investigación empírica, la observación y el experimento.

Sin embargo, a pesar de su carácter tremendamente revolucionario, esta forma de materialismo era unilateral, limitada y, por lo tanto, incompleta. Tendía a considerar los hechos como aislados y estáticos. Llevado a su extremo, como lo hicieron Hume y Berkeley, condujo al idealismo subjetivo, que niega la existencia de una realidad material independiente del observador. Como lo dijo el obispo Berkeley: *Esse est percipi* (Ser es ser percibido).

La afirmación “Interpreto el mundo a través de mis sentidos” es correcta pero unilateral. Hay que añadir que el mundo existe independientemente de mis sentidos. De lo contrario, nos quedamos con la absurda proposición de que si cierro los ojos, el mundo deja de existir. Este argumento fue ampliamente demolido por Lenin en su obra maestra filosófica *Materialismo y empiriocriticismo*.

En realidad, el empirismo presenta la cognición de una manera muy superficial y unilateral. Hegel, cuyo idealismo objetivo está en contradicción directa con el idealismo subjetivo, hizo todo lo posible para demostrar que la cognición es un proceso que se desarrolla a través de diferentes etapas. De estas etapas, la percepción sensorial es la más baja, y se limita a la mera afirmación de que “es”.

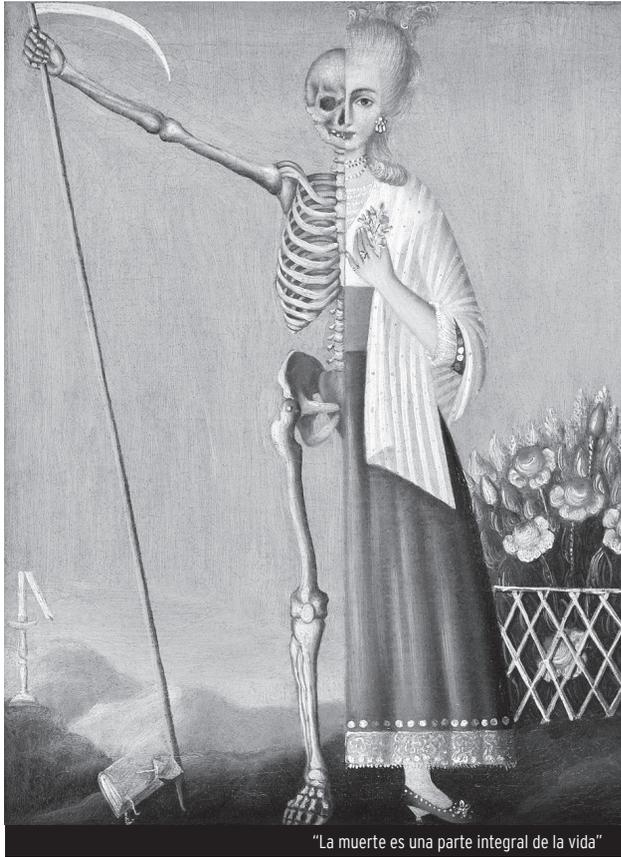
Pero esta concepción elemental entra inmediatamente en una serie de contradicciones, si se considera lo que se está analizando no como un átomo aislado, sino como un proceso de cambio constante, en el cual las cosas pueden transformarse en sus opuestos.

El proceso de cognición tiene dos elementos esenciales: un sujeto pensante y un objeto de pensamiento. En la *Fenomenología de la mente*, que Marx describió como “el viaje de descubrimiento de Hegel”, el gran dialéctico no

“Todo existe en el tiempo; la misma existencia es un proceso de transformación ininterrumpido; el tiempo es, en consecuencia, un elemento fundamental de la existencia. Así el axioma “A es igual a A” significa que una cosa es igual a sí misma si no cambia, es decir, si no existe.”

—Trotsky





tuvo la intención de analizar ni el uno ni el otro, sino de demostrar su unidad en el proceso del pensamiento. Era el propio pensamiento lo que se iba a examinar.

Sin embargo, el método de Hegel tenía una debilidad inherente. Como idealista, Hegel no partía del pensamiento humano real, concreto y sensual, sino de una abstracción idealista. En realidad, no pensamos solo con nuestra mente sino con todos nuestros sentidos, de hecho con todo nuestro cuerpo. Lo que vincula a los humanos con el mundo externo (naturaleza) no es el pensamiento abstracto sino el trabajo humano, que transforma la naturaleza y al mismo tiempo transforma a la humanidad misma.

Las posibilidades de la cognición sensorial son limitadas. El conocimiento de los fenómenos que están más allá del alcance de la sensación solo puede ser alcanzado a través del pensamiento abstracto, el pensamiento dialéctico. El objeto del pensamiento tiene un ser inherente, en alemán, *an sich*. El propósito del pensamiento es convertir este “ser en sí mismo” en “ser para nosotros”, es decir, pasar de la ignorancia al conocimiento.

No nos acercamos más a la verdad al compilar una masa de hechos. Cuando decimos “todos los animales” no asumimos que esto equivale a zoología. En *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, Hegel señaló que “es, de hecho, el deseo de una visión racional, no la ambición de amontonar un mero montón de requisitos, lo que debería presuponerse en todos los casos que impulsa la mente del alumno en el estudio de la ciencia”.

El poder del pensamiento radica precisamente en su capacidad de abstracción, su capacidad para excluir elementos particulares y llegar a generalizaciones que expresan los aspectos principales y más esenciales de un fenómeno dado. El paso inicial es meramente obtener un sentido del ser como un objeto individual. Esto, sin em-

bargo, demuestra ser imposible y nos obliga a profundizar más en el tema, revelando contradicciones internas que proporcionan el impulso para el movimiento y el cambio, en el que las cosas se convierten en su opuesto.

LA UNIDAD DE LOS OPUESTOS Para Hegel, la división del Uno y el conocimiento de sus partes contradictorias constituye la esencia de la dialéctica. Porque el Uno es el todo que consta de dos polos opuestos y en conflicto. Es solo mediante la identificación de estas tendencias contradictorias que un conocimiento correcto del objeto bajo consideración puede ser reconocido en su realidad verdadera y dinámica.

La idea básica de Hegel era la del *desarrollo a través de las contradicciones*. Para darle otro nombre, la dialéctica es *la lógica de la contradicción*. Mientras que la lógica tradicional (formal) intenta desterrar la contradicción, la dialéctica la abraza, la acepta como un elemento normal y necesario de toda vida y naturaleza. Giordano Bruno, el filósofo, astrónomo y matemático italiano del siglo XVI, cuyas teorías anticipaban la ciencia moderna y cuya recompensa por la Inquisición fue ser quemado en la hoguera, nos dio una encantadora definición de dialéctica cuando la describió como *la divina arte degli opposti* (“el arte divino de los opuestos”).

Hegel se refiere a la “unidad inquieta”, esa tensión subyacente que es la base de toda la materia. La unidad —la coincidencia, la identidad y la interacción dinámica resultante— de los opuestos es condicional, temporal, transitoria y relativa. La relación mutuamente excluyente de los opuestos es *absoluta*, y es la base de todo movimiento, cambio y evolución.

En *La crítica moralizante o la moral crítica*, Marx escribió: “El *grobianismo* del “buen sentido” que toma “en plena vida” y no deja atrofiar sus disposiciones *naturales* ni por estudios filosóficos, ni por otros estudios, puede caracterizarse de la siguiente manera: cuando logra ver la *diferencia* no ve la *unidad*, y cuando consigue ver la *unidad* no ve la *diferencia*. Cuando establece *caracteres distintivos*, éstos se petrifican inmediatamente entre sus manos; y considera como la sofística más condenable el hacer arder a esos conceptos informes frotándolos entre sí.”

En la *Ciencia de la lógica*, Hegel comienza con la categoría de Ser, con la afirmación simple de que “es”. Pero esta afirmación, a pesar de su carácter aparentemente de sentido común y concreto, hemos establecido el hecho básico de la existencia, no nos lleva muy lejos y, de hecho, nos lleva a una conclusión falsa. El Ser puro, como señala Hegel, es *lo mismo que la pura nada*. Está siendo despojando de toda su concreción y actualidad. Lo que parecía ser concreto resulta ser una abstracción vacía.

En general se considera el ser y la nada como opuestos mutuamente excluyentes. Pero en realidad, no puede haber ser sin nada, ni nada sin ser. La unidad de ser y no ser, como señala Hegel, es el *devenir*: el movimiento constante de cambio que significa que en un momento dado, somos y no somos.

La vida y la muerte se consideran opuestos mutuamente excluyentes. Pero, *de hecho, la muerte es una parte integral de la vida*. La vida no es concebible sin la muerte. Comenzamos a morir en el momento en que nacemos, ya

que de hecho, es solo la muerte de billones de células y su reemplazo por billones de nuevas células, lo que constituye la vida y el desarrollo humano.

Sin la muerte no podría haber vida, ni crecimiento, ni cambio, ni desarrollo. Por lo tanto, el intento de desterrar la muerte de la vida, como si las dos cosas pudieran estar separadas, es llegar a un estado de inmutabilidad absoluta, sin cambio, de equilibrio estático, pero este es solo otro nombre para la muerte. Porque no puede haber vida sin cambio y movimiento.

Tengo ante mí una fotografía de un bebé, tomada hace muchos años. Ese bebé era yo, pero ya no existe. Se han producido una gran cantidad de cambios desde que se tomó esa fotografía, de modo que ya no soy lo que era. Y sin embargo, es posible para mí decirle a alguien que mira la fotografía: “Oh, ese soy yo”, y no estaría diciendo una mentira. Este proceso dialéctico fue descrito por Hegel de la manera más hermosa en el *Prefacio a La fenomenología del Espíritu*:

“El capullo desaparece en el romper de la flor, y así podría decirse que aquél quedó refutado por ésta, así como la flor queda convicta por el fruto de ser una falsa existencia de la planta, y el fruto como verdad de la planta pasa a ocupar la verdad de la flor. Estas formas no sólo se distinguen, sino que se desplazan también unas a otras por incompatibles. Pero su naturaleza lúida las convierte a la vez en momentos de la unidad orgánica en la que no solamente no se repugnan, sino que la una es tan necesaria como la otra, y es sólo esta igual necesidad la que empieza constituyendo la vida del todo”.

El amor y el odio son opuestos. Sin embargo, es de conocimiento general que el amor y el odio están muy estrechamente identificados y que pueden transformarse fácilmente de uno a otro. Es lo mismo con el placer y el dolor. El uno no puede existir sin el otro. Desde un punto de vista médico, el dolor tiene una función importante. No es solo un mal, sino una advertencia del cuerpo de que todo no está bien. El dolor es parte de la condición humana. No solo eso: el dolor y el placer están dialécticamente relacionados.

Sin la existencia del dolor, el placer no podría existir. En el Quijote, Teresa le explica a Sancho Panza que “la mejor salsa del mundo es el hambre.” Asimismo, descansamos mucho mejor después de un período de esfuerzo vigoroso. Y en el *Enrique IV* de Shakespeare, el príncipe Hal dice:

“Si todo el año fuera fiesta, el placer sería tan fastidioso como el trabajo; pero viniendo aquellas rara vez, son más deseadas y se esperan como un acontecimiento”.

Un mundo en el que todo fuera blanco sería en realidad lo mismo que un mundo en el que todo fuera negro, como descubrieron los exploradores polares cuando sufrían ceguera por la nieve.

CANTIDAD Y CALIDAD En la *Ciencia de la lógica*, particularmente en la sección sobre medida, Hegel elabora su teoría de la *línea nodal de desarrollo*, en la que una serie de pequeños cambios aparentemente insignificantes eventualmente alcanzan un punto crítico en el que hay un salto cualitativo. La teoría del caos y sus derivados son claramente una forma de pensamiento dialéctico. En particular, la idea

de la transformación de la cantidad a la calidad, una de las leyes básicas de la dialéctica, es fundamental para ella.

En su libro *Anti-Dühring*, Engels señaló que, en el último análisis, la naturaleza funciona dialécticamente. Los avances de la ciencia en los últimos cien años han confirmado completamente esta afirmación. Los científicos estadounidenses han estado a la vanguardia de algunos de los desarrollos más importantes de la ciencia moderna. Estoy pensando en particular en el trabajo de R.C. Lewontin en el campo de la genética y, sobre todo, en los escritos del biólogo evolutivo, Stephen J. Gould.

Citemos un ejemplo fácilmente comprensible.

Cuando el agua a presión atmosférica normal se calienta o se enfría, se produce un salto de un estado de agregación a otro: a 0 grados centígrados es un sólido (hielo) y a 100 grados cambia a un estado gaseoso (vapor). Si aumentamos la temperatura aún más, a 550 grados, se convierte en *plasma*, un estado de materia completamente diferente, donde ocurre la disociación de átomos y moléculas. Los saltos entre cada uno de estos estados se conocen como *transiciones de fase*. El estudio de las transiciones de fase constituye una rama muy importante de la física moderna. Se pueden observar cambios similares en la historia de la sociedad, donde el equivalente a una transición de fase es una revolución.

La *nucleación* es el primer paso en la formación de una nueva fase termodinámica o una nueva estructura por medio de la auto-organización. Es el proceso el que determina cuánto tiempo se requiere antes de que aparezca una nueva fase o estructura auto-organizada. Este fenómeno se observa en transiciones de fase termodinámicas de todo tipo. De una solución saturada a un cristal, de la evaporación de un líquido a un gas, o en la transición de agua a hielo.

Es posible alcanzar realmente una posición de sobresaturación de una solución, donde, por ejemplo, el agua en condiciones normales puede calentarse o enfriarse por encima de 100° C o por debajo de 0° C sin convertirse en vapor o en un sólido. Lo que se requiere en muchas circunstancias para que ocurra la transición de fase es un shock externo o la presencia de alguna impureza. El agua, cuando se calienta, no forma burbujas de vapor en un punto aleatorio, sino que todas comienzan a ascender desde un rasguño o una imperfección en la superficie de la cacerola. Este es un punto de nucleación que se forma alrededor de un catalizador.

En términos termodinámicos, una solución sobresaturada habrá alcanzado un nivel de concentración (o temperatura, o cualquier otro elemento cuantitativo que esté involucrado), donde la fase alternativa representa una entropía más baja, pero existe un costo de entropía en la formación del primer “núcleo”. A veces, este punto de nucleación se forma aleatoriamente durante un período de tiempo y, como también es el caso de la desintegración radiactiva, existe una probabilidad cada vez mayor de que se forme. Sin embargo, su formación se ve favorecida por la presencia de algún catalizador en cuya superficie se reduce el salto de entropía.

Podemos visualizar este proceso cuando pensamos en la cristalización de una perla en una almeja. De hecho, a

menudo hablamos de la “cristalización” de la rabia dentro de una fábrica o en la sociedad y la analogía es adecuada. En el caso de la formación de una perla, *todas* las condiciones para su formación pueden existir excepto una: alguna impureza alrededor de la cual pueda tomar forma. Esa “impureza” es a menudo un gusano que ha penetrado a través de la cáscara de una almeja y ha muerto. Aquí las imágenes son bastante sorprendentes: una hermosa perla que forma un sarcófago alrededor de una pieza bastante fea de materia biológica muerta.

Volveremos a esta analogía más adelante.

A menudo vemos la aparente repetición de etapas de desarrollo que han sido superadas hace mucho tiempo. Vemos lo mismo en el estudio de los embriones, que aparentemente pasan por las etapas de la evolución. Un embrión humano comienza como una sola célula, luego se divide y adquiere formas más complejas. En una etapa tiene branquias como un pez, luego tiene una cola como un mono. La similitud entre los embriones humanos y los de otros animales, incluidos los peces y los reptiles, es sorprendente, y ya fue observada por los antiguos griegos. Más de dos mil años antes de Darwin, Anaximandro (c. 611–546 aC) dedujo que el hombre había evolucionado de un pez.

La diferencia genética entre los humanos y los chimpancés es menos del dos por ciento y compartimos un gran porcentaje de nuestros genes con moscas de la fruta e incluso con organismos más primitivos. El último contraataque desesperado de los creacionistas, que se escondía detrás de la bandera del “diseño inteligente”, se rompió contra los notables resultados del Proyecto Genoma Humano. Sin embargo, la diferencia del dos por ciento que nos separa de los otros primates es un salto cualitativo que lleva a la humanidad a un nivel completamente diferente y superior.

El proceso de evolución ha continuado ininterrumpidamente desde las primeras formas de vida primitivas que surgieron, como ahora sabemos, en un período sorprendentemente temprano en la historia de la Tierra. Los primeros organismos primitivos probablemente emergieron en el lecho de los océanos primitivos, derivando energía, no del sol, sino de fuentes volcánicas que generaban calor desde debajo de la corteza terrestre. Los protozoos más tempranos se convirtieron en *chordata*, a través de los primeros anfibios terrestres, a los reptiles, y más tarde a los mamíferos y los humanos.

La historia y la naturaleza conocen tanto la evolución (desarrollo lento y gradual) como la revolución, un salto cualitativo, en el que el proceso de evolución se acelera enormemente. La evolución prepara el camino para la revolución, que a su vez prepara el camino para un nuevo período de evolución a un nivel superior.

La unidad de los opuestos se puede observar claramente en todos los niveles de la materia. A todos los niveles de la naturaleza hay tendencias en conflicto, desde las galaxias más grandes hasta las partículas subatómicas más pequeñas. La identidad de los opuestos es el reconocimiento, o descubrimiento, de las tendencias mutuamente excluyentes que existen en todos los fenómenos y procesos de la naturaleza. Esto es lo que Engels quiso decir cuando definió la dialéctica como las leyes más generales de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano.

CRITICIDAD Es una verdad elemental de la química que las cargas opuestas se atraen, mientras que las cargas iguales se repelen. Pero aquí tenemos una aparente paradoja. Los núcleos de todos los átomos, excepto el hidrógeno, contienen más de un protón, y cada protón tiene una carga positiva. Los protones deben sentir una fuerza repulsiva de los otros protones. Entonces, ¿cómo es posible que los núcleos de estos átomos se mantengan unidos? ¿Qué mantiene unido el núcleo?

La unidad de los opuestos que unen y desgarran el átomo son la fuerza nuclear fuerte y la fuerza electrostática, respectivamente. Los neutrones y los protones se unen entre sí mediante la fuerza nuclear fuerte, sin embargo, esta fuerza solo opera en un rango muy corto. Sin embargo, los protones cargados positivamente se repelen constantemente entre sí mediante la repulsión electrostática. Esta fuerza opera sobre distancias mucho más grandes.

La fuerza nuclear fuerte mantiene unida a la mayoría de la materia ordinaria. Además, la fuerza fuerte une neutrones y protones para crear núcleos atómicos. Así como las fuerzas centrífugas intentan desgarrar las galaxias mientras la gravedad las mantiene unidas, el electromagnetismo es la fuerza que teóricamente desgarraría un núcleo, mientras que la fuerza nuclear, 130 veces más fuerte que el electromagnetismo, lo mantiene unido.

El núcleo se mantiene unido, pero solo dentro de ciertos límites. Si el número de protones o neutrones excede estos límites, el núcleo se vuelve inestable debido a la desintegración radioactiva. Si el núcleo se vuelve *muy* grande, puede sufrir una transformación aún más dramática.

A medida que el núcleo aumenta de tamaño, la fuerza electrostática repulsiva eventualmente supera la fuerza nuclear atrayente y el núcleo se vuelve inestable. Todo lo que se requiere entonces es disparar un solo neutrón al núcleo y, la cantidad se transforma en calidad, el núcleo se divide en dos, emitiendo una gran cantidad de energía y, a menudo, emitiendo más neutrones en el proceso. Esto es lo que los físicos llaman fisión nuclear.

Si existe una cierta cantidad de material fisionable, se asegurará de que los neutrones liberados por la fisión impacten en otro núcleo, produciendo así una reacción en cadena. Cuanto más material fisionable esté presente, mayores serán las probabilidades de que ocurra tal evento. La masa crítica se define como la cantidad de material en el que un neutrón producido por un proceso de fisión crea, en promedio, otro evento de fisión.

En la transición de una reacción nuclear controlada a una no controlada, se produce un salto cualitativo: una transición de cantidad a calidad. Si insertamos material (una barra de control) en el material fisionable para absorber más neutrones de los que emite la reacción de fisión, la reacción permanece bajo control. Sin embargo, si retiramos la barra de control una pulgada más, tendremos una cascada de neutrones y la cantidad se transforma en calidad, provocando un accidente nuclear.

Se pueden observar los mismos procesos a todos los niveles de la naturaleza. En su libro *Ubicuidad*, el físico y autor estadounidense, Mark Buchanan, señala que fenómenos tan diversos como los ataques cardíacos, las avalanchas, los incendios forestales, el ascenso y la caída

de las poblaciones animales, las crisis bursátiles, el movimiento del tráfico e incluso las revoluciones en el arte y la moda están todos gobernados por la misma ley básica, que se puede expresar como una ecuación matemática conocida como ley potencial. Esta es otra llamativa confirmación de la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en calidad.

LA DIALÉCTICA DEL CAPITAL En sus maravillosos y profundos *Cuadernos Filosóficos*, escritos durante el período de su exilio suizo en los años de la Primera Guerra Mundial, Lenin escribió: “Es completamente imposible entender *El Capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo toda la *Lógica* de Hegel. ¡¡Por consiguiente, medio siglo más tarde ninguno de los marxistas entendía a Marx!!”

Incluso aceptando que hubiera un elemento de exageración estas fueron - después de todo, notas aproximadas escritas para su propia aclaración, no destinadas a publicación - la idea fundamental expresada por Lenin es correcta. El propio *Capital* es una aplicación magistral del método dialéctico refinado por Hegel y perfeccionado por Marx y Engels. El primer capítulo del primer tomo tiene un carácter puramente filosófico y se basa precisamente en Hegel, como señaló el propio Marx.

Por esa misma razón, este capítulo generalmente se considera uno de los más difíciles de toda la obra. No trata de economía sino de filosofía. Está enraizado en el método de la obra maestra dialéctica de Hegel, *La ciencia de la Lógica*. Sin embargo, es fundamental para comprender el análisis de Marx sobre la economía capitalista.

En el primer volumen del *Capital*, Marx deriva todas las leyes de la sociedad capitalista a partir de un análisis de su “célula” básica: la mercancía. Marx analiza la mercancía y explica que tiene dos aspectos, que son tendencias realmente contradictorias. A primera vista, la mercancía parece ser algo muy simple y concreto: un objeto de uso. Si este uso es realmente necesario o es el producto del capricho es indiferente a esta conside-

ración. Pero en un examen más detenido, vemos que la mercancía no es nada simple. No es solo un valor de uso, sino también un valor de cambio, algo completamente diferente.

La humanidad ha producido valores de uso desde el período inicial, pero bajo el capitalismo, la naturaleza de las mercancías sufre un cambio fundamental. El capitalista no produce objetos para uso humano, sino objetos para la venta con el objetivo de obtener un beneficio.

El valor de uso de un producto se limita a sus atributos concretos; pero en el valor de cambio no hay un solo átomo de materia. El precio de un producto individual está determinado por una enorme cantidad de transacciones que tienen lugar diariamente en la economía mundial. Los precios fluctúan de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, pero estas fluctuaciones ocurren alrededor de un punto dado, que es el valor real de una mercancía. Este valor, como explicaron incluso los economistas antes de Marx, es el producto del trabajo humano.

PARTICULAR Y UNIVERSAL En sus *Cuadernos filosóficos*, Lenin escribe:

“En *El Capital* Marx analiza primero la *relación* más simple, más ordinaria y fundamental, más común y cotidiana de la sociedad burguesa (la mercancía), una relación que se encuentra miles de millones de veces, a saber, el intercambio de mercancías. En ese simple fenómeno (en esta “célula” de la sociedad burguesa) el análisis revela *todas* las contradicciones (o los gérmenes de *todas* las contradicciones) de la sociedad moderna. La posterior exposición nos muestra el desarrollo (*a la vez* crecimiento y movimiento) de esas contradicciones y de esa sociedad en la suma de sus partes individuales, de su comienzo a su fin. Desde su inicio hasta su fin «.

“Tal debe ser también el método de exposición (o estudio) de la dialéctica en general (porque para Marx la dialéctica de la sociedad burguesa es sólo un caso particular de la dialéctica). Comenzar con lo más sencillo, con lo más ordinario, común, etc.; con *cualquier proposición*: las ho-



“El Capital es una aplicación magistral del método dialéctico”



Marx y Engels dieron al socialismo una base científica

jas de un árbol son verdes; Juan es un hombre; Chucho es un perro, etc. Aquí tenemos ya *dialéctica* (como lo reconoció el genio de Hegel): lo *individual* es lo *universal*.”

Los escolásticos medievales se rompieron la cabeza sobre la cuestión de si existen realmente los universales (abstracciones). Hegel resolvió este problema brillantemente señalando que lo particular y lo universal *son, de hecho, lo mismo*: cada particular es, de una manera u otra, un universal. Cada individuo pertenece a un género o especie que define su verdadera naturaleza; sin embargo, los géneros y las especies se componen de criaturas individuales. El límite de estas categorías en biología está determinado por la capacidad de reproducirse.

“En consecuencia, los opuestos—lo particular frente a lo universal—son idénticos: el individuo existe solo en la conexión que conduce a lo universal. Lo universal existe solo en el individuo y a través del individuo. Cada individuo es, de una manera u otra, un universal. Todo universal es un fragmento, o un aspecto, o la esencia de un individuo. Cada universal solo abarca aproximadamente todos los objetos individuales. Cada individuo entra de manera incompleta en lo universal, etc., etc. Cada individuo está conectado por miles de transiciones con otros tipos de individuos—cosas, fenómenos, procesos, etc. Como señaló Aristóteles: «Pero, por supuesto, no puede haber una casa en general, aparte de las casas individuales» (*Metafísica*).”

Esta afirmación aparentemente contradictoria puede mostrarse incluso desde la oración más simple. Es imposible expresar la naturaleza de cualquier particular sin convertirlo inmediatamente en un universal. Tal es la naturaleza de cualquier definición, por ejemplo, cuando decimos que Juan es un hombre, Chucho es un perro, esta es una hoja de un árbol, etc., ignoramos una serie de atributos como contingentes; separamos la esencia de la apariencia, y contraponemos la una a la otra.

Hegel señaló que, en lenguaje ordinario, las declaraciones no toman la forma de “ $a = a$ ” (Juan es Juan, una casa es una casa, etc.) sino “ $a = b$ ” (Juan es un hombre, una casa es un edificio), lo que implica la unidad de identidad y diferencia. Y Lenin comenta:

“Aquí *ya* tenemos los elementos, los gérmenes de los conceptos de *necesidad*, de conexión objetiva en la naturaleza, etc. Aquí tenemos ya lo contingente y lo necesario, el fenómeno y la esencia; ...

“...De modo que es posible—y se debe—descubrir en un núcleo («célula») los gérmenes de *todos* los elementos de la dialéctica, demostrando así que la dialéctica es una propiedad de todo el conocimiento humano en general. Y las ciencias naturales nos muestran—y esto debe ser demostrado también con *cualquier* ejemplo de los más sencillos—la naturaleza objetiva, que posee estas mismas cualidades, la transformación de lo particular en general, de lo casual en necesario, las transiciones, los matices, la relación mutua de los contrarios. La dialéctica *es* la teoría del conocimiento de (Hegel y) Marxismo. He aquí en qué «aspecto» de la cuestión (y esto no es un «aspecto» de la cuestión, sino la *esencia* de la cuestión) no fijó su atención Plejánov, sin hablar ya de otros marxistas.”

¿PUEDE ENTENDERSE LA SOCIEDAD HUMANA? Incluso la observación más superficial prueba que la sociedad humana ha pasado por varias etapas definidas y que ciertos procesos se repiten a intervalos regulares. Al igual que en la naturaleza vemos la transformación de la cantidad en calidad, en la historia vemos como largos períodos de cambios lentos, casi imperceptibles, se ven interrumpidos por períodos en los que el proceso se acelera para producir un salto cualitativo.

En la naturaleza, los largos períodos de cambio lento (estasis) pueden durar millones de años. Están interrumpidos por eventos catastróficos, que invariablemente van acompañados por la extinción de especies animales que antes eran dominantes, y el auge de otras especies que antes eran insignificantes pero estaban mejor adaptadas para aprovechar las nuevas circunstancias. En la sociedad humana, las guerras y las revoluciones desempeñan un papel tan importante que estamos acostumbrados a usarlas como hitos que separan un período histórico de otro.

Fueron Marx y Engels quienes descubrieron que la verdadera fuerza motriz de la historia es el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto no significa, como afirman con frecuencia los enemigos del marxismo, que Marx lo redujo todo a la economía. Hay muchos otros factores que afectan el desarrollo de la sociedad: religión, moral, filosofía, política, patriotismo, alianzas tribales, etc. Todos ellos entra en una compleja red de interrelaciones sociales que crean un mosaico rico y confuso de fenómenos y procesos.

A primera vista parece imposible darle sentido. Pero lo mismo podría decirse de la naturaleza, y sin embargo, la complejidad del universo no disuade a los científicos de intentar separar los diferentes elementos, analizarlos y categorizarlos. ¿Con qué derecho se imaginan los hombres y las mujeres que están por encima de la naturaleza y que ellos son lo único en todo el universo que ciencia no puede entender? La idea es absurda y una manifestación de ese

deseo ardiente de los humanos de ser un tipo de creación especial, completamente separada de todos los demás animales y con una relación especial con el resto del universo determinada por Dios. Pero la ciencia ha despojado sin piedad estas ilusiones egocéntricas.

Marx y Engels, por primera vez, dieron al comunismo un carácter científico. Explicaron que la verdadera emancipación de las masas depende del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas—industria, agricultura, ciencia y tecnología—que crearía las condiciones necesarias para una reducción general de la jornada laboral y el acceso a la cultura para todos, como La única forma de transformar la manera en que las personas piensan y se comportan entre sí.

MATERIALISMO HISTÓRICO Marx da una definición excelente, aunque poco citada, del materialismo histórico en el tercer volumen del *Capital*:

“La forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido determina la relación de señorío y servidumbre tal como brota directamente de la producción y repercute, a su vez, de un modo determinante sobre ella.

“Y esto sirve luego de base a toda la estructura de la comunidad económica, derivada a su vez de las relaciones de producción y con ello, al mismo tiempo, su forma política específica. La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos – relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social— es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado.

“Lo cual no impide que la misma base económica —la misma, en cuanto a sus condiciones fundamentales pueda mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etc., variaciones y gradaciones que sólo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas”.

El *contenido* esencial del desarrollo social es el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero sobre la base de las fuerzas productivas surgen relaciones de propiedad y una superestructura compleja de relaciones legales, religiosas e ideológicas. Estas constituyen las *formas* a través de las cuales las primeras se expresan. El contenido y la forma pueden entrar en contradicción, pero en el último análisis, el contenido siempre determinará la forma.

El contenido cambia más rápido que las formas, creando contradicciones que deben resolverse. La superestructura obsoleta impide el desarrollo de las fuerzas productivas. Por lo tanto, en la actualidad, el desarrollo de las fuerzas productivas, que ha alcanzado niveles inimaginables en la historia anterior, está en abierto conflicto con la propiedad privada y la nación-estado. Las viejas formas estrangulan el desarrollo de las fuerzas productivas. De-

ben estallar en pedazos para poder resolver la contradicción. Las formas obsoletas explotan y son reemplazadas por nuevas formas que están en consonancia con las necesidades de las fuerzas productivas.

Cada formación socioeconómica sucesiva abre la posibilidad de un mayor desarrollo de las fuerzas productivas y, por lo tanto, aumenta el poder de la humanidad sobre la naturaleza. De esta manera, la base material se prepara para lo que Engels describió como el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

SOCIEDAD DE CLASES La especie *Homo sapiens* surgió hace unos 100.000 a 250.000 años, tal vez hasta hace 400.000 años. Lo que llamamos civilización, que surgió sobre la base de la división de la sociedad en clases, tiene aproximadamente cinco mil años. Así, durante al menos el 95 por ciento de su historia, a la humanidad se le negaron las bendiciones de la propiedad privada, la lucha de clases, la policía y el ejército, la familia monógama y el antagonismo entre la ciudad y el campo, todas aquellas instituciones que se aceptan como dadas y eternas por la corriente principal de los científicos sociales.

La propia sociedad de clases ha visto una sucesión de cambios fundamentales, o revoluciones, en el curso de su desarrollo. En términos generales, como explicó Marx, el desarrollo económico de la sociedad ha estado marcado por una sucesión de etapas o “épocas”. A un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, han surgido sistemas socioeconómicos basados en la propiedad comunal de la tierra, la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado, cada uno con su propia “superestructura” política y cultural y sus propias leyes de movimiento.

Por lo tanto, no tiene sentido intentar descubrir las leyes de la economía política “en general”, igualmente aplicables a, digamos, al antiguo Egipto, la Europa medieval y la economía mundial moderna. Es necesario descubrir las leyes particulares que gobiernan cada sistema, para “apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y *rastrear su nexo interno*”, para usar la expresión de Marx.

Hoy en día, la anarquía de la producción no puede contener las exigencias de la industria, la tecnología y la ciencia modernas. La única manera de resolver las contradicciones del capitalismo que son la causa del hambre, la pobreza, las guerras y el terrorismo es a través de la transformación socialista de la sociedad.

Es importante observar cómo el proceso de desarrollo humano ha experimentado una aceleración constante. La caída del Imperio Romano, que representaba la esclavitud en su forma más desarrollada, causó, primero, un colapso de la civilización en Europa, luego un lento avivamiento bajo el sistema feudal que duró poco más de mil años. El feudalismo duró menos tiempo que la esclavitud, y el capitalismo ha existido solo durante dos o tres siglos.

Cabe señalar que el ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo ha sido mucho más rápido que en cualquier sociedad anterior. Ha habido más invenciones en este período que en toda la historia anterior. Pero este desarrollo febril de la industria, la ciencia y la

técnica ha entrado en conflicto con los estrechos límites de la propiedad privada y el estado nacional.

El capitalismo en su período de decadencia senil ya no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas como lo hizo en el pasado. Esta es la causa fundamental de la crisis actual, que comienza a amenazar la existencia misma de la humanidad.

CONTRADICCIONES EN LA SOCIEDAD Las leyes dialécticas no se limitan a la naturaleza, sino que también se aplican a la sociedad, la historia y la economía. A esta lista de transiciones de fase descritas en libros como *Ubicuidad*, también podemos agregar las revoluciones, que son una expresión de guerra entre las clases.

Ya hemos tratado el fenómeno de la criticidad en relación con fenómenos como el átomo, mostrando que las contradicciones internas están contenidas por fuerzas específicas dentro de ciertos límites, pero que cuando se superan estos límites, la criticidad tiene consecuencias explosivas. Un proceso similar puede observarse en la sociedad.

El *Manifiesto Comunista* explica que la historia de toda la sociedad existente hasta ahora—excluyendo las sociedades pre clasistas—es la historia de la lucha de clases. La existencia de antagonismos de clase amenaza con desgarrar a la sociedad. Con el fin de regular y controlar la lucha de clases, emerge un poder que está por encima de la sociedad y está cada vez más alejado de ella. Este poder es el estado.

El papel del poder estatal es garantizar el mantenimiento del status quo, mantener el orden y garantizar que las fuerzas que amenazan con desgarrar la sociedad se mantengan dentro de límites aceptables. En último análisis, el estado está formado por cuerpos armados: la policía, el ejército, las prisiones, los tribunales y el poder judicial. En última instancia, la clase dominante, que es una minoría,

depende de la violencia, o la amenaza de violencia, para mantener su dominio sobre las masas.

Sin embargo, la apelación a la violencia es sólo un último recurso. La clase dominante tiene en sus manos una batería completa de instrumentos para mantener el control. No solo posee un monopolio de la fuerza armada, también tiene un monopolio de la cultura. Las escuelas y universidades, la prensa y los medios de comunicación, y todos los demás elementos de la cultura son el terreno privilegiado de la clase dominante, que los utiliza y abusa de ellos en su propio interés.

Los departamentos de filosofía en las universidades, como todos lo demás, tienen una función muy útil desde el punto de vista de la clase dominante: combatir el marxismo y cualquier otra tendencia “subversiva”, e inculcar en las juventud ideas que tienden a servir a los intereses de lo clase dominante y el status quo. Basta con citar la avalancha de propaganda anti revolucionaria que inundó las librerías y las pantallas de televisión durante el centenario de la Revolución rusa para subrayar este punto.

Una de las armas más poderosas en manos de la clase dominante es la religión. La opinión utilitaria—o mejor dicho, cínica—fue expresada hace mucho tiempo por el filósofo romano Séneca cuando dijo: “La religión es considerada por la gente común como verdadera, por los sabios como falsa y por los gobernantes como útil”. Hay algo de verdad en este punto de vista, particularmente cuando se usa para explicar el papel de la religión organizada.

Napoleón consideró a la Iglesia como una manera muy útil de controlar a las masas y reforzar su propio poder, aunque él mismo no creía ni una palabra de ello. Probablemente lo mismo sucedió con el emperador Constantino, quien adoptó el cristianismo como la religión estatal del Imperio Romano, aunque no hay pruebas reales de que él mismo fuera bautizado.



“La historia de toda la sociedad existente hasta ahora es la historia de la lucha de clases” [IMAGEN: huelga de St Louis, 1877]

Pero esto no puede explicar las raíces profundas de la religión en la psique popular, o el poder que tiene en las mentes de las masas. Para entender eso, uno debe profundizar en la naturaleza de la sociedad de clases y el papel de la alienación. En ese sentido, Marx tenía una comprensión mucho más profunda que los hegelianos de izquierda como Strauss.

En la sociedad capitalista, los hombres y las mujeres están alienados unos de otros y subordinados a fuerzas ajenas más allá de su control o comprensión. El verdadero Dios del capitalismo no es Jehová ni Mahoma, sino Mammon, el dios de la riqueza. Sus templos reales no son las iglesias, mezquitas o sinagogas, sino las bolsas de valores que determinan el destino de millones de personas.

En el primer volumen del *Capital* hay un famoso capítulo sobre el fetichismo de las mercancías. Este explica en términos muy gráficos el poder del dinero en la sociedad burguesa. Todas las relaciones humanas están mediadas por este poder, que las distorsiona y las deforma en algo inhumano, feo y opresivo. La psicología humana está poderosamente condicionada por esta fuerza ajena, por la cual se juzga a los seres humanos, no sobre la base de sus capacidades naturales, fuerza física, belleza o intelecto, sino únicamente por la cantidad de dinero que poseen.

Esto produce una situación monstruosa en la que todas las relaciones humanas naturales están boca abajo. Si juzgamos el nivel de conducta civilizada según los estándares de tratamiento de mujeres, niños y ancianos, nuestra “civilización” moderna está condenada desde todos los puntos de vista.

El horrible registro de abusos contra mujeres e hijos, huérfanos y la prostitución bajo el capitalismo se compara de manera desfavorable con la crianza comunitaria de los niños practicada por la humanidad durante la mayor parte de su historia, es decir, antes del advenimiento de ese extraño arreglo social que a los hombres les gusta llamar civilización. Recordemos las palabras de un nativo americano a un misionero:

“Ustedes los blancos solo aman a sus propios hijos. Nosotros amamos a los niños del clan. Pertenecen a todas las personas, y todos los cuidamos. Son hueso de nuestro hueso, y carne de nuestra carne. Todos somos padre y madre para ellos. Los blancos son salvajes; no aman a sus niños. Si los niños quedan huérfanos, hay que pagar a personas para que les cuiden. Nosotros no sabemos nada de ideas tan bárbaras”. (M. F. Ashley Montagu, ed., *Marriage: Past and Present: A Debate Between Robert Briffault and Bronislaw Malinowski*)

EL PUNTO DE INFLEXIÓN Al igual que dentro del núcleo hay fuerzas que evitan que se separe, en la sociedad hay toda una serie de mecanismos que sirven para un propósito similar. Pero, con mucho, el más poderoso de estos es una fuerza dentro de las cabezas de las propias personas. La tradición, el hábito y la rutina constituyen una fuerza de inercia extremadamente poderosa en la sociedad.

A la mayoría de la gente no le gusta el cambio. Temen cualquier perturbación en el orden existente como un salto aterrador hacia lo desconocido. La mayoría de la gente se aferrará a ideas, prejuicios, creencias religiosas, partidos políticos y dirigentes bien conocidos con una tenacidad

extraordinaria. Este es el pegamento más poderoso que sirve para preservar el orden existente. Pero como todo lo demás en la naturaleza, esta poderosa fuerza de inercia puede mantener las cosas unidas solo hasta un punto definido.

Bajo la superficie de aparente tranquilidad en la que “nada sucede”, hay un gran descontento y una acumulación de ira, amargura y frustración que se esfuerza por encontrar una expresión consciente. Tarde o temprano, se alcanza el punto donde la cantidad se transforma en calidad.

Podemos ver el mismo proceso en cada huelga, donde la gente se transforma. Trabajadores que siempre fueron apáticos e inactivos en el pasado de repente son poseídos por una gran energía y pasan a la acción de una manera que sorprende a los que les gustaba considerarse más avanzados. En las palabras de la Biblia: “los primeros serán los últimos y los últimos los primeros”. ¡Una afirmación muy dialéctica!

La aparición de un estado crítico fue expresada en un lenguaje muy poético y llamativo por Hegel en su *Fenomenología del Espíritu*:

“Por lo demás, no es difícil ver que nuestro tiempo es un tiempo de orto y de tránsito a un nuevo periodo. El espíritu ha roto con el mundo de su existencia y representaciones vigente hasta ahora y está en trance de hacer que ese mundo se hunda en el pasado y está trabajando en su propia transformación. Ciertamente, el espíritu nunca está en reposo, sino que está siempre en el movimiento hacia delante que lo caracteriza. Pero lo mismo que en el niño, en quien tras larga y tranquila nutrición, el primer hálito vital interrumpe la gradualidad de aquella su marcha sólo acrecentativa, de modo que se produce un salto cualitativo, y he aquí que nace el niño. Así también el espíritu que se forma a sí mismo, madura lentamente y con tranquilidad en dirección hacia su nueva forma, y va disolviendo una tras otra aquellas partes del edificio de su mundo precedente. De modo que el resquebrajarse de ese mundo sólo puede barruntarse en tales o cuales particulares síntomas. La ligereza y superficialidad, así como el aburrimiento que parecen hendir y transir lo existente desgarrándolo con esa vaga e indeterminada nostalgia de algo desconocido son los mensajeros de que algo distinto está tratando de despuntar y comenzar. Este gradual desmigajarse, que nunca llegarla a cambiar la fisonomía del todo, queda interrumpido por ese amanecer, por ese orto que, cual un relámpago, pone ahí delante de un golpe la imagen y figura de un nuevo mundo.”

Las contradicciones dentro de la sociedad—la lucha de clases—continúan sin disminuir de una forma u otra, y en mayor o menor grado de intensidad, hasta que se alcanza el punto crítico. En este punto, surgen ciertos síntomas que demuestran la imposibilidad de continuar como antes: la clase dominante se divide y es incapaz de gobernar de la manera antigua; las masas entran en acción para desafiar el orden existente; las capas medias de la sociedad vacilan entre la revolución y la reacción. Todos estos síntomas indican la inminencia de un cambio drástico.

El proceso por el cual la sociedad finalmente se divide en líneas de clase fue mejor expresado por el gran revolucionario ruso León Trotsky. En el capítulo sobre el doble

poder en su *Historia de la Revolución Rusa*, escribe lo siguiente:

“En toda sociedad existen clases antagónicas, y la clase privada de poder aspira inevitablemente a hacer variar en su favor, en mayor o menor grado, los derroteros del Estado. Sin embargo, esto no significa que en la sociedad coexistan necesariamente dos o más poderes. El carácter del régimen político se halla informado directamente por la actitud de las clases oprimidas frente a la clase dominante. El poder único, condición necesaria para la estabilidad de todo el régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue imponer a toda la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas (...)

“La dualidad de poderes no sólo presupone, sino que, en general, excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes. No es un hecho constitucional, sino un hecho revolucionario. No es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado. La dualidad de poderes surge allí donde las clases adversas se apoyan ya en organizaciones estables substancialmente incompatibles entre sí y que a cada paso se eliminan mutuamente en la dirección del país. La parte del poder correspondiente a cada una de las dos clases combatientes responde a la proporción de fuerzas sociales y al curso de la lucha”.

EL PAPEL DEL INDIVIDUO El 13 de octubre de 1806, un emocionado Hegel escribió en una carta a su amigo Niethammer: “Vi al Emperador—a este Mundo-Espíritu—salir de la ciudad en reconocimiento. De hecho, es una sensación maravillosa ver a un individuo así, que, concentrado aquí en un solo punto, a horcajadas en un caballo, se extiende sobre el mundo y lo domina”.

Al igual que Beethoven y muchos de los intelectuales más progresistas de su tiempo, el joven Hegel era un ferviente admirador de la Revolución Francesa. En la persona de Napoleón, creyó ver el espíritu de esa revolución a caballo. Por supuesto, su valoración del carácter y el papel de Napoleón era errónea. Sin embargo, en su visión de la Revolución Francesa como el espíritu esencial de los tiempos, no se equivocó en absoluto. El marxismo no niega el papel del individuo en la historia, como explica Engels:

“Los propios hombres hacen su historia, pero hasta ahora no la hacen con una voluntad colectiva o de acuerdo a un plan colectivo, ni siquiera dentro de una sociedad dada, perfectamente definida. Sus esfuerzos se entrecrocan, y por esta misma razón todas esas sociedades son gobernadas por la *necesidad*, la que es complementada por, y aparece en la forma de *azar*. La necesidad que aquí se impone en medio de todos los accidentes, es nuevamente y en última instancia la necesidad económica. Es aquí donde interviene la cuestión de los llamados grandes hombres. El que tal y tal hombre, y precisamente ese hombre, surja en un momento determinado en un país dado, es por supuesto puro accidente. Pero suprimáselo, y habrá demanda de un sustituto, y este será encontrado, bueno o malo, pero a la larga se le encontrará. El que Napoleón, precisamente ese corso, fuera el dictador militar que la República Francesa, agotada por su propia guerra, había tornado necesario, fue

un azar; pero que si no hubiera existido Napoleón, otro habría ocupado su lugar, como lo demuestra el hecho de que siempre se encontró el hombre tan pronto como se tornó necesario: César, Augusto, Cromwell, etc. Si bien es cierto que Marx descubrió la concepción materialista de la historia, Thierry, Mignet, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850 son la prueba de que se tendía a ella, y el descubrimiento de la misma concepción por Morgan demuestra que los tiempos estaban maduros para ella y que *debía* ser descubierta.

“Lo mismo ocurre con todos los demás accidentes, reales y aparentes de la historia. Cuanto más es alejado de la esfera económica el dominio particular que investigamos, acercándose al de la ideología puramente abstracta, tanto más lo hallaremos exhibiendo azares en su desarrollo, tanto más zigzagueante será su curva. Así y todo, usted verá que la medida de esta curva será cada vez más, casi paralela a la del desarrollo económico, cuanto más largo sea el período considerado y cuanto más amplio sea el campo tratado.” (Engels, *Carta a Borgius*, 25 de enero de 1894)

Ya hemos mencionado el proceso de nucleación, ese punto crítico en el que un determinado fenómeno está al filo de un cambio fundamental. La transformación de la cantidad en calidad se produce mediante un choque externo o la presencia de un catalizador. Vemos el mismo proceso en una revolución.

Todos los factores objetivos necesarios para una revolución pueden estar presentes, pero para que el potencial se convierta en realidad, se necesita algo más. El papel de un catalizador en la situación prerrevolucionaria es desempeñado por el partido revolucionario y su dirección. Es lo que proporciona al movimiento de las masas aún sin desarrollar, sin forma y confuso, la coherencia, estructura, objetivos y organización necesarios para derrocar el orden existente, que, incluso cuando ya se está tambaleando, todavía representa una fuerza formidable de resistencia que debe ser superada conscientemente.

Todo partido revolucionario en la historia siempre comienza como una pequeña minoría. Al principio, aparentemente no representa un desafío serio al orden existente. Comienza, como cualquier otro organismo vivo, como un embrión. Pero un embrión, siempre que incluya toda la información genética necesaria para formar un ser humano sano, puede crecer y desarrollarse.

Aunque parece ser una paradoja, el determinismo de los primeros calvinistas, lejos de llevar al pesimismo y la parálisis de la voluntad, tuvo exactamente el efecto contrario. Los puritanos estaban convencidos de que estaban luchando del lado de una fuerza que tenía todo el poder de la inevitabilidad detrás de ella. Era su deber religioso “luchar la buena batalla” y ayudar al Reino de Dios a nacer tan pronto como fuera posible. Su absoluta convicción de su éxito final los impulsaba a la acción.

Del mismo modo, los marxistas creen en la inevitabilidad del socialismo, en el sentido de que el capitalismo ha agotado su potencial para desarrollar la sociedad y avanzar la causa de la cultura y la civilización. Al desarrollar las fuerzas de producción a su nivel actual, ha preparado el camino para la siguiente etapa lógica, que será la socialización de los medios de producción que se rebelan contra

las restricciones asfixiantes de la propiedad privada y el estado nacional.

Este proceso puede acelerarse o retrasarse por una serie de factores, uno de los cuales es el factor subjetivo. Habrá muchas oportunidades para que la clase obrera tome el poder en sus manos, pero la mera existencia de una posibilidad no significa necesariamente que el potencial se realizará. Eso depende de las acciones de los seres humanos, su disposición para luchar y la calidad de sus dirigentes.

El capitalismo se encuentra en un estado de decadencia evidente. La decadencia senil del capitalismo representa una amenaza mortal para la civilización y para la propia especie humana. Prolongar la agonía significa una profundización de la crisis, con todos los males que conlleva de colapso económico y social, pobreza, sufrimiento, guerras, muerte y destrucción a gran escala.

Es, por lo tanto, el deber de los marxistas luchar para disminuir los sufrimientos de la raza humana haciendo todo lo posible para acelerar el proceso de la revolución, que es el único que puede poner fin a la agonía mortal de un sistema caduco, podrido y completamente en decadencia. En ese sentido, los revolucionarios conscientes son agentes de la necesidad histórica, de la misma manera que los Ironsides de Oliver Cromwell, los jacobinos franceses y los bolcheviques rusos fueron los agentes de una transformación social necesaria en un período anterior.

LA DIALÉCTICA: LA BASE CIENTÍFICA DE LA PRÁCTICA REVOLUCIONARIA El equivalente de la información genética en el partido revolucionario es la teoría marxista. El partido, incluso cuando es pequeño, debe contener la calidad necesaria para crecer. Si realiza su trabajo correctamente y tiene las oportunidades necesarias a su disposición, puede crecer y desarrollarse. La calidad se transforma en cantidad, pero la cantidad a su vez se convierte en calidad. Un partido de masas se convierte en un factor en la situación, y sus acciones ahora pueden influir en un gran número de personas. Estará en condiciones de llevar a las masas a la victoria.

La historia del Partido Bolchevique es altamente instructiva a este respecto. Ningún otro partido en la historia ha logrado un éxito tan sorprendente en un espacio de tiempo relativamente corto, transformando lo que originalmente eran grupos pequeños y aislados de cuadros marxistas en un partido de masas capaz de llevar a cabo la revolución social más importante de la historia.

Lo más importante a destacar es la importancia colosal que Lenin y Trotsky siempre le dieron a la teoría, y el desarrollo meticuloso de las perspectivas, tácticas y estrategias. Esto, en el último análisis, fue el secreto de su éxito. Desde el principio, Lenin siempre insistió en la importancia clave de la teoría. En el *Qué hacer*, escribió: “Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica”.

La importancia fundamental del método dialéctico como la base científica de toda la práctica revolucionaria

se explicó de manera brillante en la autobiografía de Trotsky, *Mi Vida*:

“El sentimiento de superioridad del todo sobre el detalle había de ser, corriendo el tiempo, uno de los elementos más constantes de mi actividad de escritor y de mi credo político. Nada me era más odioso que el estúpido empirismo y la adoración del hecho, muchas veces puramente imaginario o mal comprendido. Más allá de los hechos, busqué leyes. Mi preocupación era buscar las leyes de los hechos. Esto llevábame muchas veces, naturalmente, a generalizaciones prematuras y equivocadas, sobre todo en aquellos años, en que me faltaban todavía la cultura y la experiencia necesarias. Pero en todas las esferas, salvo ninguna, sentí que podía moverme y actuar solo cuando sostenía en mi mano el hilo del general. El radicalismo revolucionario y social, que había de ser el nervio de mi vida entera, nació precisamente de esta enemistad intelectual hacia el empirismo que vive de migajas, hacia el pragmatismo descarnado, hacia todo lo espiritualmente informe y teóricamente disperso”.

Este “estúpido empirismo y la adoración del hecho”, como señala Trotsky, es la base filosófica del reformismo, de esa rendición cobarde a lo que se llama “los hechos de la vida”, de la política concebida como “el arte de lo posible”, en el que todos los desafíos serios al el status quo se consideran como algo imposible, un sueño utópico o aventurero peligroso. El marxismo, por el contrario, nos presenta un análisis científico del status quo, penetrando debajo de la superficie de los “hechos” para revelar las contradicciones ocultas que eventualmente transformarán lo que parece ser estable, sólido e inmutable en su opuesto.

Marx y Engels dijeron que la humanidad se enfrentaba a una disyuntiva: socialismo o barbarie. Los elementos de la barbarie ya existen, no solo en los llamados “países en desarrollo”, donde millones de personas se ven obligadas a vivir en condiciones de pesadilla de pobreza, hambre, enfermedad y guerra, sino también en los llamados países capitalistas avanzados.

El objetivo de los marxistas es luchar por la transformación socialista de la sociedad a escala nacional e internacional. Creemos que el sistema capitalista hace mucho tiempo que dejó de ser útil históricamente y se convirtió en un sistema monstruosamente opresivo, injusto e inhumano. El fin de la explotación y la creación de un orden mundial socialista armonioso, basado en un plan racional de producción democráticamente administrado, será el primer paso en la creación de una forma de sociedad nueva y superior en la que hombres y mujeres se relacionarán entre ellos como seres humanos genuinamente libres.

El papel de la filosofía en la época moderna debe ser la noble tarea de facilitar el trabajo de la revolución socialista, combatir las ideas falsas y proporcionar una explicación racional de las manifestaciones más importantes de nuestra era, allanando así el terreno para un cambio fundamental en la sociedad. En las célebres palabras de Karl Marx:

“Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero *de lo que se trata es de transformarlo.*” ★

La Corriente Marxista Internacional es una organización de marxistas revolucionarios que tiene presencia en más de 30 países de todos los continentes

A 25 años de la caída del estalinismo, el capitalismo se enfrenta a la crisis más profunda probablemente de toda su historia. Millones de personas se ven condenadas a la inactividad forzosa por que el sistema capitalista, basado en el lucro privado de los propietarios del capital es incapaz de utilizar su energía y conocimientos

Millones de personas se empiezan a cuestionar la validez del sistema y buscan a tientas una salida. Se han producido en los últimos años movilizaciones de masas sin precedentes (en Egipto, en Turquía, en Brasil, en España, en Grecia, etc) que demuestran la voluntad de capas cada vez más amplias de entrar directamente en la escena de la política para transformar su situación

Éstas movilizaciones, que han tumbado regímenes que parecían inamovibles (Ben Alí, Mubarak) y que contaban con un enorme aparato represivo y el apoyo del imperialismo, han demostrado la fuerza de las masas oprimidas cuando se ponen en marcha. Pero al mismo tiempo también han sacado a la luz las limitaciones del espontaneísmo. Las masas saben lo que no quieren, pero no tienen todavía un programa acabado de qué quieren ni una idea precisa de cómo conseguirlo

En nuestra opinión el marxismo revolucionario es justamente esa teoría que concentra toda la experiencia acumulada de las luchas de la clase trabajadora por su emancipación y la dota de un instrumento para la victoria. La Corriente Marxista Internacional lucha porque las ideas del marxismo conquisten la dirección del movimiento revolucionario de los jóvenes y trabajadores del mundo

Nuestro objetivo es modesto, queremos cambiar el mundo de base. La abolición del sistema capitalista significaría, en palabras de Engels, "el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad"

¡Únete a nosotros en esta lucha!



www.marxist.com/es